

REVISTA DE EDUCACIÓN

ALBERTO BLASI BRAMBILLA
EUGENIA BORGHINI
JOSÉ LUIS BUSANICHE
ARTURO CAPDEVILA
ROBERTO LEVILLIER
MILCIADES A. VIGNATI
VIKTOR VON WEIZSAECKER

Breve análisis de los arquetipos
El concepto budista del Universo
Viajeros y diplomáticos en la emancipación
Observaciones en cobayos
Intermezzo paraguayo
El topónimo "Tuyú"
Génesis de la forma

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

A. GUY, *Un filósofo de la conversión y del valor*. C. MATHON, *Latitud y altitud*. RAÚL J. LLANO, *Insectos de la provincia de Buenos Aires*. R. J. CLOT, *La decoración*. G. FAURE, *El sentimiento y su expresión*. M. MALEPLATE DE DEL MÁRMOL, *Una carta de Ameghino*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

P. J. STILLO, *El ambiente en la educación estética*. W. F. CUNNINGHAM, *Las teorías del aprendizaje*. LYDA C. IGLESIAS, *Hacia un concepto de la historia de la educación*. KOOPMAN y ROACH SNYDER, *El aprendizaje de una unidad integral*. F. CLOSSET, *Enseñanza de las lenguas vivas*.

LECTURAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ, *El Paraná*. G. POULET, *La tela de araña*. VIAJE DE SAN BRANDAN, *El castillo del diablo*. C. CENNINI, *Aprendizaje*.

LENGUAJE Y ESTILO

P. DE BOISDEFFRE, *Un lenguaje de formas*. G. MICHAUD, *El universo poético*. B. PARAIN, *Lengua y mundo sensible*. J. E. CIRLOT, *Correspondencias*. ARTURO MARASSO, *El lenguaje literario*.

LIBROS Y REVISTAS

P. FRAISSE, *Psicología del tiempo*. E. FROMM, *El lenguaje olvidado*. J. P. GARRAHAN, *La pediatría, ciencia y arte*. L. BARNETT, *El universo y Einstein*. REVISTAS: Grafoanálisis, *La experiencia artística*, *La técnica y el lenguaje*.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

G. VON NATZMER, *La cerámica*. J. PEPIN, *Mito y alegoría*. E. BRAUN MENÉNDEZ, *Investigación científica y cultura*. P. VENDRYES, *El determinismo contra la probabilidad*. M. RAGON, *Defensa del geometrismo*.

CRÓNICA

J. A. VILARDI, *San Martín*. H. LHOTE, *Los frescos de Tassili*. LOLA T. DE LESQUERRE, *Habitantes de un mundo de cristal*. A. TAPIA, *Rehabilitación del Olimpo*. KUPPER y LINSEN-MAIER, *Orquídeas*.



GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

DON OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

DON ARTURO CROSETTI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

DON ATAULFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

DON ARTURO MARASSO

SECRETARÍA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

Agosto de 1958

Año III N° 8 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

Breve análisis de los arquetipos

Uno de los rasgos más característicos de la adolescencia, que definen esa edad llena de angustias y de sobresaltos, en la que el miedo extremado o la extremada confianza en la vida suelen ir juntos en un extraño maridaje, es el forjarse un ser ideal, producto de coordenadas reales y de mundo de ficción, al que podemos denominar condensadamente arquetipo, y que rige los anhelos y los impulsos vitales del individuo.

La psicología social e histórica, no vacila en asimilar el proceso del individuo al que desarrolla la misma humanidad, considerada como un ser total, un *ser de seres*, que se desenvuelven en forma gregaria obedeciendo a factores biológicos y de hábitos sociales.

¿Puede decirse que, en ese sentido existen también arquetipos de alcance fundamentalmente social? ¿Actúan los mismos sobre los conglomerados en forma permanente, son universales, regionales, o aparecen y encarnan a determinado tiempo histórico? Tales apasionantes interrogaciones son las que trataremos de dilucidar en el presente trabajo.

No todas las sociedades humanas son iguales. Ellas no allentan la misma moral, sus problemas son disímiles y su formación ha sido muy distinta. Afirmamos alguna vez que hay muchas maneras de generar un *ser histórico*, y señalábamos entre otras, la formación aluvional, la insular, la continental. Muchas veces esas posiciones no llegan hasta nosotros, cumplen ciclos cerrados que no influyen en otras culturas, que no derivan en otros seres. Pero las más, tienden pseudopodios, irradian influencias que —en especial a través del arte— iluminan el espíritu de hombres que se hallan muy distantes en el tiempo y en el espacio. La refracción de las culturas crea los arquetipos. La antigüedad gustó personificarlos en esta-

tuas, en leyendas o simplemente en tipos ideales, de acuerdo al prestigio etimológico de la palabra, a los cuales debía tenderse, obligatoriamente. No otro significado tienen las leyes espartanas sobre selección y educación de la especie, la estratificación en castas de las sociedades orientales cuyo rastro se otea aún en el derecho romano, y esos fugaces engendros románticos como los dados a conocer por Stefan George, seguidor y continuador del ideario de Nietzsche.

Asimilar tales atisbos ideológicos a sus nefastas consecuencias contingentes, no sólo es desacertado desde el punto de vista de la crítica histórica, sino que significa desconocer el hecho de que el arquetipo existe en toda sociedad humana por su simple carácter de tal. Si ha llegado aún a nuestros días, en el que late en forma infraconsciente la existencia de un arquetipo, aun entrevisto en las formas de la literatura y del arte en general, que parecen proclamar el esplendor de la angustia metafísica de nuestro siglo.

El arquetipo es un producto de factores culturales. Procede en forma centrífuga por las potencias creadoras que expande, por las fuerzas morales que genera. Pero su elaboración es, no digamos un promedio sino una quintesencia de su medio ambiente generador. Caemos, por lo tanto, en la necesidad de afrontar una definición de la cultura, del pensamiento y del espíritu que nos lleve a su aplicación práctica en el caso del arquetipo, como ejemplificación tempore espacial de aquella.

Si bien debemos convenir en que la cultura es parte de la historia, debe también decirse que *no es la historia misma*. Montero Díaz estima, con indudable acierto, que la historia es un proceso cuyas conexiones se dan en el plano de la realidad inmediata, lo que no es forzoso suceda con la cultura, que puede ser la expresión creadora y solitaria tanto de un arquetipo como de un antiarquetipo.

La definición combinada de Taylor y de Lanöle, hace de la cultura una serie de aptitudes y de hábitos que el hombre adquirió a través del tiempo, especialmente por herencia biológica. Como la cultura se da en dos planos (el espiritual; pensamiento, estética, política y religión y el material; guerra, comunicaciones, comercio y transporte), puede derivarse en que el arquetipo que provenga de un estado determinado de coordenadas, abarcará asimismo los dos aspectos enunciados.

No se concibe la existencia de un arquetipo puro espíritu, como no se puede imaginar tampoco, la producción de un arquetipo todo técnica. En el ocaso de su existencia proveída en fecundas enseñanzas, adscribía Eugenio D'Ors: "*No hay cultura sin agricultura*". Y esa frase vertebradora de la existencia de la economía, en el sentido griego, es también aplicable a todas las manifestaciones humanas.

Si como espíritu ya conquistado, el arquetipo es un "man", algo tutelar a cuya sombra protectora va a encenderse la lámpara votiva, reconoce una elaboración que responde al deseo de llenar las distintas necesidades que plantea la civilización. Para comprender mejor la acción de los diferentes arquetipos sobre el hombre, puede esquematizarse a aquellas en las siguientes urgencias: a) Lucha por el sustento y la perpetuación; b) Lucha por la solución del enigma religioso; c) Tesis de la creación artística.

Schmidt habló de los llamados "pueblos naturales", cuyas culturas fueron en un principio recolectoras, y luego productoras, porque el hombre consigue su mayor esplendor, cuando se arraiga a la tierra por lazos de afecto y de intereses y se constituye, no ya en su esclavo, sino en su señor, en el sentido de dominio que los romanos adjudicaron al domicilio, señoría del *domus* sobre el ámbito del solar.

Plantéase entonces esta pregunta: ¿pueden ser consideradas ya arquetípicas las formas humanas de entonces? En las ciudades de Ur, de Urak, gobernadas por sus caudillos o *patesi*, en denominación arcaica, ya existían esos principios de guerra y de autoridad, ambos inseparablemente unidos entre sí. Ello y la existencia un tanto rudimentaria pero firme de los mayorazgos, involucran la presencia del arquetipo, ser en cuyas fibras los demás encuentran su propio ser.

Se obedece solamente a aquello en lo que se refleja nuestra propia forma. Amamos tan sólo lo que reproduce nuestro ser, como Narciso amaba su propia imagen repetida en el espejo de la fuente. El arquetipo nos atrae, nos deslumbra porque reconocemos en él, parte de la realización de aquellos que nosotros mismos pretendemos realizar en el mundo. Es en el fondo un sucedáneo de las propias necesidades. El afán de simplificación de los problemas que hay en el alma humana, impone al ar-

quetipo. Se aferra el pensamiento a él, porque él ofrece seguridad, una seguridad que, en el caso del arquetipo-dirigente, tampoco existe en lo recóndito de su alma, siendo sólo expresión de otras esperanzas.

Si consideramos que los prototipos son productos de las culturas, no es difícil llegar a la conclusión de que quedarán engendrados tantos prototipos como estilos de cultura se conciban. Manuel Ballesteros Galbols, en su importante *Historia de la Cultura*, cita los ciclos de Montandom, que establece doce cuencas culturales a través del tiempo y del espacio.

Como debemos operar con esos supuestos, extraeremos lo esencial de los mismos: 1) Primitivo-Asia y África; 2) Australoide; 3) Totémica; 4) Paleo-matriarcal; 5) Neomatriarcal; 6) a) Austronesoide, b) Sudanoide; 7) Artico subártico-Pastoril; 8) México-andinoide; 9) Sinoide; 10) Indoide; 11) Islamoide; 12) Occidentaloides.

Como se ve, no se sigue en la formulación citada un criterio estrictamente geográfico o totalmente histórico, sino que los diversos grados son indicadores más bien de encrucijadas de la historia, ante las que se encuentra el hombre. La coexistencia en nuestros días de culturas primitivas, con otras contemporáneas en el tiempo, pero de diversa latitud que muestran otra evolución, fortifica nuestro aserto.

Cada una de esas culturas ostenta u ostentó un arquetipo. Sucede que, por factores políticos o religiosos, solamente recordamos bien perfilados a los arquetipos que se nos mostraron en determinadas circunstancias, como en el Islam, como en los ciclos totémicos o como en las etapas primitivas.

¿Quién puede negar seriamente que nuestro mundo actual no reconozca la existencia del arquetipo en su seno? ¿Quién puede negar validez a la lucha entre Oriente y Occidente, empeñados en una concepción distinta del ser humano, de la vida, de su angustia metafísica? ¿Quién puede rehusar con responsabilidad que una de las razones en que se basa la búsqueda constante que caracteriza al arte de nuestro tiempo estriba en la necesidad imperiosa de descubrir cuál es el hombre-clave hacia el cual se debe tender y cuyas aproximaciones más acertadas las han dado Ortega y Gasset, Aldous Huxley, William Faulkner, Julien Green?

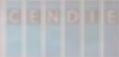
No es ésta la oportunidad de dilucidar las características físicas, morales y espirituales de dicho hombre contemporáneo. Baste conocer que ellas son diversas y contradictorias. Para finalizar, conviene dar algunas pautas para la ubicación del *hombre argentino*, universalizado, proteico, pero a la vez estrictamente definido. Tampoco es este lugar para contemplar la ubicación de la cultura nacional. Geográficamente, podemos hacerlo siguiendo los ciclos de Pedro Henríquez Ureña, quien distinguía en América las siguientes categorías: 1) México y América Central; 2) Mar Caribe; 3) Andes Cordilleranos; 4) Chile; 5) Río de la Plata.

Según dicha teoría se habría desarrollado una concepción arquetípica a las orillas del "río color de león", cuyas aguas lamieron parte de los territorios que la bula *Inter Caeteris* puso jurídicamente en manos de "Yo, el Rey". Sabemos perfectamente que en América hay una dicotomía; que durante siglos de nuestra evolución peculiar, nuestro meridiano no pasó por la misma América. No podemos olvidar las sensatas palabras de Korn: "Los argentinos pertenecemos a la cultura occidental pero hemos importado ideas". La subestructura de nuestro ser, reconoce empero un arquetipo. Hay algo a lo que se tiende, un perfil de ser argentino que debemos descubrir para poder descubrirnos y desarrollar nuestro destino.

Alberini sostenía que no hay una filosofía argentina, pero sí un especial modo de ser de los argentinos, lo que ya implica una esencia humana, una posición ante cada problema del hombre. Las luchas por nuestra constitución, la evolución integradora que hubo en medio de las desintegraciones más tormentosas que aun no han concluido (Cfr. al efecto nuestro "La Conquista del Desierto") implican la existencia de un arquetipo que responde a nuestra modalidad, pero cuya encrucijada cultural aun no se halla dada.

Es necesario una conciencia de los elementos de nuestro arquetipo, para que, de un conocimiento común, de *con-gnosei*, lleguemos a una modalidad común, a un *con-vivir*.

Los arquetipos que nos muestra la historia del mundo, nos hablan bien a las claras de su producción espontánea: ellos son la obra irremediable y firme del curso de la vida del hombre en íntima conexión con su espíritu. Y di-



cha conciencia los une a todos, aunque se transiten tiempos y distancias diametralmente opuestos entre sí.

Escribo en una triste tarde de invierno. Afuera llueve. Más allá del mundo que alcanzan mis sentidos, vive todo el mundo, con sus propios ideales, con sus propios arquetipos. Ellos los sostienen, como nos sostienen a todos. La radio trasmite la dulce melodía de Lohengrin, en el momento de la aparición del cisne. Lohengrin se embarca en él, detrás de su ideal. Y eso le cuesta todo el universo de su alma. Así es la vida del hombre y de los pueblos. Necesita destruir para construirse y en esa dramática perspectiva se traga a sus propias criaturas, destruye ilusiones, cancela esperanzas. Por ello es urgente el conocimiento del arquetipo como una *realidad ideal*, como un *deber ser* al que tienda nuestro *ser total*, para que haya paz en el espíritu.

ALBERTO BLASI BRAMBILLA.

Algunas reflexiones sobre el budismo a la luz de las enseñanzas del Sangwa y del concepto einsteiniano del Universo

Para el hinduismo, toda vida individual es el resultado de acciones y pensamientos de vidas anteriores, y por ende vivir su propio destino constituye el único medio para aprender esa "lección" que es el ciclo de las vidas en los mundos de la forma¹. Poco o nada puede hacer un tercero en este proceso íntimo que se desarrolla a través de incontables encarnaciones, pero que cesa instantáneamente en cuanto el ser percibe, con meridiana claridad, que la materia no es lo que él cree, y que todo se desarrolla no sucesivamente, sino simultáneamente, en el seno de la inmutable eternidad. Pues en la Eternidad, única Realidad, estamos; ni podría existir nada fuera de ella, y el mundo de las formas, o *samsara*, no es sino una ilusión que dibuja inconsistentes y transitorias imágenes sobre su Faz inalterable.

El budismo, que deriva del hinduismo, ha llevado esta posición a sus últimas consecuencias. Ni ceremonias, ni invocaciones pueden liberar al individuo. Es el individuo mismo, el único que puede extinguir en sí el continuo flujo y reflujo de Sed y Deseo, que constituye "el soporte", según diría Huxley, de nuestra individualidad, y llegar así al estado requerido para percibir la irrealdad de tal individualidad. El que llega a este conocimiento, es el Despertado, esto es, el Buda. Los demás, son el incontable número de los que "duermen", rondando de encarnación en encarnación, prisioneros de su propia Ignorancia (*avidya*), base del fluir de Sed y Deseo que nos aprisiona

¹ Para hinduistas y budistas por igual, también las existencias que se desarrollan en mundos no humanos (dioses, ángeles, demonios, etc.) no están enteramente desprovistas de forma. Por consiguiente, aun siendo infinitamente menos limitadas que las nuestras, no son inalterables ni etc. etc.

en esta fantasmagoría que los hindúes y los budistas llaman *Maya* (ilusión) o *Lila* (juego) y que Salomón llama *Vanidad*.

Recordemos las palabras de Cristo: "es la Verdad la que os libera". La Verdad, o sea, el Conocimiento, lo contrario de la Ignorancia. Excusado es decir que no se trata aquí de un conocimiento teórico, libresco, y ni siquiera filosófico, sino del Conocimiento metafísico, realidad intrínseca e integralmente experimentada, de la cual la comprensión intelectual, y más aún la comprensión espiritual, o Fe, sirven de precursores y de potentes auxiliares. Este Conocimiento es el Ser mismo. A propósito de la identificación de Ser y Conocimiento, observa René Guénon, en su *Introducción al Estudio de las Doctrinas Hindúes*: "...la metafísica afirma la identidad profunda del ser y del conocer. Aristóteles estableció netamente la identificación de objeto y sujeto por el conocimiento, declarando expresamente que *el alma es todo lo que ella conoce*, pero no parece que ni él ni sus continuadores hayan dado nunca a esta afirmación su alcance verdadero, deduciendo todas las consecuencias que ella permite... Es precisamente en virtud de este principio que, en cuanto el sujeto conoce un objeto, por parcial y aun superficial que sea este conocimiento, algo del objeto está en el sujeto y se vuelve parte de su ser".

Pero lo que no hizo Aristóteles lo hizo en cambio el Buda, fundando toda su enseñanza sobre los medios para identificarnos, mediante el conocimiento, con la Verdad última y única, que el budismo denomina el Vacío, o el Gran Vacío, o también, la Pura Luz del Vacío. Esta expresión ha originado bastante confusión en Occidente, en donde se la ha tomado por sinónimo de la Nada, mientras significa lo Absoluto, vacío por excelencia de todo atributo, manifestación y calidad, que lo limitaría personalizándolo. No se trata, sin embargo, tampoco, de un sinónimo de Dios, tal como nosotros lo entendemos. Aquí surge nuevamente el discutido problema de saber si el budismo es ateo, tal como corrientemente se cree, o no. El budismo —en su sentido originario, ortodoxo, tal como lo fundó el Buda— parece creer en la eternidad del Ser puro, Conciencia o Mente. Quizás se trate aquí de la misma Mente de la cual hablaba el gran físico-matemático y astrónomo Jeans, cuando dijo que el Universo se nos aparece hoy como "un pensamiento en la

mente de un matemático puro"². ¿Es esto ateísmo? Creemos que no. Pero, al mismo tiempo, el budismo es ateo, en cuanto no se ocupa del Dios Personal, el Dios que adoramos, y al cual oramos. En otras palabras, el budismo *no es una religión*, es pura y exclusivamente metafísica, que más allá de la adoración de la Fe al Ser supremo bajo su faceta personalizada, pretende identificarnos con nuestra eternidad que es el SER por antonomasia. Esto es el estado nirvánico, propiamente *extinción de la Ignorancia, Pasiones, Deseos, y todos esos "movimientos del alma"* que perpetúan nuestra esclavitud. El budismo se concentra así en un esfuerzo interior sin desmayos para "inmovilizar a los movimientos", a fin de descubrir lo ilusorio de la individualidad, la que nos retiene prisioneros cuando nosotros creemos, al contrario, que precisamente sin ella no seríamos nada. Si es verdad pues, como dice René Guénon, que "la realización metafísica consiste esencialmente en la identificación por el Conocimiento" y que "consecuentemente, todo lo que no es Conocimiento mismo no tiene más que un valor de medios accesorios", entonces podemos afirmar que el Buda ha sido el espíritu metafísico más completo que haya producido la humanidad.

Fácil es comprender que esta ascética liberación, esta metafísica sin concesiones, sin plegarias, sin culto, no es apta para todos.

"El budismo, ha dicho Lanza del Vasto en *Peregrinación a las Fuentes*, supone en el Hombre tan alto grado de perfección, exige tan rara pureza de él, que nada pide ni da a la humanidad corriente. Con los que sufren por-

(2) Whitaker E. T. *El Principio y el Fin del Mundo*, Ed. Eusebio. Buenos Aires: "Las partículas modernas no son partículas en el sentido clásico, es decir, no son pequeños cuerpos en posiciones definidas en el espacio y con velocidades definidas. No pueden ser representadas por la intuición física, no podemos imaginarnos cómo son, ni podemos decir dónde están, porque la idea de forma y situación en el espacio no se aplica a ellas. Solamente pueden ser representadas por expresiones matemáticas". La matemática es, pues, esencialmente una función del pensamiento. "El Universo, dice Jeans, es como un pensamiento en la mente de un matemático puro".

Vemos a í el Universo físico-matemático actual, ser un problema análisis energía, y en análisis átomo pensamiento. Nos parece por otra parte, poder observar que el pensamiento, es, intrínsecamente, energía creadora.

que creen que son, no sabe qué hacerse y nada puede hacer por ellos. Los compadece sin consolarlos. Y compadece dos veces más a aquellos que no sufren su propia miseria y en su ignorancia se creen felices; aquellos que sólo desean la santidad, y no el fin, de sus deseos".

El budismo terminó en efectos para evolucionar hacia el teísmo con el llamado Gran Vehículo, o Mahayana, la más extensa rama de la doctrina budista, que ha producido grandes místicos. Hablando del Tibet en particular, podemos observar que en ese país, budista por excelencia, el Mahayana se orientó, con el budismo Vajrayanico, hacia la obtención del dominio de las fuerzas, naturales y extranaturales, mediante ritos mágicos, y místicos, la repetición de fórmulas sagradas y el empleo de diagramas esotéricos. Pero además, según nos informa Alejandro David Neal, existe una Tradición Oral Secreta, o Sangwa, que se atiene más estrictamente a la línea ortodoxa de la enseñanza del Buda. Su rigidez de pensamiento la diferencia del misticismo de las escuelas mahayánicas y su profundidad de miras rechaza, por superflua, la sed de poderes —así sean ellos espirituales— que manifiestan las escuelas del Vajrayana. Estas enseñanzas orales, transmitidas a un pequeño número de elegidos, no son secretas en el sentido de que esté prohibida su divulgación, sino que se juzga inútil proporcionarlas a seres todavía no bastante desarrollados como para poder asimilarlas correctamente. Alejandro David Neal, la extraordinaria francesa, monja budista, que vivió varios años en el Tibet, hizo conocer el Sangwa en Europa con la anuencia de sus maestros tibetanos, cuyo punto de vista fué que, aunque "se clamen las enseñanzas secretas sobre las rutas, secretas permanecerán para los que no son capaces de entenderlas".

El Sangwa empieza para recordarnos, de acuerdo con la original concepción del Buda, que en la base de toda enseñanza capaz de ser *asimilada* en el verdadero sentido de la palabra, se halla no la Fe sino la Duda. Hay que ir más allá de lo que creemos porque nos fué afirmado, no descansando hasta incorporarlo —o rechazarlo—, hay que dudar, sobre todo, del testimonio de nuestros sentidos

3. Alejandro David Neal, *Enseñanzas Orales Secretas dadas por los Sectos Budhistas Tibetanos*.

que son limitados y falibles, yendo más allá de ese testimonio.

El Sangwa nos recuerda que el mundo de las formas, es una *interpretación* de los órganos físicos y psíquicos de percepción que poseemos: un hombre no ve, no siente, como un mosquito o una planta. Un ser no-humano (un dios, o un demonio) no percibe de la misma manera que nosotros. "La extensión, la graduación, la potencia, la naturaleza, de las sensaciones y de las percepciones, difieren según la constitución de los órganos de contacto de los diferentes seres". Se deduce de ello que lo que es "real", efectivo, para un ser, no afecta a otro ser diferente y no tiene entonces ninguna realidad —o sea, no existe— para este otro ser. En otras palabras, aquello para lo cual el ser no tiene órganos de percepción, o contacto, y que por consiguiente el ser no puede interpretar, *no es*.

Esto equivale a decir que el mundo de las formas surge del ser mismo. Pero ¿cómo? El Sangwa nos dice —nos lo dijo el Buda— que en su esencia, el samsara es movimiento: no un conjunto de objetos en movimiento, sino una sucesión rápida, infinitamente rápida, de relámpagos de energía (la energía, es movimiento). Contemporáneamente, del choque de esta energía con la pura conciencia del ser, surge la *interpretación*, y de ahí los múltiples efectos. No se trata de que este proceso simultáneo nos permite *aprehender* al Universo. Se trata de que los contactos y sus efectos, *son* el Universo.

Contactos y efectos son perpetuo movimiento, y por consiguiente nunca iguales a sí mismos. Tomemos, por ejemplo, un objeto: cuando lo miramos, nos dice el Sangwa, "se produce una sucesión de contactos rápidos, y de ahí una sucesión de imágenes, de las cuales ninguna es idéntica a la precedente, porque nada de lo que existe es inmóvil. El ojo, no es tampoco una cosa estática y homogénea, sino que es un agregado de células que se modifican y se desplazan continuamente, al mismo tiempo que el objeto mirado, verdadero universo de partículas en movimiento, experimenta, él también, una continua modificación".

Este continuo movimiento (que nos trae a la memoria el "torbellino de átomos" que la física moderna ha conseguido desintegrar) según algunos maestros del Sangwa es continuo, mientras otros se inclinan más bien a con-

siderarlo discontinuo, emisión a intervalos ultrarrápidos de partículas de energía.

En cuanto a la existencia de una materia inmóvil y homogénea, se la niega terminantemente.

No habrá escapado al lector la analogía que existe entre el riguroso universo metafísico budista y el universo físico-matemático actual. En una palabra, entre el pensamiento del Buda y el pensamiento de Einstein. La Teoría de la Relatividad, por ejemplo, nos hace comprender más fácilmente de cuanto no lo entenderían en general nuestros padres, imbuidos de conceptos positivistas, qué quiere decirnos el budismo cuando afirma que el mundo de las formas está desprovisto de realidad intrínseca, pues todo depende, como se diría hoy con frase einsteiniana, "de la posición del observador". Del mismo modo, pasando por encima del universo newtoniano, el Buda y Einstein coinciden en afirmar que la *materia es energía*.

Pero cuando Einstein nos dice que, probablemente, "el espacio-tiempo es finito, ilimitado y curvo" podemos afirmar que ha penetrado, por otra puerta, en la esencia misma del pensamiento budista. Es de este espacio-tiempo, verdadera prisión sin barrotes, que el budismo pretende liberarnos. Condición intrínseca del Mundo de las Formas, el espacio-tiempo no es sino una *ilusión dotada de existencia efectiva*, si queremos interpretar el término *maya* no de acuerdo a las escuelas ultra-idealistas que niegan a la materia todo vestigio de existencia, sino de acuerdo a esa línea de intérpretes budistas que afirman que si bien el mundo está completamente desprovisto de realidad en sí (tal como no existen, al estado puro, ni el tiempo ni el espacio) esto no quiere decir que no tenga una muy efectiva existencia en el plano que le es propio. El Sangwa se adhiere a esta interpretación.

¿Cómo puede la conciencia, que se ha individualizado, quebrar el círculo? Por la no-acción, o extinción. No se trata de quietismo, ni de anulación, sino de "la supresión de la actividad mental, artifice de las construcciones mentales que nos atan al mundo de la ilusión". Una opinión análoga, nos dice Alejandra David Neal, es la de Candrakirti, que vivió entre el VI y el VII siglo d.C. y fué profesor en la Universidad monástica de Vikramasila en el país de Magadha (India): "La esencia del Nirvana,

dice Candrakirti, consiste en la extinción de la actividad constructiva de nuestra imaginación".

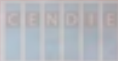
¿Significa esto la liberación de un Ego? No. El universo entero, no siendo sino movimiento originado por relámpagos de energía e interpretado mediante contactos energía-conciencia; los contactos y todo lo que de ellos deriva, siendo a su vez no sólo impermanentes sino, además, compuestos, porque debidos, simultáneamente, a la conjunción de causas anteriores múltiples (toda causa es una onda de energía que produce efectos, que a su vez se vuelven causas de otros efectos); y siendo el individuo mismo un agregato, o conjunción, de fuerzas psicofísicas, se deduce de todo ello que no hay ego permanente, tal como lo formuló el Buda cuando dijo:

1º Todos los agregatos son impermanentes.

2º Todas las cosas son privadas de *atman* (alma, ego)

No existe un ego independiente, homogéneo y permanente. Para el ser liberado, que ha ido *más allá* de la opinión, *más allá* de la sensación, *más allá* del concepto "ser" y "no-ser", y *más allá* de la misma sabiduría, los individuos y las cosas aparecen como vacíos, esto es, vacíos de identidad personal. La misma expresión designa también, como hemos visto, al Principio Uno, vacío de atributos. Este Principio, es la Realidad, y es inconcebible para nosotros que vivimos en el plano de la manifestación, o sea, de la relatividad. Pero no se trata de Principio en sentido cosmogónico: "al inicio era el Vacío", etc. El Sangwa sostiene que "el origen de las cosas no se sitúa en ningún lugar ni en ningún momento del tiempo; se produce ahora, a cada instante, en nuestro espíritu. A cada instante, la imagen subjetiva que es el mundo surge del espíritu para sumergirse en él al instante siguiente, semejante a las olas que se levantan en el Océano para recaer en él".

¿Qué pasa al Despertado? Ha inmovilizado el movimiento, ve más allá del cambiante torbellino, ha adquirido la "vista penetrante" (en tibetano, *lhag thong*) que el hinduismo y el budismo designan en sus estatuas sagradas por medio del Tercer Ojo entre las dos cejas. Esta persona metafísicamente, ha huido del espacio-tiempo y se encuentra en la Eternidad. Aquí se posa nuevamente el problema del Nirvana. El Buda, cuando le preguntaron qué es el Nirvana, no contestó. Toda su vida se concentró en enseñar los medios para llegar a ese estado, no a



describir de qué se trataba. "En el budismo corriente, anota Alejandra David Neal, Nirvana es concebido como siendo el opuesto de Samsara. Para el Sangya, Nirvana y Samsara son una sola y misma cosa, vista desde dos puntos diferentes por espectadores cuyo grado de acuidad visual difiere".

Tomemos otra vez como referencia el espacio-tiempo: sobre un cierto plano, nadie negará hoy que el espacio y el tiempo no sean, según lo estableció Einstein, una sola y misma cosa: sobre este plano, que concierne al Universo, somos sus prisioneros. A un plano muy inferior, común, el espacio y el tiempo son dos cosas distintas. Inversamente, a un plano superior, absoluto, el espacio-tiempo desaparece: ésta es la Eternidad, sin lugar ni punto de referencia, ni "tú" ni "yo", inconcebible para nosotros, los no-despertados. De la Eternidad, habla la fórmula mística taoísta cuando dice: "El País que no está en ningún lado, es nuestra verdadera morada". La única forma de entrar en ese País es la de anular los obstáculos que nos impiden ver que estamos ya en él. No estamos en otro lado, y efectivamente no hay diferencia entre Samsara y Nirvana, salvo en nuestro pecado de ceguera y sordera, pues "tenemos ojos y no vemos, oídos y no oímos".

EUGENIA BORGHINI

Viajeros y diplomáticos en la emancipación argentina

Ya próxima a consumarse por las armas la emancipación de Hispano América, las antiguas colonias españolas vivían una independencia defecto (reconocida en el mismo carácter por algunos gobiernos europeos), pero en ansiosa incertidumbre, porque su suerte dependía en último término de las combinaciones y cálculos de la diplomacia en el viejo mundo. En rigor, desde 1810, el proceso histórico de la emancipación estuvo regido por las alternativas de la política napoleónica en España y por los éxitos o fracasos militares del Emperador, tanto en la Península como en el resto del continente. La caída del coloso en 1814 y su definitiva derrota en 1815, produjeron en América un estado tal de perplejidad y desconcierto (por cuanto importaba la restauración de Fernando VII y la probable restitución de las colonias a su dominio), que sólo el concurso de militares y políticos de excepción, como San Martín y Bolívar, pudo levantar y mantener enhiesto el pendón revolucionario.

El triunfo del movimiento liberal en España (1820) determina en la revolución general de América, desde Venezuela hasta Buenos Aires, una expectativa de paz, pronto disipada, y la invasión francesa de 1823 a la Península, para restaurar el poder absoluto de Fernando, define una nueva fase revolucionaria de vacilación e incertidumbre. La invasión de los "cien mil hijos de San Luis" suponía la posible solidaridad de grandes potencias europeas con la monarquía española para recuperar el poderío de esta última en América. Rusia había declarado que "no recibiría ningún agente diplomático de los nuevos Estados americanos". La cancillería de Austria decía que el Emperador "no reconocería jamás la independencia de las provincias españolas de América mientras S.M.C. no hubiera renunciado libre y formalmente a sus derechos de soberanía". El Rey de Prusia se expresaba en términos semejantes.

Inglaterra, con fino tacto diplomático y acción decidida, mantúvose dispuesta a salvar los mercados que abriera oportunamente en Sudamérica desde 1809, y pudo desbaratar, de 1822 a 1824, intrigas de origen francés y el último esfuerzo de la inabihil diplomacia española. Ayudada desde 1822 por el reconocimiento que hizo de los nuevos Estados el gobierno de los Estados Unidos, y desde 1823 por la declaración de Monroe, precipitó a la vez el acto que, de tiempo atrás, era objeto de sus miras, y como paso previo nombró comisionados en Buenos Aires, Perú, México y Gran Colombia (1823) esperando el momento oportuno para hacer público el reconocimiento. Con tal actitud, el gobierno inglés sancionaba irrevocablemente una situación de hecho cimentada en compromisos económicos, entre los cuales —por lo que respecta a Buenos Aires— contaba un empréstito suscripto por el gobierno provincial con la casa Baring Brothers de Londres; también concesiones de minas y más de un proyecto de colonización agrícola en que se habían contraído serias obligaciones y, adelantado por capitalistas ingleses, algunas miles de libras esterlinas. Usando de términos exagerados y con malévola intención, Chateaubriand, ministro de Luis XVIII, había dicho al tener conocimiento de la actitud de Canning: "En el momento de su emancipación, las colonias españolas se han convertido en algo así como colonias inglesas".

Pero no era solamente el inmediato interés económico el que podía llevar a Inglaterra al reconocimiento. Buenos Aires —así lo había declarado el mismo gobierno de Gran Bretaña— era el Estado que ofrecía mayores garantías en cuanto a consolidación de su independencia, y en un informe de la época —de origen francés— dícese de ella: "En el intervalo de quince años no há sido atacada una sola vez. De las otras ciudades de Sudamérica, ninguna se acerca más a la civilización europea ni cuenta tantos hombres instruidos". Para honra suya, decía también que "era ciudad esencialmente democrática".

En el nombramiento de los comisionados, el gabinete inglés usó la misma cautela y discreción que había mantenido en el negociado diplomático. El ministro Canning —sucesor de Castlereagh— llamó su atención en un joven funcionario del Public Service, poseedor de datos e informaciones sobre el Río de la Plata y aficionado al estudio de esas regiones, de su historia, su suelo y las

costumbres de sus habitantes. Le animaban también curiosidades de orden científico en disciplina de historia natural, y había escrito una pequeña memoria sobre el problema del reconocimiento. Este funcionario dió testimonio ante el primer ministro de su capacidad y buenas prendas para cumplir la delicada misión que le había sido reservada. Se llamaba Woodbine Parish; había nacido en 1796 y recibido educación en el famoso colegio de Eton.

Ahora, en 1823, muy cerca de Canning, aprestábase a cumplir una misión de mayor significado y a servir a su Rey en asuntos que comprometían su propia responsabilidad y en tierras que de tiempo atrás ejercían sobre él singular atractivo. Parish y otros comisionados se hicieron a la vela en el buque Cambridge por los últimos días de diciembre de 1823. "Enviados todos los datos que podáis y mapas, si los hay", fueron las últimas palabras del Ministro a su agente en el Río de la Plata. A fe que no necesitaba de tal encarecimiento el novel y acucioso diplomático. Había recibido amplios poderes para firmar un tratado de amistad y comercio y tenía el nombramiento de comisionado con el carácter de cónsul general. El viaje fué pródigo en molestias y desazones, y la nave hubo de quedarse varias semanas en Río de Janeiro. Por eso El Argos, periódico de Buenos Aires, no anunció la llegada de los viajeros hasta el 4 de abril de 1824, y en la siguiente forma: "El navío Cambridge, de S. M. B., que llegó al Río de Janeiro el 22 de febrero, entró a Montevideo el 22 de marzo, de donde salió el 27 para Valparaíso y Lima. En este buque han sido conducidos los cónsules y vicecónsules británicos para el Perú, Chile y Buenos Aires. El del Perú, que lo es el señor Tomás Rowcroft, se espera por momentos en esta ciudad porque va a hacer su viaje por tierra; los de Chile han caminado en el navío, y los señores Woodbine Parish, cónsul general, y Griffiths, vicecónsul en el Río de la Plata, que salieron de Montevideo en el paquete Pepa el 29 de marzo, desembarcaron en esta ciudad el 31, habiendo ese mismo día saludado oficialmente al ministerio y recibido contestación, reservando para dos o tres días después el recibimiento de ceremonia. El Paquete del Gobierno Británico debe conducir al señor Poussel, otro vicecónsul. El señor Cónsul General ha traído en su compañía a su señora esposa, Amelia Jane, tres hijos y

muchos criados, y han parado provisionalmente en la posada de Faunch, en la plaza 25 de Mayo".

El mismo periódico, en su número del 7 de abril, nos informa: "El lunes [5] a las dos de la tarde, el señor Parish, Consul General, y el señor Griffiths, Vicecónsul, fueron recibidos por primera vez en la Casa de Gobierno por el señor Bernardino Rivadavia, ministro de Estado y Relaciones Exteriores, en cuya hora presentaron sus credenciales, que parece consisten en un diploma expedido en toda forma autorizado por El Muy Honorable Jorge Canning y una carta de introducción de este último de que hemos conseguido copia que registramos con tanto más interés, cuanto que es el primer documento oficial de Europa en que se habla al gobierno del país de un modo directo y correspondiente al carácter que el mismo país ha trabajado quince años por merecer".

La llegada de Woodbine Parish, que anunciaba ya como un hecho cierto el reconocimiento de la independencia por Inglaterra, fué recibida con singular regocijo porque la presencia de los españoles en el Perú y la actitud de algunas potencias en favor de la causa de Fernando VII eran miradas con natural disgusto y recelo en la misma ciudad de Buenos Aires. Las instrucciones escritas de Canning revelan que la misión de Parish podía presentar para algunos, visos y trazas de protectorado, o de algo más grave todavía, porque uno de los párrafos dice así: "Deberá el cónsul poner completamente en claro que por ningún concepto entraría S. M. en un arreglo susceptible de interpretarse como un sometimiento de las Provincias [Unidas] a su dominio, ni tampoco podrá consentirse en que sufriendo (dado el caso de su completa separación de España) la dominación de ninguna otra potencia".

Vientos favorables soplaron ese año 1824 para la causa de la emancipación, tanto en Europa como en el Nuevo Mundo: en el mes de diciembre, el gobierno inglés, antes de conocer la noticia de la gloriosa victoria de Ayacucho, reconoció formalmente la independencia de los nuevos Estados. En Buenos Aires se supo con escasa diferencia de tiempo uno y otro suceso propicio y el pueblo exultó de regocijo patriótico. Al conocerse la noticia de Ayacucho, calles y sitios públicos fueron teatro de conmovidas y exaltadas expresiones de alborozo. Y no tardó en producirse otro acontecimiento que halagó profundamente al sentimiento argentino porque significaba la entrada

solemne y definitiva de la República en el concierto internacional.

El 2 de febrero de 1825 se firmaba el "primer tratado de amistad, comercio y navegación entre Su Majestad Británica y las Provincias Unidas del Río de la Plata". Firmó como plenipotenciario del Rey del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, el señor Woodbine Parish y de las Provincias Unidas el señor Manuel José García. "Habrá perpetua amistad entre los dominios y súbditos de S. M. el Rey del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y las Provincias Unidas del Río de la Plata y sus habitantes", dice el artículo primero del tratado.

Tres meses después, Canning hizo públicos los tratados y declaró solemnemente en el parlamento inglés, "que había llamado a la vida al nuevo mundo para corregir la balanza en el antiguo". En la fecha anterior el Marqués de Lansdowne había dicho en la misma cámara y hablando en favor del reconocimiento: "La grandeza e importancia del asunto de que voy a ocuparme es tal, que rara vez se habrá presentado mayor ni igual a la consideración de un cuerpo político. Los resultados se extienden a un territorio cuya magnitud y capacidad de progreso casi abisma la imaginación que trata de abarcarlo: extiéndose a regiones que llegan desde los 37 grados de latitud norte a los 41 grados de latitud meridional, es decir una línea no menor que la de toda África, en la misma dirección, y de mayor anchura que todos los dominios rusos de Europa y Asia".

La llegada del nuevo cónsul, el reconocimiento de Inglaterra, el tratado con la misma nación, fueron sucesos propicios que se produjeron en momentos de una paz interior muy promisoría para la República, que por desdicha habría de terminar muy pronto y no con los mejores resultados. Desde 1820, las provincias habían dado testimonio de que aspiraban a la unión nacional y aun a la organización bajo el sistema federal de gobierno. Vivían en paz desde 1821, y para 1824 estaban dispuestas a formar un congreso en la antigua capital del virreinato. El congreso fué inaugurado en enero de 1825. Ese mismo mes tomó acertadísimas resoluciones. Fué renovado el pacto de unión; el congreso se declaró constituyente y dejó sentado que le concernía todo lo relativo a la independencia, seguridad, defensa del Estado, etc.; creó un poder ejecutivo nacional provisional que puso en manos

del entonces gobernador de Buenos Aires, general Juan Gregorio de Las Heras al que confirió atribuciones bastante amplias), y aseguró a las provincias el goce de las autonomías de que gozaban, hasta tanto se dictara la constitución. Todo pareció favorable a la unión, a la paz y al buen crédito del país. Pero he ahí que el entusiasmo provocado por el triunfo de Ayacucho (que aseguró con las armas la independencia de Sudamérica) vino de rechazo a provocar la guerra con el Brasil. En efecto: invadida la Banda Oriental por los portugueses en 1817, y ocupada después por el imperio brasileño, un grupo de uruguayos se lanzó, entusiasta, a la reconquista de su provincia desde territorio argentino en abril de 1825, ganó memorables combates, convocó una asamblea en La Florida y esta asamblea declaró al Uruguay incorporado a la comunidad argentina como lo había estado hasta la invasión portuguesa. Aceptó el Congreso de Buenos Aires la incorporación, y el Emperador, en respuesta, declaró la guerra. Por desdicha, la República no estaba preparada para ella, y en tales momentos los compromisos de orden económico contraídos sin prudencia en Inglaterra, pesaban acaso demasiado en sus determinaciones de orden internacional. El empréstito y las sociedades de minas y de agricultura e inmigración fundadas en Londres por funcionarios del gobierno provincial de Buenos Aires (Rivadavia, Lezica, etc.) antes de constituido el país, con fines no perfectamente definidos y con harta premura, subordinaban en parte a esa deuda y a esas empresas, la vida económica y política de la nueva nación. Los ingleses habían invertido ya grandes capitales en el Río de la Plata. De tal manera pesaba esa situación, que en 1824, apenas llegado a Buenos Aires el cónsul Parish, el gobierno nombró cónsul argentino en Gran Bretaña al señor Juan Hullet, banquero de Londres y socio de la casa Hullet, en cuyas manos había puesto don Bernardino Rivadavia todo el negociado financiero de la República. De más estaría decir que al punto el nuevo cónsul entró en conversaciones privadas con Canning prometiéndole "cualquier información que estuviera en su poder comunicarle". Al poco tiempo aquel cónsul (Hullet) declaraba al primer ministro: "La falta de gente marinera y la aversión de las clases inferiores a la vida de mar, impide a las Provincias Unidas aspirar a poseer

una fuerza naval". No podía esperarse mucho de tal representante...

Antes de un año de firmado el tratado con Inglaterra, la guerra del Brasil estaba en su apogeo y significó rudísimo golpe para el comercio inglés, tanto más que el Imperio, superior en efectivos navales a la República, estableció en cuanto pudo el riguroso bloqueo del Río de la Plata. Parish se dirigió a su gobierno invocando un pedido del ministro García para una posible mediación de Gran Bretaña. "La mediación —decía Parish— ahorraría un mundo de calamidades no solamente para este país sino también para el Brasil", e insistía en "los perjuicios que sufrirían los comerciantes neutrales".

Interrumpiase todo el pingüe comercio inglés en el Río de la Plata y al mismo tiempo un plan de operaciones financieras entablado con la fundación de la River Plate Mining Association y la River Plate Agricultura Association. Rivadavia, que había ido a Londres en 1824, volvió a Buenos Aires en octubre de 1825 y dió comienzo a lo que se ha llamado "su aventura presidencial". En poco más de tres meses, en un país enorme, sin vías de comunicación, constituido por provincias casi independientes que vivían un federalismo de hecho, logró que en plena guerra, el congreso le eligiera presidente de la República inconstituida, y no provisional sino efectivo; consiguió que fuera nacionalizada la ciudad de Buenos Aires y también su Banco, y buena parte del territorio provincial; el general Las Heras hubo de abandonar su cargo de gobernador; todas las minas del país se convirtieron en nacionales y fué sancionada luego una constitución unitaria que las providencias rechazaron, con lo que sobrevino la guerra civil.

Entretanto, un nuevo comisionado inglés con carácter de ministro, Lord Ponsomby, llegaba al Brasil y al Río de la Plata como mediador. Gran Bretaña deseaba la paz y proponía la independencia de la Banda Oriental: ni argentina ni brasileña. Si esa solución no se llevó a término bajo la presidencia de Rivadavia fué porque no estaba todavía la fruta en sazón y el Presidente defendía su obra política en el orden interno.

Todo cayó a mediados de 1827. Renunció el presidente Rivadavia y fué restaurada la autonomía provincial. Toco a Dorrego, nuevo gobernador de la provincia, encargado de las relaciones exteriores y jefe del partido federal,

dar sanción legal a lo que se había resuelto de tiempo atrás, si estamos a la documentación diplomática. Terminada la contienda, muchas víctimas de las empresas comerciales y financieras referidas quedaron "de cuerpo presente" y se levantaron voces de acusación. El libro de J. A. B. Beaumont, *Travels in Buenos Aires and the Adjacent Provinces* (1828), revela pormenores harto enojosos. Lo mismo el volumen del capitán Head por lo que hace al negociado de las famosas minas de Pamatina. Pensonby habla del Presidente en sus notas a Canning con manifiesto desprecio.

Como acontece a menudo, quienes salvaron la honra del país en aquella emergencia fueron los que jugaron derechamente sus vidas por la patria sin cálculos ni aritméticas. "Difícilmente" —dice Beaumont, autor inglés que estuvo en Buenos Aires de 1826 a 1827— podrá creerse por las generaciones venideras que estas fuerzas tan desproporcionadas hayan estado durante dos años trabadas en continuos combates y que en la mayoría de los casos la diminuta flota de los republicanos haya triunfado de su poderoso adversario. Sin embargo, así ha sucedido.... Claro está que Beaumont atribuye exclusivamente los triunfos argentinos a la dirección ejercida por ingleses como Brown; pero es el caso que Woodbine Parish, en comunicaciones a Canning, dice que la "armada brasileña sólo resultaba formidable para los bonaerenses porque estaba principalmente comandada y tripulada por ingleses..." Palmaria contradicción que un Rosales o un Espora explicarían acaso satisfactoriamente si pudieran restituirse a este mundo sublimar desde la inmortalidad que ganaron con sus hazañas...

Con todo, la caída de Rivadavia y la subsiguiente paz con el Brasil fueron miradas por la diplomacia inglesa en Buenos Aires como sucesos muy promisorios después de las calamidades pasadas. Woodbine Parish pudo desentenderse de la guerra y consagrarse más a su sabor al estudio del país, de su historia, de su economía, de sus costumbres y a ciertas disciplinas científicas a las que siempre se mostró muy aficionado. Ya tenía sus colaboradores en las provincias. Estaba en comunicación con el doctor Gillies, de Mendoza, que fué su corresponsal sobre temas de historia natural y con el doctor Redhead, de Salta, facultativo inglés que fué médico de Belgrano y que, como Gillies, consagróse a estudios de

historia natural. "Mi inteligente corresponsal el doctor Redhead —dice— que residió por más de veinticinco años en las provincias de arriba, y a quien soy deudor de algunos informes valiosos sobre ellas, hablando de su apariencia geológica, observa en una de sus cartas la fuerte persuasión que lo inducía a conjeturar que la parte sur de la provincia de Santiago debe haber sido en algún tiempo costa de mar".

Poco después de su llegada a Buenos Aires se había dirigido a los gobernadores inquiriendo datos que pudiesen servirle en sus investigaciones. "Cuando llegué a Buenos Aires —asegura después en su libro— esperando obtener algunos informes estadísticos sobre las provincias del interior, escribí directamente a sus diversos gobernadores y me asistieron razones para creer que bajo tales circunstancias, se hallaban sinceramente dispuestos a corresponder a mis deseos. Recibí al efecto las más corteses promesas, pero, exceptuando los de Córdoba, La Rioja y Salta, reconocí que los demás se encontraban completamente inaptos para comunicar cosa alguna de una naturaleza definida o satisfactoria; y aunque me prometieron reunir los datos que yo pedía, conocí que no tenían los medios de llevarlos a efecto y que, en su mayor parte, tenían otros asuntos entre manos que ocupaban con más urgencia su atención. El gobernador de Salta me remitió una noticia detallada sobre la extensión y productos de esa provincia, y, lo que menos esperaba yo, un buen mapa de ella, levantado por su hijo el coronel Arenales, autor de una obra sobre el Gran Chaco y el río Bermejo..."

Fiel a las recomendaciones de Canning, Parish contrajo mucho su atención durante sus años de residencia en Buenos Aires a procurarse buenos mapas del país y revela en su libro que tenía el mejor conocimiento del asunto. Es interesante comprobar cómo se interesó ante el coronel español Cábner, antiguo jefe de ingenieros, y todavía muy partidario de la causa realista, para que le facilitara una colección completa de mapas que tenía en su poder y que fueron levantados por los comisionados españoles que, a fines del siglo XVIII, discutieron los límites con Portugal en el Río de la Plata. Pero nada hubo hasta su muerte, dice Parish, que pudiese inducirlo a presentar a las nuevas autoridades la más mínima parte de esos valiosos documentos.

En el año 1832, Woodbine Parish se alejó definitivamente de Buenos Aires para continuar sus funciones diplomáticas en Europa. Se marchó con su carga de notas y documentos sobre el país, con sus valiosos ejemplares zoológicos, algunos de gran importancia, y con todo cuanto había reunido para contestar en un libro a las preguntas: "¿Qué es la República Argentina?". "¿Qué es esa tierra de leche y miel con sus pampas llenas de ganado y sus selvas llenas de abejas? ¿Qué parte ocupa en el mapa de Sudamérica...?"

Cuando Woodbine Parish se restituyó a su país "había formado con gastos considerables —son sus palabras— y llevado a Inglaterra una numerosa e importante colección de mapas y memorias manuscritas". La colección, por voluntad del mismo Parish, fué a manos de Mr. John Arrowsmith, quien levantó con ellos "un mapa enteramente nuevo de las Provincias del Río de la Plata y de los países adyacentes".

El ex cónsul siguió muy dado al estudio de los temas geográficos y geológicos, y en los primeros años, luego de su venta a Inglaterra, escribió diversas monografías que presentó bajo formas de comunicados a la Real Sociedad Geográfica de Londres. En 1835 dió a la imprenta uno de estos comunicados con el título de "Noticias sobre los Andes bolivianos y los afluentes meridionales del Amazonas" y otra sobre el Río Negro y la Patagonia. Ejemplares de las ediciones originales inglesas (únicas que se conocen) llegaron a poder del general Arenales y hoy se conservan en la biblioteca del Museo Mitre.

Mientras alternaba sus labores de índole científica con las funciones diplomáticas, fué honrado Parish por el rey Jorge IV con el título de Caballero Comendador de la Orden del Baño en 1837, y es de creer que por entonces se dedicó a preparar la primera edición de su libro *Buenos Ayres and the Provinces of the Rio de la Plata*, que apareció en 1839. Esta obra, esbozo y nada más de la que habría de aparecer años más tarde, era, según el autor, "un bosquejo breve y general de la República Argentina y de los descubrimientos y exploraciones hechos en esa parte del mundo, de sesenta años a esta parte". "Mi principal fin —agrega— era hacer lo posible por esclarecer la geografía de esos países, entonces muy poco conocidos y muy imperfectamente delineados en los mejores mapas de su tiempo. Parecíame además que yo debía dar algu-

nos detalles sobre el descubrimiento de esos monstruos fósiles de las pampas cuyos restos traje conmigo a Europa y que tanto interés habían excitado entre los geólogos y paleontólogos. A más de esto, una razón del comercio y deuda pública de Buenos Aires y algunos datos estadísticos, fueron los asuntos a que me limité especialmente al publicar la referida obra".

Con todo, y con ser muy modesta la referencia del autor, el libro mereció los más francos elogios del Barón de Humboldt, el más grande de los geógrafos de la época. "Vuestra obra —le escribió Humboldt— y el viaje del capitán Fitz Roy, enriquecido con las bellas observaciones de Mr. Darwin, hacen época en la historia de la geografía moderna. Sorpréndese uno de ver el acopio de materiales que habéis podido reunir para ilustrar la topografía de esos países, bosquejada tan pésimamente en nuestros mapas de la América del Sur. El que está anexo a vuestra obra como el que adorna la historia de la expedición del Beagle serán las sólidas bases de los mapas que pronto se construirán sobre una escala mayor. Como geólogo y como físico, sois acreedor a mi particular agradecimiento..." Elogiaba Humboldt las observaciones de Parish sobre "la conformación de las pampas... de las osamentas de los animales fósiles como el megaterio y el gliptodonte", del relieve general del país, meteorología, etc. Se refiere también "al acorlito más colosal que se posee en Europa", llevado por Parish al Museo de su país.

Antes de que viera la luz esta primera edición llegó a Inglaterra una obra impresa en Buenos Aires, verdadero regalo para quienes como Parish sentían marcada preferencia por la historia y la geografía de aquella región. Fué la Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata por don Pedro de Angelis, cuyo primer tomo apareció en 1836 (los cinco que completan la obra aparecieron en el año siguiente). Superfluo sería referirse al erudito napolitano y a la importancia de su obra que da preza a su nombre, como a la sociedad y al gobierno que le prestaron entusiasta acogida y decidido apoyo y protección.

Parish encontró en esta obra precioso y abundante material que examinó con diligencia y del que obtuvo gran beneficio. La calidad de los documentos publicados por Angelis, la extensión de la obra, los comentarios que la

acompañaban, ponían en evidencia la erudición y los métodos modernos del compilador. La mayoría de los papeles publicados fueron para el ex Encargado de Negocios una revelación, y es de creer que, desde que estuvo compenetrado con ellos, pensó en una edición ampliada de su libro en que pudiera utilizar debidamente el nuevo aporte documental. No es de extrañar que esta segunda edición definitiva que se toma siempre como referencia cuando se trata de la obra de Parish (la primera tuvo escasa difusión) se hiciera esperar algunos años, porque las actividades diplomáticas del autor en la década 1840-1850 fueron muy diversas. Entretanto, los círculos científicos y el público de Londres seguían comentando la exhibición del esqueleto del megaterio que, con los restos llevados a Inglaterra desde el Río de la Plata, Sir Richard Owen había preparado y armado para el Museo de Historia Natural. Parish era elegido miembro de la Geological and Geographical Society, en la que se desempeñó después como Vicepresidente durante muchos años. Fue por este tiempo, acaso después de 1845, cuando emprendió la segunda y definitiva edición de su libro, que apareció en 1852, muy ampliada y mejorada, con el título de *Buenos Ayres and the Provinces of the Río de la Plata, from their discovery and conquest by the spaniards to the establishment of their political independence. With some account of their presents state, trade, debt, etc.; and appendix of historical and statistical documents, and a description of the geology and fossil monsters of the pampas. Second edition, enlarged, with a new map and illustrations. Londres, 1852.*

La publicación debió de llegar a Buenos Aires por el mes de mayo del mismo año, y en tales circunstancias fue considerada muy a propósito para una traducción inmediata y digna de larga difusión. Constituía un apropiado manual de historia basado sobre documentos —por lo menos en la parte colonial—, y las descripciones de sucesos vividos por Parish, con más las estadísticas y notas geográficas, lo señalaban en aquel momento como de indudable utilidad. Empezó el trabajo de la traducción Justo Maeso, gibraltarinero, hijo de un proscripto español del tiempo de Fernando, asilado oportunamente en aquel reducto inglés. Maeso había llegado muy joven a Buenos Aires. Tenía veintidós años cuando se puso en aquella labor. Era cultor de las letras y sobre todo de

la historia del Río de la Plata, pero también de las demás disciplinas en las que Parish se había distinguido. Parece haberse desempeñado con relativa brevedad en su labor —aunque el texto no se resiente de ninguna premura— si consideramos que la traducción del primer tomo (de los dos en que dividió su versión) pudo salir por la imprenta y librería de Benito Hortelano, calle Santa Clara 103, en el mismo año de 1852. El segundo fue publicado por Casavalle (Imprenta de Mayo), en 1853, según reza la portada, pero hay razones para creer que se dio al público en 1854.

La versión es suelta y correcta en general y el abundante caudal de notas que acompaña a la traducción revela un conocimiento excepcional de la historia argentina y de otras diversas materias, habida cuenta del momento aquel y de los pocos años del traductor. No están las notas exentas de toda tacha y error, pero jamás poco resaltan éstos entre la seria información general y el juicio maduro que pueden comprobarse a lo largo de las numerosas apostillas y acotaciones!

Maeso tuvo condigno galardón por su labor mereció elogiosos comentarios. Ninguno más autorizado que el de El Nacional, suscripto nada menos que por el entonces coronel Bartolomé Mitre. "Las notas ilustrativas, por sí solas (dijo Mitre juzgando la obra), formarían una obra digna de consulta".

El libro de Parish fue valorado en un principio exclusivamente por su contenido histórico, pero, en rigor, no es obra que pueda clasificarse estrictamente dentro de ese género. Es explicable que, en momentos en que la historiografía argentina no contaba con libros manuales y sintéticos; cuando la curiosidad general se volvía en busca de un pasado que sabía opulento en sacrificios colectivos y hazañas heroicas, fuera estimado este libro desde su aparición como un libro de historia.

Si es innegable que en buena proporción la obra puede ser considerada bajo ese aspecto, verdad es que tiene también mucho de libro de viajes, de memoria, de corografía, de reseña geológica y de registros de usos y costumbres.

Muchos rasgos del libro de Parish revelan sensibilidad artística, como las descripciones de plantas y flores, de paisajes y aves, sobre todo de estas últimas, entre las que destaca la deliciosa página del picafloir o tonte en el aire.



¡Cuántas finísimas descripciones de "cosas argentinas" encontramos en este libro! Así los interiores de las casas porteñas, el ambiente de las calles, los carretilleros, los esclavos, la belleza de las mujeres y hasta aquellas galerías que no eran tan rústicas y pesadas como han sido descriptas por otros, sino que constituían "una especie admirable de carruaje que se parece mucho a un ómnibus de Londres, suspendido sobre correas o elásticos de cuero y de construcción liviana, aunque muy fuerte, en que se puede hacer el viaje hasta Mendoza en catorce o quince días". Al lado de estas observaciones de hábitos y costumbres, se encuentra abundante caudal de información relacionado con el proceso histórico, social y cultural argentino.

JOSÉ LUIS BUSANICHE.

Enfermedades alimentarias observadas en cobayos

Degeneración adiposa alimentaria mortal y miopatía arterial.— El investigador que suscribe se decide a dirigir esta comunicación a esa entidad en razón del interés doctrinario y práctico que las presentes comprobaciones incluyen, aparte la circunstancia de ser ésta la primera vez que se realiza una averiguación de tal carácter. El plan y la ejecución de la tarea responden a los principios sustentados por el autor de estas líneas, en obras de no lejana aparición.

Generalidades.— Estas observaciones se iniciaron con tres cobayos de un año, en abril de 1952.

Empezaremos por señalar que los datos de las publicaciones norteamericanas difieren de los corrientes en la Argentina. Según aquellos boletines informativos, el cobayo es susceptible de contraer gran variedad de enfermedades, rigurosamente clasificadas con arreglo a sus respectivas causas. Registran, por ejemplo, entre las bacterianas, una paratifoidea de que son portadoras las ratas y ratones. También se ha observado una septicemia hemorrágica en que se nota afectado el aparato respiratorio con producción de neumonía, pleuritis y endocarditis.

Ha de agregarse a tal lista la pseudotuberculosis, causada por la *pasteurella*, de localización intestinal. El cobayo pierde peso, padece diarrea y muere en el curso de unas tres semanas con hipertrofia de las glándulas linfáticas de la cavidad peritoneal y regiones inguinales, a veces con abscesos y pus. Tanto el hígado como el bazo se agrandan y muestran nódulos, sin que exista mejor consejo en caso de peste que exterminar todo el plantel.

Se trata, en efecto, de planteles, de grandes planteles. De ahí las proporciones de aquellas noxas. En el caso de la paratifoidea, se habla de contagios tan difundidos que la mortandad alcanza al 70 por ciento de los animales. Añádese que en la hembra suele aparecer el mal en el período de gestación. Abortan y mueren de endome-

tritis paratuberculosa. A menudo se advierten también congestión y agrandamiento del hígado. Medida preventiva no se recomienda ninguna. Se han ensayado las sulfamidas y otros remedios modernos, pero en la práctica lo único que se tiene por bueno, como en el caso anterior, es el exterminio y empezar de nuevo, previa completa desinfección del local, con especial vigilancia de los depósitos de alimentos para impedir el acceso en ellos a los roedores.

En vano querríamos parangonar aquel orden de cosas con el de acá. Los cobayos de nuestros criaderos no están expuestos desde luego a infecciones alimenticias del tipo mencionado, por ser planteados mucho más reducidos y el forraje de que se proveen exento de contaminaciones semejantes a las que sospechamos en aquellas granjas de los Estados Unidos: desperdicios lácteos y orinas de ratones, como rastro de la incursión.

Por lo demás, parece bastante acomodado a lo más justo para nuestra América que la exposición de estas doctrinas patológicas, en que se ha de oír una voz netamente hispanoamericana, se complete en lo experimental con pruebas practicadas en el cobayo; uno de los contados y siempre minúsculos cuadrúpedos que conoció el Nuevo Mundo antes del arribo de los españoles; animalillo natural y exclusivo de esta parte del globo, razón por la cual fue llamado conejillo o cochinitillo de Indias. Su carne enriquecía la comida del aborigen del Perú y aun ahora integra su alimentación. Que al presente su sorda voz ofrezca al mundo científico las primeras comprobaciones experimentales de la doctrina etiopatológica que en materia patológica sostenemos.

Según está muy divulgado, el cobayo se alimenta de pasto seco y admite algunas otras raciones vegetales. Cuando se le sirve alimento verde, fresco, no necesita prácticamente de agua. Para con nuestros cobayos, vamos a optar por el pasto seco, lo que nos permitirá añadir leche sola o mezclada que obligadamente beberán. Se la brindaremos a los tres en lugar de agua para satisfacción de su mucha o poca sed.

Arao alguien haga memoria de que Nutall y Thierfelder consiguieron alimentar a un cobayo sólo con leche esterilizada; si bien ello sucedió con un cavia recién nacido, sacado a luz en buscada operación cesárea, en un medio también esterilizado a objeto de comprobar, como lo consiguieron, que no son indispensables las bac-

terias en los procesos digestivos. Asimismo el doctor Salvador Pisaní y acompañantes han utilizado la leche con el cobayo, pero al estricto fin de obtener en él la producción experimental de una disposición alérgica heredada (*La Semana Médica*, 24. IV. 1952).

En esta ocasión se trata de llegar a profundos desarreglos metabólicos mediante las mezclas de leche y huevo, helados de crema ya licuados y arroz con leche que suministraremos. Como quiera que la digestión es una fermentación ante todo, la ingesta defina que les ofreceremos (tan común en niños y mayores) ha de traerles en primer término diversos entorpecimientos en los distintos segmentos y glándulas del tubo digestivo.

Estamos interrogando, como lo quería Pasteur, a la naturaleza misma. Y no al azar. Venimos del ámbito de muy largas investigaciones en sanos y enfermos. Raro será que ellas no se vean confirmadas hasta dónde lo puedan alcanzar la morfología y la fisiología de un cavia. Decimos sin alarde que traemos una bien fundada teoría. Y aquí debemos recordar nuevamente a Pasteur. "La teoría —enseñaba este maestro— es la madre de la práctica. Sin ella la práctica no pasa de rutina". En fin: queremos trabajar con evidencias palmarias y recordamos perfectamente bien la fórmula de Vico: *Verum ipsum factum*; es decir: Verdadero es aquello que hemos causado.

Produciremos en cada cobayo —decíamos— una sustancia mórbida. Pero poco nos debían ayudar sus naturales disposiciones anatómo fisiológicas. Por de pronto nos resultó seguro que no obtendríamos nada parecido a un catarro nasofaríngeo, puerta de tanta enfermedad. Los huesos nasales con sus vastas cavidades lo imponen. "La apófisis esfeno-orbitaria —dice Alcaizal en el tomo III del *Dictionnaire de Physiologie* de Charles Richet, París, 1898— y la raíz anterior del arco zigomático circunscriben un enorme agujero suborbital". Esta misma amplitud se reconoce en el espacio que va del esfenoides al temporal.

Para la fisiología del cobayo recurrimos a Ch. Livon, que es quien estudia estos aspectos en la obra enciclopédica de Richet. Los conductos excretorios de la saliva son en los conejillos de Indias demasiado finos para pensar, pongámonos por caso, en obtener una fistula experimental. En cambio hallamos otros detalles promisorios. La saliva del cobayo, de reacción alcalina, tiene marcado poder

sacarígeno sobre el almidón. "Cabe afirmar —dice Livon— que su secreción salival tiene por objeto, como en la mayor parte de los animales, transformar el almidón en azúcar".

Ahora con la experiencia que vamos acumulando disintimos respecto de M. Livon en lo concerniente a la alimentación de los cavia. Contra lo que él afirma, nuestros cobayos no gustan de todos los vegetales. Tampoco los hallamos tan impresionables. En cuanto a su condición de roedores, anotaremos que no hemos conseguido que roan queso. Zanahoria, sí.

Al cumplirse los cinco meses de nuestras experiencias, pudimos decirnos con satisfacción: Merced a nuestras precauciones no hemos tenido ninguna enfermedad intercurrente ocasionada por el menor descuido en la higiene de los alimentos y las jaulas. Tampoco hemos forzado a los animalillos a ingerir lo que ellos rechazaban. De este modo nos resignamos a reducir cuanto nos pareció necesario, nuestras posibilidades. En cuanto a la leche, aceptáronla desde un principio aunque en escasa cantidad. Comprendemos que el principal esfuerzo ha consistido en la constancia, en la repetición cotidiana de unas mismas buscadas mezclas. Nos asiste el derecho, con estos antecedentes, de afirmar de modo categórico que los respectivos estados mórbidos a que vamos arribando, son el previsto resultado de sendos desequilibrios y disfunciones que se debían producir. También pudimos recalcar: *Enferman estas piezas no por incompatibilidad inmediata del alimento, como sería alimentar con leche a un pez; enferman por acción de un metabolismo desquiciado, tal como sucede con los seres humanos por obra de similares ingestas.*

Recapitulando: Perseguimos alteraciones patológicas por caminos y procedimientos enteramente nuevos en el campo experimental. Hemos procedido no por supresión o adición de determinados principios sino por efecto perturbador de orden distrófico de sustancias alimenticias completas; pero atendiendo al mismo tiempo, por medio de la inclusión de pasto y aun de hoja fresca, es decir con un régimen dietético mixto, a que una brusca anorexia o un estado disentérico no nos interrumpiese irremediablemente la prueba.

Considérese además la buscada ausencia de cualquier elemento químico, lo mismo que la de toda acción bac-

teriana. No creemos que la autopsia registre a su hora ningún factor inflamatorio de esa índole. Nada inyectamos en la cómoda almohadilla plantar de nuestros cobayos. Tampoco empleamos radiaciones a ningún fin. Nos redujimos simplemente a colocar día tras día en las escudillas las raciones prefijadas. O sea que no nos servimos de ningún factor de aceleramiento, pues íbamos en procura de una elaboración del propio organismo catabolizado por la alimentación.

Pasamos ahora a considerar los resultados según los fuimos obteniendo en los tres cobayos que numeraremos por el orden de su éxitus letalis.

Cobayo Nº 1.—Este ejemplar tenía en su jaula por letra distintiva la C como inicial de la palabra *Cáncer*, pues habíamos de ensayar con él una alimentación cancerígena que sólo pudo cumplirse en parte a causa de las limitaciones del paladar de estos roedores. Buffon los llama mansos y domésticos, pero su domesticidad no llega a una modificación eventual de sus gustos. Lo que quiso ponderar el filósofo naturalista fué la sumisión con que sufren el encierro así como cualquier prueba quirúrgica sin oponer resistencia. En suma: que a todo se avienen, mas no a ensanchar su repertorio alimenticio.

No por eso, sin embargo, interrumpiríamos la experiencia. Interesaba siempre, y mucho, saber hasta qué punto es patógena la mezcla de leche y huevo infallible en la mesa del canceroso, ya en forma de flan, ya en otras viandas; alerta de vida o muerte que por primera vez se da en toda la literatura médica.

Puestos en tal dirección, nos impulsamos, como correspondía, una rigurosa limpieza del piso de la jaula. Respetamos también las modalidades observadas en este animalillo, de tan inquieta sensibilidad que se recomienda no cambiarle de caja para no alterarle, dado que la menor causa perturba su respiración y circulación como quizá también su digestión.

Decimos que es patógena y cancerígena la mezcla de leche y huevo; no separadamente el huevo o la leche. Bien que el huevo haya sido más de una vez incriminado corresponde afirmar que no daña de por sí y ni siquiera procede distinguir entre yema y clara. Las conclusiones de Hartman sobre que la clara es cancerígena se refieren a su aplicación por vía parenteral en conejo y cobayo, no a su ingestión ordinaria.

Pues bien: este primer cobayo tomaba su preparado de leche y huevo, mas también alfalfa, zanahoria, acelgas y otras hojas. Tampoco le faltaban buenos menudrugos impregnados con la mezcla. Cabía asimismo ligeras innovaciones. Por ejemplo, darle flan machacado con avena. Era de notar entretanto que se mostraba más despierto y movedido que los otros cobayos como bajo la influencia de una excitación suprarrenal. Cosa insólita en estos animalillos, el nuestro daba incluso señales de afecto a su cuidadora. Como para recordar con Rivroire que la adrenalina, sin duda en juego, ha sido considerada como la hormona de la emoción. Y en alguna medida podrá ser también para un cobayo, como alarmógena que es, si hemos de decirlo con Selye.

Este cuadro no duró mucho. Poco después se advirtió que ya no se abalanzaba a la escudilla para tomar su alimento ni se sentía tan atraído como al principio por las hojas frescas de lechuga o de repollo.

Pasamos a dar cuenta de los datos patológicos.

Desde los comienzos del régimen se comprobó que la defecación disminuía de tamaño, con menos de la mitad de lo normal y coloración diversa; ya no oscura y pareja como en un principio.

Este proceso fué acentuándose. De semana en semana seguía disminuyendo el tamaño de las partículas excrementicias que, conservando su aspecto coprolítico semejante a un arroz negro, llegó a tener solamente la cuarta o quinta parte de su dimensión natural.

Promediando el mes de setiembre, es decir a los cinco meses casi cabales de la experiencia, este cobayo dió señales muy claras de enfermedad. Emitía una voz parecida a un quejido con muchos queiebros y se levantaba sobre la raja de la jaula como pidiendo socorro. Interpretó que buscaba una posición que le permitiera respirar con menos ahogo.

Debemos insistir en que la defecación seguía disminuyendo. Expelia menudas partículas excrementicias y pocas. Su pereza intestinal (pese a la verdura fresca que nunca le faltó) se definió hacia el fin como una completa estiptiquez.

En los dos últimos días se le notó un temblor continuo en la cabeza. El 22 de setiembre estaba muerto.

Cumple ya una reflexión que toca al fondo del concepto etioprandial de las enfermedades a que aplicamos nuestro

ENFERMEDADES ALIMENTARIAS

esfuerzo, en este primer cobayo sacrificado a tal aspecto ampliamente promisorio de la ciencia. Iniciadas las tres experiencias el 17 de abril, llegamos al *status letalis* con el ejemplar letra C en la dicha madrugada del 22 de setiembre, a los ciento cincuenta y ocho días de una alimentación fundamental consistente en mezcla de leche y huevo; mientras los otros caviás —que son testigos para el caso— no tomaban esa mezcla y seguían viviendo.

Resulta así evidente como primera conclusión que aquélla fué la alimentación más nociva de las tres, y a corto plazo, mortal.

Fué efectuada la autopsia. La apreciación macroscópica permitió aseverar lo siguiente: Glándulas suprarrenales aumentadas de volumen, como los riñones. En el hígado, degeneración grasosa; bazo agrandado, y en los pulmones, infartos hemorrágicos.

Cobayo Nº 2.— Este cobayo que, desde luego, comía el pasto y hojas frescas que su naturaleza exige, fué sometido a la sencilla prueba de una alimentación estrictamente láctea; es decir a una alimentación de leche no mezclada a otro producto. Así transcurrieron unos cinco meses; tiempo bastante para concretar la conclusión de que la leche no mezclada al huevo o a harinas lácteas puede considerarse innova. No es por lo menos específicamente patógena.

Exprimido el lapso indicado, tomamos otra dirección alimentaria: la del batido de leche y huevo que resultó, según acabamos de verlo, probadamente patógena con el caviá número 1.

Pronto pudimos observar como en el otro animalillo, la disminución de tamaño en las heces fecales; fenómeno que se acompañó después de anorexia y marcado debilitamiento. Para llegar a esto habían bastado cinco meses contados a partir del día en que se mudó su régimen.

Poco antes de morir cayó en la rigidez. Fué la última expresión típicamente vascular del desgobernado metabolismo de una alimentación insidiosamente matadora: esa misma que tanto compromete la salud de tanta gente.

Esta vez los datos macroscópicos fueron los siguientes: hipertrofia de hígado y suprarrenales con tejidos en franca degeneración grasosa: la misma esteatosis que en el anterior.

Pero al presente llamaba la atención el páncreas por el agrandamiento de los islotes de Langerhans y no me-

nos interesaba la tiroidea. Por otra parte (cosa que empezó a notarse en el cobayo anterior) había un espesamiento muy significativo de las tónicas vasculares con disminución de su lumen.

No cabe duda acerca de que este cuadro resulta de suma importancia en lo tocante a los fenómenos circulatorios. En realidad produce más víctimas a la hora actual la hipertensión que el cáncer. Pues bien: con estos resultados a la vista y revelado el itinerario prandial que hemos seguido, aportamos elementos de innegable valor para la etiopatogenia del terrible mal, y por ende, la manera de evitarlo.

Viniendo ahora, para concluir, a la aproximación carcinogénica que con ahínco buscamos, merece destacarse dentro del conjunto de las alteraciones observadas, la pilórica. En este segundo cavia advertirá el anatómopatólogo como en el primero, una indudable proliferación epitelial en el píloro. Asimismo le será legítima referirse en lo citológico a una cierta hipereromiasia nuclear; que muchos estiman como muy importante en la materia.

Cobayo Nº 3.— Le podríamos llamar el cobayo del arroz con leche, porque tal ingesta —que tenemos señalada como netamente coadyuvante al estallido de la infección poliomiéltica— fué la base de su alimentación.

A los veinte días de la experiencia, tuvimos la conquista que más nos importaba: la colaboración del gusto por parte del ejemplar. Consumía vorazmente esa mezcla que en un principio rechazaba. Esto era para nosotros importantísimo si queríamos alcanzar en el conejillo de Indias siquiera un estado preparalítico; pues todo habrá de ser confiado al exclusivo factor alimentario, no en modo alguno a la obra de una inflamación por fármacos o de una sepsis de laboratorio.

Podríamos ser mucho más ambiciosos, de contar en el cobayo con la posibilidad de ingerir helados del conveniente tipo, como los que enferman del mal de Heine-Medin. Pero ya que no contaríamos con la tan necesaria colaboración del frío en una dada combinación tóxica, pusimos el mayor cuidado en lo que atañe al arroz con leche.

Este preparado se ha de hacer con el arroz hervido en la leche, bien deshecho en ella, hasta convertirle en una especie de goma, capaz de formar como una sola sustancia.

Pues bien: ya al finalizar el mes de mayo, a unos cuarenta días de nuestra iniciación experimental, la conducta muscular y nerviosa de este devorador de arroz con leche, fué mostrándose muy diferente de la suya de antes y de las que mostraban los otros dos cobayos, sujetos a distinta dieta, y para el caso, testigos. Notamos alguna incoordinación en los movimientos y una caída en la lentitud como si los músculos motores no obedecieran bien a los estímulos nerviosos.

Debimos pensar que estábamos ante el primer accidente patológico grave sobrevenido en el medio interno de este cavia por estrago de la dieta. Sin duda agentes tóxicos venían contaminando con sus toxinas, nervios y músculos, suscitando la producción de este cuadro. La vivacidad natural del animalito quedó reemplazada desde entonces por una pesada pereza en que el músculo tarda en obedecer porque ya el nervio transmite mal el estímulo. En cotejo con los otros cobayos la diferencia resultaba de manera impresionante.

Seguimos notando un cierto desgobierno en sus remos posteriores como si sus movimientos de flexión estuvieran trabados. Pudimos pensar que nos hallábamos en un preciso período de lenta incubación. Obligándole a tomar helados de crema, para crispación de todo el nasofarinx y cavidades y centros adyacentes, acaso habríamos obtenido el desencadenamiento del mal. Pero no nos atrojé cometer esa sevicia. Sin la violencia era inútil procurarlo. Jamás un cobayo paladeará un helado como un jovencuelo. Esto nos cortaba los ríes.

Algo, sin embargo, conseguiríamos con la insistencia en el arroz con leche. Como hecho nuevo, notamos una rigidez en la nuca. Además y como quiera que la tendencia al sueño ha sido indicada para el período preparalítico, se nos ofreció como digna de tomar en cuenta la tardanza en despertarse del todo que advertimos en el espécimen cuando le llevábamos comida. Nos pareció también significativo el hecho de permanecer en absoluta quietud tiempo muy largo. Para más neta especificación del caso, pudimos cotejarlo con el cuadro de la cavia próxima que en pleno estado de gravidez, rematado con nacimiento trigémino, moviase con una agilidad perfecta.

Ciertamente, si el caso de la inmovilidad se nos hubiera ofrecido en los otros ejemplares sometidos a otras dietas, nos hubiéramos encontrado en gran desconcierto; pero,

ofreciéndonos en ésta, conforme a nuestras previsiones, nos sentimos confirmados.

Ahora bien: ¿Cuál es el camino que sigue lo que se llama el virus de la enfermedad de Heine-Medin hasta llegar al sistema nervioso central? Por de pronto debe constar que no hemos advertido síntomas localizados en las vías respiratorias, bien que según Kleinschmidt, se trate de una observación clínica general. Tal discrepancia nos la explicamos sin dificultad, porque en el caso humano se anticipa siempre a cooperar el catarro, mientras que el cobayo es animal que no se acatarra nunca por las particulares dimensiones de sus senos y calidad de sus mucosas. Por consiguiente todas las manifestaciones alcanzadas por nosotros se refieren a una sola vía de penetración: la digestiva. Tanto más corroborante para nuestra tesis cardinal: esa de la raíz prandial de las enfermedades.

¿Qué se observará en los ganglios espinales? ¿Qué en la médula espinal? ¿Algo digno de anotar en la sustancia blanca de la médula? ¿Alteraciones en la sustancia nerviosa? ¿En qué medida?

Por otra parte, dado que el proceso patológico que nos ocupa, no afecta solamente, según repetidas comprobaciones, la médula espinal, debe explorarse tanto como se pueda en los segmentos encefálicos. Sabido es que se discutía mucho tiempo sobre si esta enfermedad no es más bien una polioencefalitis. En todo caso ¿cómo se enlazan los datos clínicos del sopor con los respectivos anatómicos? Afinando la mira: ¿cómo interpretar el permanente estado de inactividad en este cobayo? La somnolencia y el estupor han sido clasificados entre los posibles signos de una ataxia. Y los signos atáxicos entran en la constelación semiológica de la parálisis. ¿Debemos pensar en una esclerosis de los cordones posteriores de la médula espinal?

Lo que se impone es este hecho concreto del sopor. En un niño se hablaría de cansancio constante. En la obra de Kleinschmidt —página 212— se estudia el caso de un pálido de cuatro años en cuya fase preparalítica se advirtió primero que todo, somnolencia. Allí leemos: "Duerme cada día más y se muestra ligeramente abnubilado".

Sin duda, con este cobayo replanteamos además todas las cuestiones relacionadas con la arterioesclerosis. Y las

replanteamos a fondo. ¿Habrá de seguirse habiendo de una enfermedad de las arterias como de algo idiopático? La degeneración de las tunicas arteriales ¿cómo se origina? ¿Acaso en las tunicas mismas? ¿Cuál ha sido el fundamento de esa hipótesis? Nos parece que de hoy más, dicha hipótesis debe ser desechada. Este cobayo nuestro, envejecido a la vuelta de pocos meses, testifica que sus arterias eran tan sanas, elásticas y extensibles como las de los cobayos testigos. Y sin embargo envejeció.

De aquí surge claro que la alteración no parte de la membrana. Procede, antes bien, de la propia corriente sanguínea, debido a partículas residuales que se van depositando en las paredes vasculares: sales calcáreas principalmente. Ellas son siempre las que inician estos procesos degenerativos, y su vehículo es la leche con aditivos diversos. Para nuestro cobayo lo ha sido el arroz con leche. Por eso ha perdido su actividad y su energía. Por eso cuando sale de su amodorramiento su marcha tiene algo a la vez de embestida y de cojera. Por eso —digámoslo todo— lo hemos visto sumido en la vejez.

Estamos en el momento oportuno para recordar las apreciaciones de Ribbert-Hampel (*Patología General y Anatomía Patológica*, página 147). El depósito de amiloide —enseña útilmente para nuestro caso— se relaciona siempre con los vasos, empezando por depositarse en la superficie externa de los capilares, túnica media de las arterias e íntima de las venas. Después, estrechada la luz de los vasos, que pueden ocluirse completamente, y quedar anémicos, se interrumpe la corriente humoral, originando trastornos nutritivos en las células de los órganos, mientras aumenta la presión de los acúmulos de amiloide. "Se atrofian aquellas y la degeneración grasosa es la consecuencia segura".

Cumple ya hacer constar aquí también, en lo tocante a las incriminaciones alimentarias apuntadas, que ésta es la primera vez que se formulan y ello bajo el aval de una amplia casuística que de otro lugar se ha recogido. Corresponde, por otra parte, insistir sobre el concepto de mezcla, o de combinación alimenticia, mejor dicho, en que los componentes constituyen una nueva expresión energética.

Asaz instructivo resulta por esto el caso del arroz con leche. Sólo, o en mezclas inofensivas, brinda un recurso

curativo para la tensión arterial, mientras que en aquella otra forma precipita el endurecimiento de las tónicas arteriales. Esta distinción —añadiremos— tampoco antes señalada sobre la diferente constitución y acción de ciertas sustancias alimenticias aisladas o fusionadas, ofrece la posibilidad de asentar un fundamento efectivamente racional de la dietética: no por cómputo de calorías y conjuntos minerales o vitamínicos sino de orden funcional, con arreglo a lo que realmente ocurre en la vida orgánica.

Al promediar octubre instauramos en el ejemplar número 3 el régimen alimenticio que reputamos cancerígeno. Convenía saber qué efectos de orden anatómo-patológico lograríamos producir sobre ese fondo soporoso.

Dejamos transcurrir cuatro meses, y hacia fines de febrero del año siguiente, resolvimos efectuar una indagación en su sangre buscando algún signo precoz de cancerización mediante el cuadro hemático de Bolen, de conformidad con las directivas que tiene dadas su inventor en el número 80, página 505, año 1950, del *American Journal of Surgery*.

Dichas directivas para la indagación en el hombre son éstas: Se practica una punción en el pulpejo del dedo medio, con una aguja de Hagedorn u otra de punta muy fina. Se aproxima entonces un portaobjeto cuidando de no hacer excesiva presión, pues ello diluiría la sangre en la serosidad tisular. Recógense entonces tres gotas que se dejan secar con el portaobjeto boca arriba poniendo la debida atención en no esparcirlas.

La clave radica en la forma de desecarse la segunda gota y la tercera. En el no canceroso se manifiesta una mancha oscura central, mientras en la fibrina se observan hebras bien formadas de diverso tamaño y espesor que se entrelazan dispuestas en una red donde van incluidos los hematíes. En cambio, la gota de sangre del canceroso no forma en el centro la mancha referida; la sangre se desintegra en lunares. Microscópicamente no se advierte ninguna formación de cilindros y los hematíes se agrupan en montones informes, muchos de ellos "encogidos y con un contorno indiferenciado", todo lo cual muestra un aspecto de células aglutinadas en lagos de plasma y muy reducida proporción de fibrina.

Fué practicada la punción de Bolen, y llevadas seis gotas en dos portaobjetos. Sabemos que se trata sola-

mente de la obtención de un indicio, no de una seguridad diagnóstica; pero entendemos que debe hacerse y lo hacemos.

Aunque no hemos dispuesto de un microscopio de gran aumento, la primera comparación entre la sangre de un cobayo testigo y la de nuestro enfermo fué plenamente satisfactoria, como lo demuestran las imágenes que poseemos. En la del sano, una bien trabada red; lo homogéneo. En la del enfermo, lo anómalo.

Hacia este mismo tiempo nuestro cobayo antes tan obeso evoluciona con rapidez impresionante a una acentuada delgadez. Entretanto permanece en un estado de somnolencia profunda. Su rigidez se vuelve absoluta. Es inútil estimularlo con el contacto de una varilla. Sólo a los muchos toques da señales de haberlos percibido con algún leve movimiento, para recaer en su inmovilidad insensible.

Según se ha visto el más resistente de los tres cobayos de nuestra investigación ha resultado ser el de la dieta del arroz con leche. Parecería justificado referir esta mayor resistencia a esta larga dieta de arroz, no obstante haber ido acompañada. Y si bien la composición y estructura bioquímica de dicha ingesta produjo la caída del cobayo en el sopor, no dejó de beneficiarlo con un buen saldo de energía latente.

Según toda probabilidad, se han entrecruzado aquí —para emplear la terminología de Selye—, impulsos catabólicos y anabólicos a la vez, produciendo cada cual las debidas consecuencias. Debemos aclarar también ahora que siempre suministramos azúcar en las mezclas al ejemplar (como a los anteriores), reconocido sostén de los tejidos muscular y nervioso.

Por lo demás es concepto corriente en cancerología que toda cancerización se produce a partir de un proceso de irritación sobre células dotadas de intenso poder germinativo que la irritación e inflamación exagera. En nuestros cavia nada semejante ha existido. Ni frotación, ni quemadura, ni otra cualquiera agresión de las usuales han intervenido supletoriamente para este catabolismo. En tal concepto sólo podíamos esperar alteraciones en la intimidad celular. Y acá diremos que Roberto Nicholson en su tesis doctoral titulada "El diagnóstico citológico del cáncer genital" sustenta como lo más característico en la célula enferma, la hiperromasia nuclear.

A estas oscuras incógnitas agregamos las concernientes al efectivo camino de una arterioesclerosis. ¿Dónde comienza el proceso? ¿En cuál de las tónicas? ¿En alguna de ellas electivamente? ¿O debe entenderse que en las arteriolas, vénulas y capilares destinados a nutrir las paredes arteriales? La imbibición como sabemos es la manera directa de la nutrición arterial. Mas si esta nutrición es tóxica, si es de una ionización tumultuosa, digámoslo así, sólo habrá de conducir hasta lo último del desorden trófico en los vasos.

Entretanto la arterioesclerosis (que no por otro camino se implanta) constituye el más grave flagelo moderno. Se expresa que es la causa más frecuente de muerte y no se da con el medio terapéutico para evitarla.

Esperamos que la experiencia sufrida por nuestros cobayos pueda servir para señalar inconfundiblemente su etiopatogenia con respecto a la capa muscular, activa por excelencia. Proscribir las ingestas que conducen a ella será tanto como despejar el natural sendero de la salud vascular.

En cuanto a la degeneración adiposa que dejamos bien pormenorizada, quizás conduzca por el camino indicado a la más temible alteración celular.

ARTURO CAPDEVILA.

Intermezzo paraguay

I.—Cuando Cabrera, en 1541, después de hostilizar a Ruiz Galán, logró que Irala provocara con él la despoilación de Buenos Aires y el traslado de los vecinos a la Asunción, quedó la *Argentina* sin gente blanca. El núcleo llevado al Norte, si bien seguía legalmente en la *Gobernación del Río de la Plata*, se encontraba de hecho en lo que era, fué después y es, hoy, el *Paraguay*. La historia argentina, interrumpida aquel año, se reanuda en 1543, con el descubrimiento del Tucumán, en el Noroeste; pero el curso de la civilización iniciada en la provincia del Plata, no vuelve a su cauce primitivo hasta que en 1573, Juan de Garay baje desde la Asunción, y funde en el Paraná la ciudad de Santa Fe. *Intermezzo paraguay*, periodo desenvuelto entre dos épocas argentinas, se extiende de 1541 a 1573, pasando en esos años por la Asunción numerosos dirigentes, si bien tres fueron los protagonistas: Irala, Alvar Núñez y Felipe de Cáceres. El Adelantado sólo durará de 1541 a 1545; el vizcaino hasta 1556; la mala sombra de los dos, hasta 1573.

El mejor inspirado, más fervoroso y menos diplomático, fué quien hubiera extendido en poco tiempo la colonia hasta el Océano por el Oriente y hasta el estuario por el Sur. El odio provocado por las reformas de Alvar Núñez pudo más que sus buenos propósitos y su defensa de indios e indios; fué víctima de los mezquinos, sin sospechar siquiera que sus rencores ardían. Porque su actuación fué fugaz y porque no tuvo un Díaz de Guzmán para endiosarlo, interesó poco a cronistas e historiadores su noble figura, dejando que el tiempo la marchitara en silencio. Raras veces parecen los vencidos superiores a su destino. Sin embargo, Alvar Núñez lo era. Es lo que quisiéramos demostrar en este ensayo consagrado a las ideas del Adelantado y al análisis de los sentimientos rebeldes, confederados en una fuerza que paralizó su actividad, y finalmente se deshizo de él.

a) *La personalidad de Alvar Núñez.*—En 1541, en los últimos tiempos de su estancia en Buenos Aires —fines

de mayo o junio— recibió Irala, por un indio llegado de la costa, la noticia de que el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca había desembarcado en el puerto de San Francisco con cuatro carabelas¹. La novedad fué para él, contrariante, ya que le interceptaba el mando de la expedición ideada al Noroeste. Dismulso, sin embargo, dándose tiempo para meditar y salió con la tropa hacia la Asunción, donde entró mucho antes de recibir del Gobernador el aviso de su viaje y un pedido de bergantines en el Paraná, para remontar el río desde el punto en que desembocaran.

El Consejo de Indias, inseguro acerca de la suerte del Teniente de don Pedro de Mendoza, esperó varios años noticias. Por fin, entre el 18 de marzo y el 15 de abril de 1540, firmó el Emperador varias cédulas relativas a la designación de Alvar Núñez como Adelantado, Gobernador, Capitán General y Justicia Mayor de la Gobernación del Río de la Plata, tal cual la tuvo don Pedro². Ese "tal cual" era inconciliable con la toma de posesión de Chile por Almagro y lo fué mucho más después de la recompensa de La Gasca a Valdivia; pero el *lapsus calami* pasó inadvertido, y seguirá reproduciéndose en capitulaciones posteriores, a pesar de las poblaciones de Núñez de Prado y Aguirre.

No las tenía todas consigo el Consejo de Indias al formular esa concesión, pues inseguro acerca de la muerte de Ayolas, introdujo en ella una cláusula por la cual quedaba convenido que si viviera, pasaría Alvar Núñez a ser Teniente de Gobernador y Alguacil Mayor de Ayolas, con sede en Santa Catalina, teniendo por jurisdicción, además, las tierras que descubriera y conquistara. Aprovechaba de la circunstancia apuntada para reiterar el deseo apremiante de proteger la costa, asentándose y fundando en ella. La muerte de Ayolas, que era un hecho, desbarató ese proyecto que hubiera tenido para España, salvo lo imprevisible, la ventaja de incorporar a su patrimonio toda la costa y la región confinante que

le pertenecía, desde la Cananea. Pero no debía de ser, y no fué.

Poco tardó Alvar Núñez en organizar su breve armada. Según constancias del proceso que instauró en 1545 contra los Oficiales Reales, y que duró muchos años en España, gastó en ella más de 14.000 ducados, siendo ya 8.000 los que había invertido cuando salió de Cádiz el 12 de diciembre de 1540, llevando en tres naos unos 400 hombres y 46 caballos. Una cuarta carabela con más hombres y abastecimientos se unió a ellos en Las Palmas (Col. G. V., 978, 987, 914). Entre los hidalgos —que más tarde actuaron destacadamente en La Asunción—, y la conquistista, se encontraban Nuflo de Chaves, Ruy Díaz Meigajero, Pedro Estopiñán, P. Cabeza de Vaca, Pedro de Orantes o Dorantes, Diego de Abreu, Francisco de Mendoza y Francisco Ortiz de Vergara. Iban también los curas Francisco Rodríguez Paniagua, Martín González, y siete clérigos más. Para desdicha de la Gobernación, había sido designado Contador un tal Felipe de Cáceres.

Poco se sabe de la culminante figura de explorador que fué Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y no bastan para trazar su biografía los *Naufragios* ni los *Comentarios*. Faltan pormenores sobre los principios de su vida y el fin de su carrera. Podríamos decir de él lo que escribimos acerca del Virrey Toledo, a quien mucho se asemeja: le persiguió un fatum inexorable hasta la tumba, volviendo patética su vida toda. Sus *Naufragios* son diez años de dolores físicos y penurias atroces, y sus *Comentarios*, como su *Relación* inédita, revelan el estoicismo de un alma religiosa, atravesada por la injusticia y la ingratitud. Su transcurrir por ambos mundos fué solitario, sin amor de hijos, y abrumó sus últimos años el sentir que enemigos momentáneamente victoriosos, acumulaban cargos contra su fama, habiendo sido el objetivo exquisito de su existencia el mantenerla pura.

Era hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, conquistador de Canarias, y fué Cabeza de Vaca por su madre doña Teresa, de Jerez de la Frontera. Siguen las historias, luego, con los prodigios de sus aventuras en la Florida, iniciadas en 1527 con Pánfilo de Narváez. Hurgando en la probanza de méritos y servicios que incluyó en su acusación contra los Oficiales Reales en 1546, descubrimos algunos nuevos datos. Un testigo, Fray García de Lara, manifestó que Alvar Núñez fué a Italia con

1. Copia de documentos del Archivo de Indias: Groussac-García Vidaz. Biblioteca Nacional, Buenos Aires. Cartas-Relaciones de Irala (1935) y de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1978).

2. Cédulas para la capitulación y la designación de Alvar Núñez. Col. G. V. (910).

el Capitán Alonso de Carvajal entre la gente que los Reyes Católicos mandaron al Reino de Nápoles en favor del Papa Julio II, y fué con él a Lombardia, estando en la toma de la fortaleza del Duque de Ferrara. El testigo Rodrigo de León certificó que estuvo en 1512 en Nápoles con Alvar Núñez viniendo de la rota de Rebeña, y que después lo vió de Alférez en Gaete. Declara él mismo en esa probanza (Col. G. V. 989), que estando en Sevilla en 1521, defendió una puerta de la ciudad contra los comuneros, atravesó parte de España para llevar unos despachos importantes del Duque de Medina Sidonia a la reunión de Gobernadores que se celebraba en Tordesillas, y luego tomó parte en la guerra contra los franceses, en Navarra. Su maestre lo asigna 27 años en 1527, y él, en una probanza de 1548 certifica tener 48 años, o sea que el año 1500 era el de su nacimiento. Podría parecer precoz la edad de 12 años para estar presente en Italia en un campo de batalla; pero así ocurría en el siglo XVI. Desde los ocho o nueve años, los cabezas de casas solariegas colocaban a sus hijos al servicio de los Reyes y de sus hermanas. Como pajes, recibían la educación adecuada a hijos de Grandes —historia, latín, retórica y teología— y se perfeccionaban en armas, música y modales; por fin seguían a los Reyes o a Grandes en las guerras. Sólo así pudo estar Alvar Núñez en la del Reino de Nápoles y en la toma de la fortaleza del Duque de Ferrara.

Sus hazañas en Florida, Texas y México —que felizmente sus *Naufregios* perpetúan— le dieron en España momentos de popularidad. Pasó, por tierra, del Atlántico al Pacífico, y volvió de Nueva Galicia a Vera Cruz, visitando a Cortés en México. Fué la primera travesía del hemisferio boreal en su parte más ancha, como lo fué la de Balboa en la más estrecha. Esos diez años heroicos superan cuanto se conoce en aventuras reales o imaginarias. Eran 2.000 leguas por tierras vírgenes, entre tribus belicosas hoy conocidas con los nombres de tekesta, apalachis, natchez, siux, apaches, atapascas y uto-aztecas, por el Sur de Norteamérica y en la región Norte de México. Gracias a una vitalidad prodigiosa, valerosidad sin límites, buena cabeza, sentimientos caritativos y fe inquebrantable en Dios, pudo salvarse donde cientos perecerían. La experiencia aguzó su ingenio, le enseñó a conocer los seres primitivos, sus ardores, sus

hombres, y en consecuencia, como cristiano sincero, a poner en juego los más sutiles resortes de la comprensión para apaciguar el perpetuo terror en que vivían. Por saber algo de curaciones pasaron por brujos él y sus tres compañeros, y sanaron, de verdad, enfermos, como más tarde, en análoga circunstancia, le aconteció a Staden en el Brasil. En una frase lo explica: "por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos". *Hijos del Sol* acabaron por llamar los naturales a estos magos samaritanos, y les regalaban de lo que tenían sin discernir entre cascabeles de oro, corazones de venado o esmeraldas. Diez años anduvo así, amenazado y defendiéndose, tratando toda suerte de gente que a pesar de hablar lenguas distintas, revelaban análogas modalidades. Alvar Núñez alcanza esta conclusión: "Claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas a ser cristianos y a obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevadas con buen tratamiento, y que éste es camino muy cierto; otro no".

Repárese el lector en esa frase: es la llave de su carácter. Auguraba Alvar Núñez, con tal principio, la posición de protector de naturales que tomaría frente a los conquistadores en la Asunción, y no sorprende tal altura moral en quien escribía en otras páginas de sus *Naufregios*: "Por toda esa tierra anduvimos desnudos, y como no estábamos acostumbrados a ello, a modo de serpientes mudábamos los cueros dos veces en el año, y con el sol y aire hacíanse en los pechos y en las espaldas unos empujones muy grandes de que rescebíamos gran pena... las cuerdas se nos metían por los brazos... nos corría por muchas partes sangre de las espaldas y matas con que topábamos, que nos rompían por donde alcanzaban... No tenía, cuando en estos trabajos me veía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la Pasión de Nuestro Redentor Jesu Christo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto más sería el tormento que de las espaldas él padeció..."

Noible voz es ésta, pero ¿no sembrará vientos, no recogerá tempestades? ¿No será juzgada intolerable cualquier alteración del régimen de que gozan con Irala los vecinos, en lo relativo a servicio de los indios, y sobre todo, de las indias...? No importa. Hará lo que deba. Quien no lo vea erecto siempre, y como en postura de atención

frente a Dios, no aceptará lo esencial de su alma; es lo que en él predominaba, pasada la reacción de su instinto violento, pero generoso, contra lo vil. Era, en todo, excesivo, y después de haber lanzado sus denuestos y desbordado en amenazas, pensando tener razón, volvía en sí e imponía castigos insuficientes. *Perdonad a vuestros enemigos*, fué la salvación de Cáceres y Cabrera, quienes no cumplían jamás con la reciproca evangélica. Era la conducta de él, la que preconizaba San Juan de la Cruz:

*Sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.*

b) *La travesía del Atlántico a la Asunción.*—Alvar Núñez hubo de llegar con instrucciones verbales de poblar en Santa Catalina o San Francisco, antes de seguir para Buenos Aires. Nos mueve a formular esta conjetura, el hecho de que exploró las tierras que hoy son de los estados de Paraná, Santa Catalina y Río Grande del Sur y su permanencia en esa región desde marzo hasta noviembre, para asegurarse de que Ayolá había muerto. La confirman unas líneas categóricas en una carta del clérigo Martín González, del año 1573, en la que dice, refiriéndose a San Francisco (Col. G. V., 1339): "No conviene que aquella tierra sea proveída por la costa del Brasil por ser tan yncierta la navegacion y peligrosa hasta que se haga un pueblo en San Francisco, el cual no se puede bien poblar con gente bisoña despaña ida nuevamente, porque los prueba la tierra, y no están hechos a las comidas y mueren, y no se saben guardar de los indios tupia que sirven a los portugueses... debían poblar el dicho puerto de San Francisco con gente baquiana, españoles y mestizos de la Asunción que están hechos a la tierra y a los bastimentos della, diestros en la guerra... Cabeza de Vaca quiso poblar junto a Santa Catalina por más sano, y toda la gente se enfermó y se moría. Fuele necesario enviar los navios por el río con alguna de la gente y con la más recia entrar por tierra, con la cual entré yo cuando se descubrió el campo hasta la ciudad de la Asunción. También han querido poblar a San Francisco la muger de Sanabria el viejo y el capitán Salazar yendo de España, y enfermaron y morían de hambre, de manera que por experiencia se ve que no conviene poblar la costa de la mar con gente bisoña..."

A bordo hubo discordias, dado que en ninguna época de sus treinta años de permanencia en la Asunción, dejó Felipe de Cáceres de provocarlos. La suficiencia con que discutía, y su espíritu contrariador, exasperaban a Alvar Núñez, que desgraciadamente era fogoso. En esos instantes se le iba la mano al puñal y su lengua prorrumpía en excesos... mientras testigos aterrorizados mañosamente, habían de certificar de esas reyertas, y repetir las frases en las probanzas, premeditadamente hostiles.

El Gobernador había resuelto pasar directamente a la Asunción, parte por descubrir y conocer los naturales, y también por habérselo dicho que desde Buenos Aires sería difícil hacer llegar los caballos. Cáceres, que se había arrogado el derecho de entrometarse en las decisiones oficiales como si fuese conjunta persona del Adelantado, impugnó ésta, insistiendo en que el viaje se hiciese por el río. Resolvióse el litigio como juicio salomónico: Alvar Núñez iría por tierra y Cáceres por la vía de Buenos Aires. Poco después de haber salido, el Contador hubo de volver obligado por las corrientes y el mal estado de la nao, embarcando de nuevo algunas semanas más tarde. Nueve soldados, escapados de Buenos Aires, habían dado al Adelantado noticias de la muerte de Ayolá y del designio de Irala y Cabrera de despoblar la ciudad (Col. G. V., 977), pero éste sin variar su propósito, encomendó al Factor Pedro Dorantes el descubrimiento del mejor rumbo por tierra.

En la costa, en el sitio llamado Cananea (atribuido a puerto, bahía o isla, pero mucho más a menudo, por los cartógrafos, a un pequeño río situado por 46°30' de longitud Oeste y algo al Norte del paralelo 25°S.) había tomado ya posesión y levantado el mojón divisorio entre España y Portugal. Era la primera vez que un Gobernador del Río de la Plata destacaba oficialmente el comienzo de la jurisdicción. Ruy Díaz de Guzmán recuerda la solemne ceremonia, así en su obra como en el mapa, donde el lector puede distinguir, por 25°S. una isla con la anotación: *la Cananea, línea de marco de Castilla*. A la derecha todo era de Portugal, y todo a la izquierda era de España, incluyendo esa divisoria, la costa atlántica desde la Cananea hasta la extremidad de las tierras australes.

Dorantes, que había estado con Alvar Núñez en parte de la odisea de la Florida, era más funcionario que sol-

dado. Quisquilloso en lo tocante a sus deberes y privilegiados, se formó en seguida una clara visión de lo que convenía a la colonia. En cuarenta años de permanencia no se apeó este activo precursor de la continua recomendación de que se poblara en la costa del mar, en el estuario y en el Paraná³. Acertó con el camino por el cual había de iniciarse la exploración y volvió a reunirse con el Adelantado. Este abandonó entonces Santa Catalina, y llevó 340 hombres, además de 24 caballos y yeguas, hasta la desembocadura del río Itabucú.

En la travesía de más de 300 leguas por tierras desconocidas, pobladas de antropófagos bellicosos como los tupís, o afables como los carios, hubo de vencer una serie de obstáculos naturales, con sierras sin camino de atajo, selvas que sólo se lograba penetrar abriendo picadas de leguas de extensión a través de bosques de caranday o cañaverales de tacuara. Ciénagas profundas obligaban a largos desvíos, o a construir puentes; los ríos eran de corriente violenta o caían en saltos pequeños o cataratas grandiosas como las del Iguazú. Añádase a esos peligros, el perpetuo riesgo de emboscadas de indios y sorpresas de tigres y reptiles, en medio de las cuales servían de distracción las gracias de los monos y sus luchas con los puercos silvestres. La belleza de la selva se destacaba en la grandiosidad de los bosques de ibirá-pitá, lapacho, urunday y palo borracho, y en esas soberbias arboledas deleitaba la variedad de los pájaros: el cardinal azul, el tangeré de siete colores metido entre las matas de orquídeas, el pirincho de larga cola, los vistosos guacamayos y los diminutos picaflores.

La nueva vía, era adecuada para el contacto con España. Respaldada por un fuerte cada 50 leguas, habría asegurado los derechos de Castilla contra las pretensiones portuguesas y contenido a los tupís, desde el Paraná hasta el punto de la costa en que se iniciaba la jurisdicción. En suma; ese propósito de sabia perspectiva política estaba ya incluido en la concesión fracasada de 1536, acordada a Gregorio Pesquera⁴, y lo veremos repetirse

3. Correspondencia de los Oficiales Reales de Hacienda del Río de la Plata con los Reyes de España, Tomo I. Madrid 1915. R. L.

4. Gregorio de Pesquera por Enrique de Gandía, Buenos Aires, 1935. Se encuentra en su obra la cédula de concesión.

desde España en cédulas reales, sin que ningún gobernador del siglo XVI, salvo Alvar Núñez, hiciese nada por llevarlo a la práctica o secundario. Él consignó en sus relaciones los apuros sufridos; mas como hombre que sabía discernir en el presente las posibilidades del mañana, no dejó de señalar noticias favorables, que fueron de asombrosa exactitud. En uno de los informes contenidos en la probanza hecha en Madrid en 1545, pondera así los feraces campos brasileños y paraguayos: "toda esta tierra de la provincia de Vera es la mejor tierra de más buenas aguas, arroyos, fuentes, campos, arboledas que yo he visto; de mucha caza; es tierra muy aparejada para poblar, sembrar e criar ganados de toda suerte, e muy sana..." (Col. G. V. 978) Lo confirma hoy la ganadería de Río Grande do Sul.

Alvar Núñez tuvo dificultades en el camino con dos frailes que acompañaron la jornada desde la costa: los padres Armento y Lebrón, más ventajeros que evangelistas. Donde estuviera, imponía obediencia a la norma, para él sagrada, relativa a los indios: "estas gentes todas, para ser atraídas a ser Christianos y a obediencia de la Real Magestad, han de ser llevadas con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto; otro no..." Y lo puso en práctica, prohibiendo que nadie contratase con los indios directamente, sino por medio de oficiales de su confianza, que adquirían lo preciso para todos con trueques que satisfacían a ambas partes, evitando así que los fuertes oprimieran a los débiles y les sonsacaran lo suyo sin retribuirlos con equidad. Pero los dos frailes gustaban de ser independientes: madrugaban y, cuando llegaban los proveedores del ejército, se encontraban con que aquéllos habían pasado con su séquito y devorado lo disponible. Alvar Núñez los transfirió a retaguardia donde tuvieron los restos; pero hizo de ellos enemigos.

La hazaña terminó en la Asunción, el 12 de marzo de 1542, y admiró a los vecinos. Gran prueba de capacidad organizadora, de vitalidad y de ánimo resuelto había dado con ella el jefe, al superar dificultades nunca antes vencidas. Atenuó el general regocijo la escasez de recursos de los recién llegados, pues si habían traído sus propias armas, caballos y alguna munición, no aportaban ropa, ni bastimentos cuya falta se hacía sentir mucho, después de siete años de usar de ellos sin repuestos.

c) *Alvar Núñez y su defensa de los indios*—No había transcurrido un mes desde su llegada, cuando el 7 de abril de 1542, dió Alvar Núñez una nota trascendente, que la Historia, siempre remisa con los héroes desgraciados, ha dejado pasar sin conferirle el sitio merecido en los anales de la Gobernación. Es, sin embargo, una fecha memorable aquella en que un hombre de principios, haciéndose eco de la reacción cristiana y sentimental de España contra los abusos de las primeras conquistas, opusiera a los que iniciaron la convivencia poligámica en el Paraguay, una nueva ética. Ordenaba su pena de castigos, que se respetaran los derechos de los indios *por ser, como son, libres*. Se percibe una finalidad rectora en estas ordenanzas y las que siguieron. Y todo ello era revolucionario en la Asunción, donde desde cinco años atrás, únicamente algunos clérigos y frailes habían salido en defensa de los naturales.

Cuando Alvar Núñez dejó España, en 1540, no habían aparecido las *Nuevas Leyes de Las Casas*, y por lo tanto, éstas eran las primeras dictadas para el indio al Sur del Ecuador. Es probable que por haber vivido Alvar Núñez en España entre 1537 y 1540, tuviese noticia de las *Relecciones* del Padre Vitoria, leídas en Salamanca en 1539, y que al aplaudir esos pensamientos, tan acordes con los propios, se sintiese feliz de poderlos aplicar. Por otra parte, sabía que reflejaba con tales conceptos los de Carlos V, derivados de la augusta Reina que a principios de siglo había exigido la libertad de los indios, sin por ello olvidar la finalidad misionera de la conquista, ni el repartimiento, ni la encomienda, ni el trabajo, "todo lo cual fagan e cumplan *como personas libres* como lo son, e no como siervos, e faced que sean bien tratados..." Y Alvar Núñez estatula, antes de Blasco Núñez Vela en Lima, de Mendoza en México, sobre todo mucho antes del Virrey Toledo en el Perú, de Ramírez de Velasco en Tucumán o de Hernandarias en la Asunción: "Que ninguna persona sea osada de tomar a los indios contra su voluntad ninguna cosa de lo que tuxieren en esta ciudad ni fuera de ella... y que los dexen ir libremente a sus casas y partes donde quiesesen ir..." Oponía así el nuevo Gobernador, con prioridad absoluta, el espíritu cristiano al impulso de los conquistadores, de considerar al indio un servidor en potencia, y a la india un objeto plausible de placer. Sus bandos y ordenanzas no eran prescripciones anodinas

o prohibiciones interesadas, como las que dictaría Irala en 1547; trataban de todos los aspectos de la vida en común, en que el indio pudiese sufrir por abusos de pobladores, y ocupan 24 largas páginas. No estando reparada aún la tierra, ni formadas las encomiendas, le resultó imposible legislar sobre el trabajo. Se concentró en el modo de contratar con el natural y combatió los excesos corrientes entonces con las indias al servicio de los españoles; pero como muchas eran madres de mestizos, procedió con humana paciencia y se limitó a prohibir la promiscuidad por demás lasciva e indecente.

De sus severas leyes, destacamos éstas (Col. G. V., 909): "Que ninguno pueda rescatar ni contratar directamente ningunas indias unos con otros, sin licencia de Su Señoría, por ser como son libres..." "Que ninguna persona sea osada de rescatar ni contratar con ningunos indios de la comarca desta cibdad, ni de los nuevamente convertidos, ninguna india ni indios..." "Que ninguna persona pueda tomar, ni tenga en su casa, ni fuera de ella, dos hermanas, ni madre e hija, ni primas hermanas, por el peligro de las concuencias. E las personas que las vieren las aparten e quiten de sus casas dentro de los seis días".

Estipulaba además que nadie debía ir a las casas de las indias, ni andar de noche por el pueblo después del toque de queda. Evidentemente estas disposiciones, en el deseo de Alvar Núñez de no ir más allá de lo humano, apuntaban al porvenir más que a deshacer lo concertado en el pasado, salvo en los casos de mujeres parientas entre sí. Y cuando se piensa que los primeros conquistadores poseían cada uno de ellos tres, cinco, diez o treinta indias, según sus medios, puede imaginarse el remolino creado por esas reformas.

Las normas destinadas a regir en la relación de los españoles con los indios, eran igualmente categoricas: "Nadie debía rescatar a los indios ropa alguna de paño, ni lienzo, ni machetes, puñales, ni casquillos de otras clase de armas, ropa y munición..." "Que ninguna persona sea osada de vender ni comprar casa ni ropa sin licencia de su Señoría, para que mande poner personas terceras que con juramento apropien el justo valor de la tal casa o roza (sementera) para que ninguna de las partes reciba engaño..."

Pasó luego algo más de un año, sin que se sepa de ordenanzas nuevas; pero el 23 de abril de 1543, siente Alvar Núñez la necesidad de reforzar las anteriores y extenderlas en lo relativo a las "lenguas" o intérpretes, cuya acción perjudicial había podido apreciar, y aparecen estos bandos (Col. G. V. 909): "Por cuanto por experiencia se ha visto la mucha desorden que las lenguas intérpretes han tenido en rescatar y contratar con los indios, andando por sus lugares y casas... y porque los dichos indios sean bien tratados, mirados y favorecidos..." ordena que "Cuando fueren enviados para contratar a lugares de indios, contraten sólo aquello para lo cual los envió su Señoría; que no extiendan ni alarguen la licencia; que no vayan jamás a lugares o casas de indios sin licencia del Gobernador, declarando la causa y el negocio; no deben hacer llamamiento de indios o indias en poca ni mucha cantidad para sembrarlas para sí ni para otras personas, sin licencia del Gobernador, ni los ocupen en sus casas, ni les pongan temores... No deben rescatar ni contratar de los indios directa o indirectamente ninguna india ni indias para sí ni otros... Así como no pueden ir sin licencia, así no pueden enviar a sus hijos, hermanos o criados a llamar a los indios... Cuando las lenguas o intérpretes venían de las casas y lugares de los indios, no debían traer nada encubiertamente sino declararlo a su Señoría, y si venía de noche no desembarcar y avisar a la centinela..."

Pocas días después enmendó el anterior bando, haciendo presente que "las indias de los cristianos puedan ir e vayan a sus casas donde vivieren sus padres e parientes a los ver e visitar, sin pena alguna, o recibir lo que les dieren para lo traer como sea, a contento e libre voluntad de los dichos indios, sin se lo enviar a pedir e tomar por fuerza..."

En todas estas disposiciones, se trata de normas morales destinadas a proteger al indio y a la india y sus traerlos al dominio del español arbitrario, proclamando su igualdad de derechos, y su derecho a la justicia y a la libertad. Pero aun cuando no pasaran de cinco los años de existencia de la Asunción, imperaba ya un *modus vivendi* que Irala mismo había establecido. Descubrió en Candelaria, al tener amores públicos con la hija de un cacique, que los indios daban a esas uniones —para ellos de príncipes— el valor de una alianza entre el clan y los

blancos. De ahí que se trataran de cuñados y de hermanos, y que el español tomara en cuenta ese aspecto político, capaz a veces de evitar su avasallamiento por naturales mal armados, pero mucho más numerosos. Siendo así ventajosas las alianzas, y repitiéndose al infinito el caso de doña Marina con Cortés, y el de la hija de Careta con Balboa, reconocemos que el amor libremente consentido por las dos razas y la forma de hogar poligámico adoptada, tal cual la usaban los indios, aun cuando contrariaran los principios cristianos, coadyuvaron en un principio a la propia defensa de los españoles⁵. Irala halló en las "fembras placenteras" la satisfacción de instintos notoriamente predispuestos y un poderoso expediente político para hacerse, con sus cuñados y suegros, de un bloque de alianzas de invalorable ayuda contra tribus indómitas. Además, por haber sido el primero en buscar esa familiaridad y esa ayuda secreta de los indios, se había convertido a los ojos de las tribus en defensor general, tan capaz de imponer a los blancos contemplaciones con los indios, como de hacer causa común con ellos contra otras tribus. Por su parte los españoles, conscientes de la popularidad de Irala, acudían a él como al cacique máximo para sus asuntos, y —siendo amigos— hallaban buena voluntad para lograr, lo que por vía de eufemismo se llamaba "el servicio femenino".

En las demás gobernaciones del Virreinato, la situación era distinta; la Asunción fué excepcional. Aquí, Irala, que sólo pensaba en salir para el noroeste, era opuesto a formar repartimientos, distribuir encomiendas e indios, pues esto era vida sedentaria, y él quería andar y que con él se anduviese. En La Plata, en Santiago de Chile, más tarde al recompensar a los que le secundaron en la lucha con Gonzalo Pizarro, La Gasca encomendó tierras e indios. Con esto se daba arraigo a ciudades y estructura a las gobernaciones; pero esto era precisamente lo

5. Para la descripción de los hechos de la conquista, véase *Historia de la Gobernación del Río de la Plata y del Paraguay*, por Santiago de Guzmán. Buenos Aires 1932; *Indios y Conquistadores en el Paraguay*, Buenos Aires 1933, y *Limites de las Gobernaciones sudamericanas en el siglo XVI*. Buenos Aires 1933, por el mismo autor. Irala, por F. del Valle Llerandi y R. de Lafuente Machaín. Madrid 1922 (*documentos inéditos*). El Gobernador Domingo Martínez de Irala. Buenos Aires 1939, y *Alonso Siquelme de Guzmán*. Buenos Aires 1942, de R. Lafuente Machaín.

que Irala no quería. Prometía tierras, sin que llegara el día de asignarlas, y en cambio donaba indias, con lo que sostenía su rústica demagogia. Creó así su popularidad política con blancos y con indios, y complaciendo a tirios y troyanos, logró que el soldado aguantase sin murmurar, en virtud de las compensaciones obtenidas, la vida más que mediocre de entretornos, soledades y pobreza. Tal era el pueblo incipiente al llegar Alvar Núñez.

Entre los dos hombres se abría un abismo tan vasto como el que separa al Príncipe del Teólogo, al astuto acomodaticio del moralista inflexible. Irala no quería construir porque tenía otra meta imaginada a lo lejos; Alvar Núñez estaba ansioso de robustecer lo existente, dar leyes justas, buscar expansión económica y encarrilar la vida sobre normas cristianas, manteniéndose en contacto con los demás dentro blancos. Tanto en sus psicologías como en sus finalidades, eran inconciliables las dos presencias.

Contrapuestas las leyes de Alvar Núñez a los métodos corrientes ¿cómo no darle razón? Su moral satisface plenamente nuestros sentimientos de justicia y de humanidad; resplandece como una luz, en cambio, lo opuesto se agitaba en la oscuridad, donde hubiese barbacoas, y mientras aquello se proclamaba a voz en cuello y se imponía so pena de castigos, esto se practicaba clandestinamente y de ello nadie hablaba. Sin embargo, y aquí es donde duele, se encontraba envuelto el problema en otra complejidad que Alvar Núñez descuidó: la distribución de fuerzas. Según las que tuviera en el momento en que introdujera las reformas, éstas que vedaban costumbres establecidas, y las castigaban como abominables, serían políticas o no, y eficientes a la larga, o no. Un moralista tiene siempre el derecho, ex cátedra, de protestar contra lo ilícito, dar ejemplo de limpieza y exhortar a que los abusos cesen; pero al gobernante le conviene prohibirlos cuando cuenta con apoyo capaz de superar las fuerzas opositoras. Debe elegir la hora. De lo contrario, éstos transgreden a escondidas sus imposiciones, desafiándolas oblicuamente, y si reacciona, lo matan, como le ocurrió a Blasco Núñez Vela en la mismísima época, o lo derrocan y proscriben como le ocurrió a Alvar Núñez a los dos años de llegar.

La tormenta se fué formando con nubes que la propia víctima amontonó. Todas sus medidas eran justas, pe-

ro... las costumbres contrarias que Cabrera e Irala habían tolerado para atraer a los soldados y formar entre ellos mayoría, eran muy de su agrado. Y Alvar Núñez no sólo descontentó a los antiguos conquistadores, sino que los nuevos fueron los más resentidos. Los primeros debían despedirse de las "fembras placenteras" dentro de seis días; pero estos últimos debían guardarse de entrar en conversación siquiera con indias, sin licencia de su Señoría.

Por más impecable que fuese la vida de Alvar Núñez, no vió esta gente joven y fogosa sino maldad de cuarentón en la privación impuesta, y quedó la paz a merced del primero que sugiriese rebeldía.

ROBERTO LEVILLIER.

El topónimo «Tuyú»

Hace muchos años, tantos como van corridos desde 1939¹, que conocí un texto de las postrimerias del siglo XVIII en el cual, sin énfasis alguno, como quien dice algo sabido por todos, proporciona el equivalente del término geográfico "Tuyú". No había tenido oportunidad de hacer uso de esa noticia que, sin embargo, en su momento, quedó individualizada para algún futuro estudio. Y era motivo de mi preocupación toponomástica recordar que un lustro antes se había producido alrededor del término un entorevero de opiniones en uno de los grandes cotidianos de Buenos Aires sin llegar a solución alguna, como, por otra parte, habitualmente acontece.

Confieso que no me he preocupado de averiguar si se han vertido, desde entonces, nuevas opiniones relativas a su origen. Desde ya, pido perdones si tal hecho ha acaecido. Con preocupaciones bastante al margen de las aquí abordadas, no tengo el tiempo suficiente para indagar toda la bibliografía que se haya producido. Hecha esta salvedad paso, de inmediato, a hacer una síntesis de la recordada polémica.

Desencadenó la tormenta en el clásico vaso de agua el vicepresidente, en aquel entonces, del Automóvil Club Argentino don N. Magnanini, quien, con toda inocencia, manifestó: "Algunos sostienen que los indios "guaraníes" llegaron en sus andanzas hasta esas regiones y en prueba de esta aserción invocan que la palabra Tuyú es netamente de origen guaraní, significando "barros blandos"².

EL TOPÓNIMO "TUYÚ"

De inmediato, salió al paso el señor M. L. Badano manifestando que, en su sentir, el término "responde a una voz tehuelche y por lo tanto araucana, "tuyú", que significa "allá lejos"³. Sin abrir opinión, me apresuro a decir que constituye un absurdo la yuxtaposición de los gentilicios, que no son sinónimos ni, mucho menos, equivalentes, son dos etnos sin vinculación, por consiguiente, o se refiere a los araucanos o a los mal llamados tehuelches⁴.

Tercio en la amable contienda una verbosa defensa guaranítica producida por el señor L. G. Zervino⁵.

Don J. G. Figueroa, repudia la traducción de Badano pero no abre opinión de su significado; en cambio, se ha percatado de la disparidad de etnos que son el araucano y el tehuelche de los cuales afirma "habitaron la región patagónica al sur del río Negro"⁶, cosa que entraña un error parcial: los indígenas apodados tehuelche también lo eran de la provincia de Buenos Aires y ha sido la extravagancia de los viajeros que los han ido ubicando vez a vez más al sur⁷.

3. Marcos L. Badano, *El origen de la palabra "Tuyú". Tres tehuelches, no guaraní, en La Nación, lunes 18 de marzo, pág. 4; Buenos Aires, 1935.*

4. Al lector al margen del proceso constructivo de nuestra etnografía, puede parecer algo inusitado que diga "los mal llamados tehuelches" y, un poco más abajo, "los indígenas apodados tehuelche". Aunque se ha batido mucho el parche en la última centuria alrededor de este nombre, es necesario puntualizar que, no ha existido ningún etno que lo usara; no se trata de un gentilicio, es, simplemente, un apodo, un sobrenombre que lo imputaron los indígenas de habla araucana (cfr. Tomás Harrington, *Observaciones sobre vocablos indios, en Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, III, 59 y sgts.; Buenos Aires, 1935; Federico A. Ewald, El complejo "Tehuelche", Estudios de etnografía patagónica, 33 y sgts.; Buenos Aires, 1949.*

5. Luis G. Zervino, *El origen de la palabra "Tuyú". Tres nuevas cartas a propósito de em y otras voces indígenas, en La Nación, sábado 23 de marzo, pág. 6; Buenos Aires, 1935.*

6. Juan G. Figueroa, *Tres nuevas, etc.,* igual referencia de la nota anterior.

7. El término tehuelche, ha dicho con entera razón Lehmann-Nitsche, "fue aplicado, sucesivamente, a tres naciones lingüísticamente distintas y ubicadas, sucesivamente, más y más hacia el sur; mientras en el siglo XVIII, fueron llamados *Tribulche*, indios que llegaban hasta los abrigos de Buenos Aires, hoy en día, en nuestra época, son llamados así, deducidos de Buenos Aires, al norte del estrecho de Magellan los aborígenes del territorio de Santa Cruz, al norte del estrecho de Magellan (cfr. R. Lehmann-Nitsche, *El grupo lingüístico "Het" de la pampa argentina, en Boletín del Museo de La Plata, XXVII, 23 y sgts.; Buenos Aires, 1922.*

1. En esa fecha inicié el estudio que se publicó al año siguiente sobre la base del mismo diario de navegación, cf.: Milidiano Alejo Vignati, *Materiales para la lingüística patagónica. El vocabulario de Elitalde, en Boletín de la Academia Argentina de Letras, VIII, 159 y sgts.; Buenos Aires, 1940.*

2. Nicómar Magnanini, *¿dó? un pueblo que resucita merced a un camino y la playa, en La Nación, domingo 10 de marzo; Buenos Aires, 1935.*

Un anónimo veraneante del lugar discrepa con las traducciones que se han publicado y trae a colación que, en cierto debate en el senado bonaerense, el señor E. Arana "tradujo la palabra "tuyú" explicando que quería decir "país de las cigüeñas", las cuales, agrega, existen en "bandadas enormes" 8.

Como, en verdad, la opinión del senador Eduardo Arana casi se toca con el escrito del siglo XVIII que luego haré conocer, supuse que el texto del diario de sesiones fuese un tanto más explícito pero, por desgracia, no lo es. Dice así el párrafo pertinente que debo a la amabilidad de mi amigo y compañero de Academia el profesor Carlos Heras: "Hay nombres de partidos que conmemoran un avance de la civilización, que ha costado sangre. Tuyú recuerda un avance sobre los indios, y es un nombre indígena que significa "país de las cigüeñas". Tuvo lugar allí uno de los tantos combates en que quedaron muchos héroes desconocidos. El general Madariaga no estaba allí entonces" 9.

Confirma, en parte, tal etimología el señor E. Fariña Núñez al aseverar que "la cigüeña es "tuyú-yu" en guaraní, es decir animal que vive en lugares pantanosos, de mucho y abundante "tuyú" 10. Y ya veremos, en cuanto ponga término al historial que vengo realizando, cómo la tesis Arana-Fariña Núñez se da la mano con el significado del topónimo.

En lo que nos atañe, el señor M. E. Boggio se reduce a preguntar —como si en aquel entonces, la respuesta fuese fácil— "quienes pusieron nombre a ese lugar ¿fueron guaraníes o tehuelches?" 11.

Por último, se trajo, también, a colación las "noticias históricas sobre el partido de Tuyú" del señor Rafael P. Velázquez. La cita es larga, opalina y divagatoria como memoria senil. Sin embargo, puede substanciarse: deci-

didamente se inclina por la etimología guaraní, de pantano, lodo, sus afines y derivados. Tal hecho lo enerva porque las tierras del partido General Madariaga no tienen tales características pero —por suerte para él y su patria chica— encuentra un mapa de 1782 que le revela que "en las adyacencias del pueblo de Ajó, son tierras de barro blancos, de cangrejales, y el nombre de Tuyú estaría bien aplicado a aquella región, que fué, tal vez, la originariamente designada con ese nombre" 12. ¡El honor del partido quedaba salvado!

El 15 de diciembre de 1791 leva anclas la corbeta San Pío, comandante teniente de navío Juan José de Elizalde, para el reconocimiento de puerto Desado, costa patagónica e islas del Fuego y de los Estados. La estada en el primero de los puertos visitados fué larga, cosa que permitió el conocimiento de sus alrededores desde el punto de vista geográfico, botánico y zoológico. Es aquí donde asienta la frase que nos interesa. "En punto a aves terrestres —dice Elizalde— es muy escaso este país, en cuyos campos sólo encontramos tal cual especie de calandria, y algunos pequeños pajarillos, abundando únicamente tierra adentro los Tuyús comúnmente llamados avestruces" 13. Tenemos así plantado un jalón y comenzamos a pisar terreno firme, esquivando el tremedal etimológico: a fines del siglo XVIII en el lenguaje vernáculo rioplatense se denominaba "tuyú" al avestruz.

Cómo se introdujo en el habla vulgar y cuánto duró son preguntas fáciles de formular a la par que difíciles de ser contestadas. Porque la singularidad del caso es que —tal como lo informaba Fariña Núñez— "tuyú" o "tuyú-yú" en guaraní significa cigüeña. ¿En razón de qué

12. Rafael P. Velázquez, *Con las opiniones, etc.*, igual referencia de la nota 10.

13. *Extracto del Diario de la Navegación y acontecimientos de la Corbeta San Pío, 1791*. Copia legalizada, a folios 20. De este diario se ha publicado una versión: Fernando Márquez de la Plata, *Viaje de la Corbeta "San Pío" a la costa patagónica y Tierra del Fuego en 1791*, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año V, N° 10, primer semestre, 252-339; [Santiago de Chile], 1938. Esta edición está ruidada de errores tipográficos, como lo he indicado en mi publicación citada en la nota 1. No es de extrañar, por consiguiente, que en el lugar que ahora nos interesa, también se incurra en fallos: "Tuyú" en vez de "Tuyú" (cfr.: Márquez de la Plata, *Viaje*, 276).

8. *Tres nuster*, etc., igual referencia de la nota 5.

9. *Diario de Sesiones. Senado de la Provincia de Buenos Aires*, 1910, sesión del día 25 de julio, pág. 365; La Plata.

10. Porfirio Fariña Núñez, *El origen de la palabra "Tuyú"*. *Con las opiniones que hoy publicamos damos por cerrado el debate*, en *La Nación*, lunes 25 de marzo, pág. 6; Buenos Aires, 1935.

11. Manuel E. Boggio, *Con las opiniones, etc.*, igual referencia de la nota 10.

equivoco se produjo el trastrocamiento zoológico? Pueden formularse muchas hipótesis más o menos ingeniosas, pero no es propio que abandone el terreno firme conquistado para caer de bruces en el conjetural.

Lo más grave es que esa confusión ha tenido trascendencia científica que, si por una parte ha servido de vehículo del decir de las gentes, es, por la otra, testimonio fehaciente de un momento de nuestra habla.

No lo entendió en ese sentido Azara, dándole pie a una de sus más airadas protestas contra Buffon a quien hace cabeza de turco de la culpa de otros. Dice así al hablar del avestruz: "Buffon le denomina *Touyouó*, o *Touyouyóú*; porque cree que así le llaman en Guayana. Pero estos nombres, que deben pronunciarse *Tuyú* y *Tuyuyú*, significan en guaraní *barro* y *barro-amarillo*, que sobre ser muy impropios para el paxaro, lo dan los Guaraníes a la familia de las *Cigüeñas*... Moehring le denomina *Rhea*, y Brisson *Rhea americana de Tuyú*; en cuyos nombres no encuentro propiedad... Entre la turba mencionada de nombres —sigue diciendo— parece que no hay otro más impropio que el de *Tuyú* o *Tuyuyú*, que es el que ha gustado a mi Autor... También dice que Coreal ha visto *Tuyús* en las Islas de la Mar del Sur; pero en mi juicio los *Tuyús* de este autor serían los verdaderos, esto es, *Cigüeñas*"¹⁴.

Azara tenía razón en sus censuras del uso de las voces aborígenes. Lo reconoció —de callada— su traductor y comentarista Sonnini, trasladando esos nombres a la *cigüeña* aunque suprimiendo —no es necesario recalcarlo— lo acre del comentario del naturalista por afición¹⁵. Pero, a su vez, Azara estaba equivocado en atribuirle a Buffon el error: era el único autor que conocía y se ensañó con él. Según Sonnini fué Brisson, en primer término, y des-

pués Gueneau de Montbellard quien *lui a mal à propos appliqué le nom de touyou ou touyouyou, qui appartient à un autre oiseau des mêmes contrées, mais d'un genre entièrement opposé*¹⁶.

Ahora bien; ninguno de esos naturalistas estuvo en el país; su obra zoológica fué realizada sobre materiales coleccionados por otros y allí es donde debemos establecer la causa del aparente tropozón: fué la papeleta adherida al ejemplar la portadora de la nomenclatura vernácula, según la cual, el avestruz, también era llamado "tuyú".

No es admisible que el corresponsal o recolector del ave embalsamada —como se decía entonces— padezca el mismo error de un marino que escribe casi medio siglo después: la coincidencia implica la supervivencia del decir popular, aunque ello signifique una atribución falsa para los guaraní-parlantes. Es un hecho intergiversable no susceptible de discusión.

Establecida esta equivalencia, el horizonte se aclara de inmediato. Se recordará que uno de los polemistas preguntaba "¿quienes pusieron nombre a ese lugar ¿fueron guaraníes o tehuelches?" Por de pronto, la cartografía antigua y crónicas coetáneas hablan no de "Tuyú", a secas, sino del "Rincón del Tuyú", tal el mapa dibujado por Cardiel¹⁷. Y basta la enunciaci3n del topónimo poniendo la voz "tuyú" en nuestra habla para que la propia redacci3n "Rinc3n del avestruz" cante a las claras el origen hispánico del bautismo. Además, no es lo más frecuente, que los aborígenes bautizaran con un sustantivo sin aditamento alguno, p. e. "chico" o "grande" (precisamente, hay en Corrientes, un Tuyú-guarú); para los indígenas, los topónimos eran verdaderos jalones de ruta y condensaban en ellos las características del lugar con exactitud minuciosa.

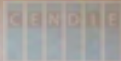
Ello no significa, por otra parte, pretender disminuir el ámbito de expansi3n que tuvieron tanto los guaraníes hacia el sud, ni los apodados tehuelches hacia el norte. Según mis propios estudios el más septentrional de los

14. Félix de Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los paises del Paraguay y Rio de la Plata*, Reimpresi3n exacta de la obra por la Biblioteca Americana, IV, 204 y segt.; Buenos Aires, 1942.

15. Félix de Azara, *Voyage dans l'Amérique méridionale*. . . Publiée d'après les manuscrits de l'auteur, avec une notice sur sa vie et ses écrits, par C. A. Walckenaer; enrichie de notes par G. Cuvier. . . Suivie de l'histoire naturelle des Oiseaux du Paraguay et de la Plata, par le même auteur, traduite, d'après l'original espagnol, et augmentée d'un grand nombre de notes, par M. Beaudouin, IV, 183; Paris, 1809.

16. Azara, *Voyages*, IV, 170, nota 1.

17. José Cardiel, S. J., *Diario del viaje y Mueña al río del Sauce*, realizado en 1748, en *Publicaciones del Instituto de Investigaciones geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras*, N° 15, carta I; Buenos Aires, 1920-[1933].



hallazgos vinculado a la cultura patagónica se realizó pocos kilómetros al sur de la ciudad de La Plata. Los guaraníes, en cambio, descendieron bastante más por la costa bonaerense aunque no creo hayan llegado, ni por mucho, al río Salado. Estos desplazamientos han podido ser coetáneos, terrenos usados por unos y otros en su continuo deambular, canoero el uno, terrestre el otro; aquél, utilizando solamente las partes alejadas de la costa para sus sementeras; quedando los otros en su ambiente de cazadores mediterráneos.

Terminada la parte afirmativa de esta contribución, creo necesario manifestar que en ninguno de los vocabularios clásicos de la lengua araucana a mi alcance, consta que "tuyú" significa "allá lejos" como lo afirma el señor M. L. Badano.

MILCIADES ALEJO VIGNATI.

La génesis de la forma

La descripción de las condiciones formales debía mostrar, en el caso de la percepción, cómo esas condiciones determinan el objeto de la percepción. La solución no podía proceder de la teoría del conocimiento. Aquí se trata de la forma del movimiento y de la manera en que éste se realiza. Por lo tanto, se puede pedir la solución a una teoría de la realización. En el primer caso, se trata de "vivir"; en el segundo, de hacer algo¹.

Ya conocemos algunas de las características propias del problema encarado. Primero, hay que concebir el movimiento orgánico, como un automovimiento dirigido por un deseo determinado. En segundo lugar, este automovimiento no solamente encuentra fuerzas exteriores, sino que contribuye a producirlas y orientarlas. Ambos caracteres están ligados entre sí. Poco importa saber si tal movimiento orgánico se efectúa por cuenta de una acción motriz o de una percepción sensible. Al ver y al tocar, nosotros ejecutamos movimientos; al caminar y al asir, percibimos cosas. Tanto en uno como en otro caso, el acto biológico es un complejo sensorio-motor. Lo esencial, aquí, es la génesis de la forma.

No insistiremos sobre el método que permitirá clasificar el movimiento obtenido por un acto motor. Podrá ser registrado, fotografiado, filmado o simplemente observado. El experimentador podrá medir, hallar leyes de estructura del movimiento, considerar estas leyes desde el punto de vista geométrico, mecánico o energético, podrá también atenerse a los criterios cotidianos y tomar nota, por ejemplo, del gesto, la mímica, la gracia propia de un movi-

1. Estos principios no quieren decir que la teoría del conocimiento y la metafísica, en una deducción conceptual puedan presentar la percepción y el movimiento, de una manera no científica. Esto no está excluido; pero es innegable que la biología tiene un contenido basado de la metafísica y de la teoría del conocimiento y que para ella es constitutivo.

miento. Pero nuestro interés no es determinar el punto de vista desde el cual se encarará el movimiento, sino la manera como él se efectúa. Sin embargo, la polivalencia del término movimiento, tal como acaba de aparecer, nos ayuda a comprender mejor que el movimiento en sentido geométrico (desplazamiento) o en sentido físico (energía en su relación con la masa) no es siempre la finalidad del movimiento orgánico. Los organismos no tienen o no efectúan movimientos puros; sus movimientos significan e realizan algo que es más que movimiento.

El movimiento es, sin embargo, el único principio que da una forma a ese algo. Por lo tanto, presumimos que el problema consiste, de una manera general, en las relaciones del contenido y la forma, sea que un contenido reciba forma o que una forma se colme con un contenido. La filosofía, gracias sobre todo a Aristóteles y a sus sucesores, puede prestarnos el inapreciable servicio de suministrar términos y conceptos sin los cuales no podríamos hablar de este tema, ni aun balbuceando. Pero no por eso la naturaleza está explorada y dominada. Nuestra cuestión se dirige a la génesis del movimiento orgánico dotado de una forma.

En los animales, las formas de sus movimientos no vienen, como sabemos, solamente, ni aun principalmente, de la estructura anatómica de su esqueleto o de sus músculos, sino que están determinadas en segunda instancia, por una innervación muscular. En el interior del sistema nervioso hay que admitir aún otra jerarquía de instancias: la organización periférica, espinal y cerebral. Este orden es también un "ordenamiento" de "mandato" y es característico recurrir a nociones de orden eclesiástico o estatista para explicar mejor la naturaleza de esta colaboración biológica: la "jerarquía", la "autonomía", la "simpatía" intervienen cuando la anatomía y la fisiología han alcanzado sus límites. A pesar del carácter fragmentario de nuestros conocimientos (particularmente en lo que concierne a los dispositivos centrales y corticales) poseemos una certidumbre importante en cuanto al problema de la forma. Pidamos a alguien que dibuje con el dedo un gran círculo. En el pizarrón. Esta operación formal, muy fácil de registrar, está condicionada, de manera muy precisa, por un conjunto de movimientos musculares (encogimientos, estiramientos, fuerzas de contracción) que afectan al hombro, al brazo, a la mano, etc. A este

conjunto se le puede llamar esquema de contracción correspondiente. Pero, a su vez, este esquema supone un conjunto determinado de procesos de excitación en los nervios motores que parten de la médula espinal hacia los músculos correspondientes. A este conjunto se le llamará esquema de innervación del movimiento; el esquema de innervación supone un conjunto de excitaciones centrales, distribuidas de determinada manera en el espacio y en el tiempo y cuya acción se entrevé en ciertos fenómenos primordiales, aun conociéndola mal. Esto es lo que llamaremos el esquema de excitación central. Esquema de círculo, de contracción, de innervación, de excitación central —estos cuatro esquemas, aun pudiéndolos yuxtaponer y comparar en su integridad y de manera intuitiva, no revelarían ciertamente entre ellos ninguna clase de similitud geométrica. A cada uno correspondería una figura diferente. Sin embargo, reina cierta coordinación entre sus diferentes formas. Si uno se representa estos procesos como una cadena causal que tiene su origen en el sistema nervioso central y su fin en el movimiento circular del dedo, se podría hablar, no sin duda de una ley de similitud de las figuras, sino de una *trans-formación* conforme a ciertas reglas. El movimiento orgánico se efectúa, pues, al pasar por una serie de transformaciones determinadas y su principio formal reside en la constancia, no de una forma, sino de un cambio de forma.

En la base de esta comprobación hay, sin embargo, un postulado que no podría valer en toda circunstancia; se ha partido de una forma terminal del movimiento particularmente fácil de captar por el espíritu —la de un círculo. Esta comodidad práctica excluye, parece, ciertas dificultades que ya conocemos. ¿Cómo se presentan las cosas cuando esta forma terminal no es solamente el término de una cadena causal que comienza en los centros nerviosos y concluye en la periferia cuando otras fuerzas concurren a determinarla? Un ejemplo de movimiento circular que no elude esta dificultad nos la ofrece el movimiento de una pareja bailando. No podría decirse que ninguno de los bailarines sea el responsable exclusivo de los movimientos comunes a la pareja; la forma del movimiento ejecutado en el salón de baile puede ser, en definitiva, la de un círculo; cada cual no tiene en cuenta lo que hace el otro. El punto de vista neurológico no

basta, porque las transformaciones de las cuales hemos hablado más arriba tienen, aún sin duda, lugar, pero ellas no pueden bastar a una explicación evidente por una cadena causal simple. Cuando se dice: "cada uno tiene en cuenta lo que el otro también hace", esta afirmación supone una *relación* aún muy confusa y que trataremos ahora de examinar.

En principio, es cierto que los movimientos de dos bailarines deben desarrollarse de tal manera que se conserve entre ellos el contacto; las partes del cuerpo en contacto trazan la misma figura en el espacio. Tal es, al menos, el resultado de sus movimientos. Trátemos ahora de hallar, para esta situación, una ilustración más clara. Quitamos la compañera al bailarín y reemplacémosla por un objeto que sea tan móvil como ella, pero inanimado. Esto no es, naturalmente, más que una etapa preliminar del análisis, una simplificación que tendremos que suprimir, más adelante. La experiencia a la cual esto nos permite llegar es la de la rotación, que ha sido muy bien estudiada, tanto en fisiología como en patología. Los últimos resultados obtenidos en este dominio son muy característicos. Se ordena a alguien que se sienta en una silla giratoria y se observan sus movimientos o bien se hace girar a su alrededor una cabina móvil estudiando sus movimientos. Pero como la fisiología clásica no ha partido jamás del automovimiento, como ella ha querido ver en el organismo un puro mecanismo, no ha podido interpretar los movimientos observados sino como reflejos producidos por un estímulo externo, pero ya preformados (nistagma, separación de los miembros, variación de la tonalidad). En las dos experiencias mencionadas, se ha comprobado, pues, en el primer caso, reflejos vestibulares, en el segundo, reflejos *optocinéticos*. Por otra parte, es cierto que las excitaciones del laberinto y del ojo tienen participación esencial en los movimientos nistágmicos y las divergencias de los brazos, de la cabeza, del tronco, etc. Pero si esta observación dominara en el examen del problema, los movimientos de un bailarín, de un jinete, u otro, en un mundo móvil o fijo, deberían ser concebidos, al menos en teoría, como una composición de reflejos. Para que esta explicación fisiológica se verifique, haría falta aún hallar siempre los elementos constantes, los reflejos.

Pero no es este precisamente el caso. Por el contrario, si se varían las condiciones de la experiencia conservando el mismo estímulo, el reflejo, hasta ahí regularmente observado, se absorbe, por efectos de la inhibición, refuerzo, cambio de función, etc., en otros esquemas motores. Solamente se supone que puede encontrarse allí conservado en forma latente o como elemento constitutivo. Por otra parte, se comprueba que los reflejos vestibulares aparecidos cuando el cuerpo gira hacia la derecha, y los reflejos *optocinéticos* aparecidos cuando se hace girar la cabina hacia la izquierda son idénticos; además, el reflejo desaparece cuando el cuerpo y la cabina giran con la misma velocidad en la misma dirección, a pesar del poderoso estímulo que actúa entonces sobre el laberinto. Estas observaciones y algunas otras llevan a la conclusión de que en estos llamados reflejos entra en juego no tal estímulo particular que actúa sobre tal receptor, sino el *desacúe relativo* interpuesto entre el cuerpo y su cerco óptico. La terminología de la fisiología de los estímulos no cuenta con un término que pueda expresar tal resultado. La "relatividad" entre el organismo y el medio exterior es, precisamente un carácter que niega la orientación unívoca de la causalidad. Partiendo de esta nueva noción, ya no se puede ver en la forma del proceso fisiológico sino una *relación formal* con los procesos externos, y en el proceso externo, una relación formal con el proceso fisiológico. Examinando de cerca esta relación formal, se ve que el comportamiento del organismo hacia su medio se presenta ora como una relación estable, ora como una interrupción crítica de esta relación. Si el movimiento parece primero conservar un contacto entre el órgano y cierto cerco circundante, esta coherencia puede romperse en el instante siguiente para reconstituirse de manera análoga y por completo diferente en una tercera fase. Se puede también dar primero una descripción perfectamente coherente de un esquema formal. Esto subraya tanto mejor lo dicho cuanto nuestro análisis nos fuerza a concebir genéticamente los esquemas formales.

Véase lo que pueden enseñarnos nuestras experiencias de rotación en el caso de la pareja de bailarines. La figura del movimiento tiene, por así decirlo, un doble origen, dos polos diferentes. Este no es más que una relación formal relativa entre un organismo y su medio

ambiente. Esta forma es, en efecto, *la misma*, ya se la considere del lado del organismo o del lado del mundo circundante del "interior" o del "exterior"; surge al mismo tiempo que su contacto; sólo desaparece con él. Pero esta identidad de forma no es una evidencia ni una perogrullada. No significa solamente que el agua tiene la forma de la vasija que la contiene. Significa que el organismo ejecuta durante cierto tiempo movimientos tales que mantienen la coherencia con determinado cerco. Precisamente esto es lo que nos enseñan las experiencias de rotación: poco importa si soy yo o es el cerco quien gira — en ambos casos, yo ejecuto movimientos que compensan provisionalmente el descañe relativo y mantienen así el contacto entre el ojo y el cerco. Tal es, precisamente, el contenido de la operación biológica. Esta identidad de los llamados reflejos (a pesar de la diferencia radical de los estímulos) es la misma que reina entre los movimientos bilaterales de los bailarines. Porque, en lo que atañe al *contacto*, no hay diferencia de principio entre la pareja que baila y la relación que une a una persona con la cabina giratoria. Esto podrá ser concebido con mayor claridad si decimos que la cabina tiene, con relación a la persona, su autonomía, la cual debe ser afrontada por la persona; la cabina está dotada, también, de automovimiento con relación a la persona que rodea. Aun cuando el cerco es *inanimado*, la situación no puede, pues, ser correctamente descrita salvo con términos de encuentro entre los dos cuerpos que a su vez se mueven. Esto es lo que se entiende por la expresión "independientes uno de otro". Cuando decimos de dos cosas, que ellas son independientes una de la otra, ya entendemos, implícitamente, que una de ellas se mueve por sí misma. Y a la inversa, cuando digo que una cosa se mueve, entiendo que su cerco también se mueve; ambos se mueven por sí mismos, desde que uno de ellos se mueve. Así, la afirmación del principio de relatividad conduce lógicamente a la noción "de automovimiento". Cuando decimos que "cada uno tiene en cuenta lo que hace el otro", no pretendemos nada nuevo, porque afirmar que una cosa se mueve, es afirmarlo también de la otra.

La biología es ciencia de las formas. Quien no gusta de las formas no puede ir muy lejos en el conocimiento científico de la naturaleza viviente. La oposición que existe entre las ciencias físicas exactas y la biología se

ha atenuado aparentemente en cuanto se ha descuidado el problema de las formas.

Y sin embargo, solamente la introducción del problema de la forma permitirá resolver el conflicto — admitiendo que esto sea posible. Si se estudia esta obligación, la necesidad causal del proceso material permanecerá para siempre opuesto a lo arbitrario incontrolable de la vida. Pero la génesis formal, por su misma naturaleza, hará, así lo esperamos, la síntesis entre ambos polos; porque la forma también tiene sus leyes, aunque toda forma tiene su propia originalidad. Aun es preciso descubrir su estructura conceptual. Y el camino de este descubrimiento es siempre una encuesta sobre la génesis de la forma, *génesis* que se halla mejor definida por el término "formación" (*Gestaltung*). Así, nuestra búsqueda muestra, con más claridad de la que hasta ahora ofrecía, el punto de vista genético...

La génesis formal del movimiento, tal como la hemos estudiado hasta aquí, parece permitir dos explicaciones contradictorias. Si partimos del organismo como individuo aislado, la forma de su movimiento aparece como la finalidad necesaria de una cadena de transformaciones de las excitaciones nerviosas y musculares. Pero si partimos del encuentro de estas fuerzas con las del cerco, con las del mundo exterior, el resultado final parece ser una resultante de las fuerzas del organismo y de las fuerzas exteriores; esta concepción es, a no dudar, la más verídica. El esquema del movimiento, es, en el plano formal, la *coincidencia* entre la forma del movimiento de los miembros, etc., y la del movimiento del cerco (tierra, agua, aire, objetos)². No se puede, pues, hasta aquí, hablar verdaderamente de una génesis de la forma como *forma*: el hecho que sea esta forma y no otra la que haya aparecido es, por el momento, un inexplicable azar. Por otra parte, la identidad entre los movimientos del órgano y los del medio, en sus puntos de contacto, es una cosa comprensible.

Y sin embargo, la forma del movimiento ha aparecido. Sólo que no hemos podido reproducir esta génesis de

2. La edición de Leibniz es la preparación auténtica de este movimiento. A partir de aquí, el concepto kantiano de movimiento es un retorno al girasol de la mecánica.

modo satisfactorio. Partiendo del organismo individual uno olvida el medio previamente dado, y a continuación hay que reintroducirlo; partiendo del medio exterior y de sus estímulos, uno se abstiene de reintroducir más tarde la actividad central. En el primer caso, se actúa como si el mundo exterior no interviniera más que en la medida en que él reacciona ante el movimiento del individuo viviente; en el segundo caso, se podría creer que el organismo no es sino el juguete o el reflejo de los estímulos externos. Una vez desenmascarados este falso dilema y su fracaso, no se estará lejos de pensar que el error reside en la primera separación entre el organismo (O) y el medio (M). Porque ambos están allí desde el comienzo. O actúa sobre M al mismo tiempo que M sobre O. No hay ninguna razón para atribuir a una de esas acciones la prioridad sobre la otra; y la simultaneidad de su acción recíproca no basta tampoco para que se la considere como ineficaz o intemporal. Lo que actualmente nos falta no son, evidentemente, más que los términos adecuados. Sin embargo, podemos ya comenzar por distinguir de una causalidad con sentido único, la acción recíproca³.

Si tratamos de dar un esquema concreto de ésta, llegamos a la imagen de un círculo.

La génesis de la forma será un ciclo cerrado, en la medida en que la simultaneidad de las acciones no permite distinguir ni un "antes" ni un "después". Llamaremos ciclo de la estructura a la génesis de las formas de movimiento de los organismos.

El empleo de esta esquematización es ciertamente tanto más indicado cuanto que el círculo ha podido simbolizar la vida en todas las épocas y hasta en los mitos más antiguos. Pero no puede mantenerse este valor simbólico sino por edificaciones siempre nuevas, en particular por las de la ciencia actual. Se nos daría esta prueba científica si se consiguiera demostrar que en la "formación" de los movimientos la *sucesión temporal* es una imposible condición de acción. Al menos se habría demostrado entonces un aspecto esencial del círculo de la forma que, por definición representa una coincidencia

y no una causalidad. Concretamente se demostrará que tal explicación causal de un hecho realmente observado es, en sí misma, contradictoria. Lo que ordinariamente significa que, luego de una contradicción con la explicación fisiológica corriente, el fenómeno toma un aspecto paradójico. Porque, naturalmente, no se hallará jamás la contradicción en el principio causal mismo; la contradicción no se refiere más que a una de sus aplicaciones. Así, por ejemplo, cuando un fenómeno B que debería explicarse por la acción causal del fenómeno A, ha podido ser observado antes que A.

Quizá cause asombro anticipar que la mayor parte de nuestros movimientos vivientes tienen, efectivamente, un carácter paradójico. Cuando atravieso una calle animada en momentos en que se aproxima un coche, condiciono la velocidad de mis pasos no según un estímulo sensorial actual que actúa sobre mi vista —no de una manera refleja— sino según la *previsión* de lo que hará el coche que se aproxima a tal velocidad. (Desear explicar "psicológicamente" este hecho, sería abandonar ya el terreno de la causalidad biológica).

El estímulo que debería impedirme elegir tal velocidad sería la prevista colisión que no se produce. El propósito que me inclina a aminorar mis pasos no se relaciona con el trayecto ya recorrido sino con el que aun debo hacer. Poco importa si llamo a la causa de esta disminución de velocidad "previsión" o "propósito". Sería preciso reemplazar, en una explicación causal, estos dos términos de acepción psicológica por un equivalente material que sólo ellos simbolizan. Para la explicación causal del movimiento considerado, yo necesitaría aún elegir el primer término del encadenamiento —estímulo sensorial o proceso central. Pero, de todas maneras, en ambos casos, la "causa" regular de mi conducta no está dada, tiene aún que venir; no podría ella, pues, ser una causa.

Uno podría, naturalmente, eludir la respuesta, diciendo que tal caso permanece, precisamente, inexplicable aún. Preferimos comenzar por reconocer la realidad aquí evocada para penetrar más adelante en la estructura de la formación de los movimientos. Trataremos, no de eliminar, sino de incluir la *previsión* (o *propósito*) en la experiencia. No tememos, por lo tanto, que la naturaleza, sujeta a leyes causales, escape en lo sucesivo, de pronto, a toda ley. No renunciamos a analizar al mo-

3. H. Driesch (Filosofía del organismo) ha reconocido que la tercera categoría de relación en Kant era una categoría característica de lo orgánico.

vimiento intencional como "movimiento", es decir como desplazamiento local en el tiempo, pero en adelante pensaremos particularmente en el esquema formal final. La génesis de la forma de un movimiento se produce siempre en ciertas condiciones espaciales y temporales. Hemos dicho que la finalidad o "propósito" de un movimiento viviente no es el movimiento geométrico o físico como tal. No impide, naturalmente, que tal propósito no esté excluido a priori y se ha podido ver que este caso particular tiene gran interés para nuestras investigaciones.

Al examinar las cosas más de cerca, se comprueba que hasta aquí no ha sido determinado lo que sería preciso entender por la "forma". Uno es dueño de representársela como una figura plana o de varias dimensiones, como una noción funcional, determinado desarrollo temporal, una transformación de energía, una estructura morfológica, un proceso funcional, etc. En el estudio del movimiento orgánico, acordaremos una atención constante a las leyes que se podrían descubrir en la producción de ciertas formas *espaciales y temporales* del movimiento. Un primer examen de los movimientos voluntarios nos ha dejado ya presentir que existen ciertos lazos entre estas formas. Es fácil comprobar, por ejemplo, el cambio total de nuestra escritura a la menor minoración o aceleración de esta operación. En el primer caso, la nueva escritura recuerda a la de la escuela primaria; en el segundo, es un garabato más bien indecifrabable. Un cambio en el tamaño de las letras está lejos de producir tales consecuencias.

El príncipe Auersperg, reconociendo la importancia primordial del ritmo motor ha emprendido experiencias sistemáticas y demostrado que todo cambio deliberado en la velocidad de un movimiento produce una modificación de su figura espacial. Así, no se puede trazar con el dedo una recta continua en el aire, si no se mantiene una velocidad constante. Si se deja aumentar o disminuir la velocidad repetidas veces, se produce, necesariamente, un trazado ondulado. Según Auersperg, Derwort ha hecho variar igual, en forma voluntaria y unilateral, la figura, tamaño o velocidad de ciertos movimientos. Ha extraído reglas uniformes que de ahora en adelante se tiene el derecho de llamar leyes orgánicas específicas de formación.

Tal es, por ejemplo, la llamada "regla de tiempo constante de la figura". El trazado de un círculo en el aire tiene, sensiblemente, la misma duración cuando el círculo es grande que cuando es pequeño; la velocidad lineal crece pues, con la dimensión. Luego ha parecido que no se podía infringir voluntariamente esta ley del movimiento. Igualmente, cada una de las incurvaciones específicas de una figura (elipse, espiral, etc.) se opera a una velocidad propia. Se llega a este enunciado general: en la génesis de una figura, el organismo obedece a una ley que quiere que a tal figura del movimiento corresponda tal tiempo específico de ejecución. Tampoco podemos hacer variar independientemente una de la otra, ni la velocidad ni la figura. Se puede, en gran medida, hacer variar a su antojo la velocidad de un motor y cambiar sus velocidades independientemente del número de revoluciones. Pero esta independencia de la velocidad con relación a la figura espacial de los movimientos desaparece en cuanto se trata de un movimiento viviente.

VIKTOR VON WEIZSAECKER.

La Cyclic de la Structure.
Dessin de Brower, 1958.

Traducción de Laura B. Cotta de Varelis.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

GEORGES BASTIDE, FILÓSOFO DE LA CONVERSIÓN Y DEL VALOR

En un importante artículo del tomo más reciente de la *Enciclopedia Francesa* escribe Bastide: "La Filosofía no es un álgebra ideológica capaz de desarrollar, por una especie de juego gratuito, el sistema de sus ecuaciones conceptuales en una región que, a fuer de querer suscribirse a las vicisitudes de la vida, no podría ser sino desértica. La Filosofía, hay que recordarlo siempre, es una búsqueda de sabiduría, es decir, búsqueda de una existencia válida en verdad total y a esa existencia verdaderamente válida es a la que conviene dar el nombre de autenticidad". El eminente pensador tolosano no ha disociado nunca, de hecho, los problemas de las *theoria* y los de la *praxis*. Aliándose explícitamente a la filosofía reflexiva, ha sabido extraer del análisis de nuestra interioridad numerosas lecciones fecundas para la acción cotidiana, y su espiritualismo axiológico y personalista recusa firmemente toda deserción de la torre de marfil (¿será necesario acaso recordar sus cursos en el Instituto de Estudios Políticos y su reciente discurso contra la utilización de la energía atómica con fines de destrucción en masa?).

Formado en la escuela de Sócrates (a quien consagró su tesis complementaria de doctorado y que sigue siendo su modelo más caro), G. Bastide ha sentido siempre, igualmente, profunda admiración por Spinoza, que se dirige al valiente promotor de una catarsis integral más que al defensor del panteísmo y del necessitarismo universal. Sus otros "intercesores" favoritos son innegablemente Platón y Descartes. Y también, ya más cerca de nosotros, León Brunschvicg que le ha comunicado la preocupación por una vida intelectual y moral rigurosa y su método siempre lúcido y agudo, aunque no su inmanentismo radical. Por otra parte, el itinerario espiritual

del célebre autor de las *Meditaciones para una ética de la persona* se revela emancipado de todas estas filiaciones, superadas progresivamente por un movimiento especulativo enteramente *sui generis*.

En el corazón de la reflexión bastidiana se descubre una toma de conciencia de la libertad fundamental del hombre, capaz de adherir o de rehusarse a los Valores. La dialéctica axiológica así presentada parte de una "experiencia negativa": la del carácter engañoso de los bienes sensibles y de las determinaciones fenomenales; el fracaso, el error y la falta, nos llevan a abandonar definitivamente el plano de la "fe nativa", es decir, del dogmatismo ingenuo o conceptual, que es tan sólo un "realismo de la exterioridad".

Por eso se denuncian vigorosamente todas las formas del naturalismo, así se trate entre otras, del cientificismo macanicista o del racismo telúrico. Aceptando, entonces, totalmente, la prueba saludable de la duda metafísica, el hombre debe liberarse del cosismo y de la diversión para abrazar la vía ascendente del "desinterés", es decir, del Valor. "El hombre que se busca es, pues, un ser abierto al infinito"¹. Nuestra vocación aparece herística y dramática, pues siempre queda un "intervalo" notable entre nuestro "punto de mira del valor" y la obtención de la certidumbre: nos hallamos forzosamente distendidos entre los "valores de retrospcción" y los de la "prospcción", entre los "valores lógicos" y los "valores existenciales"². Así se presenta la antinomia milenaria: "Calleles se hace cosa entre las cosas para esperar todo de ellas, esperando, sin saberlo, no esperar nada más: Sócrates da su vida a la vida, según los valores espirituales, sabiendo que no hay vida en espíritu y en verdad, sino en el consentimiento a esta resolución".

Surge entonces, según Bastide, el momento decisivo de la ascensión espiritual: la conversión, esa "experiencia personal que nadie puede realizar por otro". Se trata, en la ocurrencia, de una total *metanoia*, consistente en volver la espalda a las sombras de la Caverna para orientarse resueltamente hacia el Espíritu, vale decir, en

1. De la condición humana. Pág. 285.

2. *Meditaciones para una Ética de la persona*. Cap. VI.

ultimo término hacia Dios. Esta "transfiguración de los valores" es la misma que preconizaba Sócrates en el *Pedro* o también Descartes, prefiriendo deliberadamente lo infinito a lo indefinido; así también se elevaba Spinoza del conocimiento del primer género al del segundo género (en busca del *unum verum bonum communicabile uni*); Pascal abandonaba el orden de los cuerpos por el de los espíritus, y más tarde, Maine de Biran pasaba de la vida sensible a la vida voluntaria. Tal es la línea de elivaje de todas las doctrinas, filosóficas o religiosas. "Sin la conversión espiritual, la filosofía permanece empírica y se pierde o se sofisticata en la búsqueda indefinida de las causas; por la conversión espiritual, se consagra al descubrimiento, a la promoción, a la instauración moral de los valores espirituales. Sin la conversión espiritual, la religión no es más que un comercio con los Dioses o una idolatría interesada"³. Este cambio completo de nuestro "sujeto de referencia" trae como consecuencia inmediata una "exigencia positiva": la de un Bien único y verdadero que sea además participable por comunión a todos los hombres; la tarea que se impone entonces es nada menos que "la construcción de un mundo universalmente válido, sin complacencia egocéntrica consigo mismo, sin sofismas, sin mistificación, en una actitud de completo desinterés". En lo venidero habrá que renunciar a los ídolos.

En este camino G. Bastide rechaza el ontologismo clásico, del tipo aristotélico o leibniziano, como contaminado de sustancialismo apriorista o formal y de *fides ex auditu*: la metafísica del Ser está viciada por los sofismas de justificación y el estatismo conservador; esta actitud precritica y pre-reflexiva fracasa siempre frente a los dos problemas del mal y de la libertad. La posición de Bastide es pues, un "idealismo moral", en el sentido de que reside en la afirmación del primado del espíritu, sin caer en el idealismo absoluto de un Hegel para quien el valor está situado puramente en la Historia. A sus ojos, el método de Immanuel (visión un tanto diferente de la de Blondel pero no opuesta a ella), es, precisamente, el único que puede conducirnos por la vía de la trans-

cendencia auténtica. El espiritualismo axiológico así definido será, además, radicalmente personalista, rechazará a la vez el subjetivismo solipsista o fenomenista y el impersonalismo post-kantiano; el pensamiento de Bastide quiere ser sinceramente encarnado y se muestra acogedor a la persona, ese "plexus de libertad" o aun ese "centro dramático de iniciativa"⁴, cuya voluntad y cuya responsabilidad constituyen sus mayores privilegios.

Se concibe así la importancia que reviste, en esta perspectiva, el problema de la intercomunicación de las personas, vale decir, la cuestión del prójimo. "El hombre, afirma Bastide, no es una cosa para utilizar; es un ser (¿y qué ser!) que debe ser entendido por la presencia espiritual de todos en cada uno. Ahora bien, esta misma presencia da lugar a un sentimiento ambiguo: la amamos y la tememos". Este encuentro de la alteridad nos atrae, en efecto, pues nos permite escapar al particularismo, pero nos turba también pues nos obliga a rectificarnos y a superarnos. "Por eso, dar testimonio del prójimo es, sobre todo, dar testimonio de sí mismo"⁵, a la vez contra el aislamiento del alienado y contra los fanatismos gregarios.

La interacción de cada yo auténtico y de la Humanidad entera es claramente, por lo demás, afirma Bastide, la lección de toda la Historia. No titubea por eso en escribir para convidarnos a la permanente conjugación de la reflexión y de la acción: "Es cierto que a cada instante, la orientación del camino del Hombre es la resultante de las impulsiones que cada uno da por su parte"⁶. Se explica entonces cómo ha sido llevado Bastide a interrogarse sobre los problemas de la civilización, fruto del codearse diario de los humanos en el seno de las condiciones móviles de *hic et nunc*. Practicando allí también, a la manera de Lachelier, de Bouteux o Jules Lagneau "la auscultación reflexiva" de la conciencia, el filósofo tolosano separa las falsas concepciones (vitalistas, historicistas, providencialistas, tecnicistas o pragmatistas) que

4. Prefacio al libro de Alain Guy: *Los filósofos espíritus de ayer y de hoy*, 1956, Tome I, págs. 2.

5. Artículo: "El hombre y su prójimo", en el trabajo colectivo: *La presencia ajena*, 1957, Pág. 133.

6. *Los grandes temas morales de la civilización occidental*, 1949, Pág. 5.

3. *La conversión espiritual*, Pág. 47.

cometen todas el error de buscar la civilización en los hechos o las cosas, cuando se encuentra en el hombre mismo, fiel a su misión de conocimiento y de moralidad. La Civilización es así "esa orientación de la actividad humana en el sentido de un aumento de la comprensión del hombre por sí mismo"⁷. Convendría referirse también a esa "Carta ética de la civilización" con la cual termina Bastide sus *Espejismos y certidumbres de la civilización*, insertando en veinte artículos sintéticos todo lo esencial de su mensaje sociológico y político. Nos bastaría citar esta fórmula: "una nación no merece el nombre de República sino en la medida en que promueve, por la Ley, la Justicia y consecuentemente, la Libertad, que es lo único que puede ser verdaderamente público y común".

La obra de G. Bastide, escrita en estilo elegante y puro constituye un urgente llamado a los hombres de buena voluntad para la reforma intelectual y moral de nuestro siglo XX. "Recusamos a los filisteos y pedimos ayuda a los verdaderos amigos de la sabiduría", dice el eminente presidente de la *Sociedad Tolosana de Filosofía*. Es de desear, en verdad, que este intelectualismo generoso —que rechazando todo sentimentalismo, se desarrolla, sin embargo, discreta pero profundamente en amor cristiano— sea escuchado por el mundo contemporáneo, a la manera en que la voz del maestro ha despertado ya tantas armónicas en los grandes congresos franceses y europeos de filosofía donde ha resonado. Pensamiento sin compromisos, aunque a menudo conciliador, la meditación bastidiana aparece hoy en primera fila entre los esfuerzos universales de renovación mental y social. Algunas de sus fórmulas se han hecho célebres, como éstas, por ejemplo: "El valor no es una cosa que habría que tratar de apropiarse; es, por lo contrario, lo que damos"⁸; "El hombre es un militante del Valor y no un cortesano del Ser". Lejos de las doctrinas de resignación farisaica o, a la inversa, de desesperación nihilista, las enseñanzas de G. Bastide son susceptibles, creemos, de reunir buen número de espíritus que se quieren a la vez conscientes

y actuantes, al servicio de un Deber siempre plenamente racional, que los llevará, por lo demás, en definitiva, a reconocer "la revelación positiva del poder redentor del amor encarnado".

Es posita para la Revista de Educación.
Traducción de María Teresa Mahjran.

ALAIN GUY.

LATITUD Y ALTITUD

Cada cual sabe que la vegetación cambia cuando el clima se modifica: el viajero parisiense que baja al Mediodía, ha notado claramente esta transformación del paisaje en el valle del Ródano, más abajo de Valence...

Del ecuador hacia los polos, a cada zona climática corresponde una zona de vegetación característica. Así, la Selva ecuatorial corresponde al clima ecuatorial (temperatura media, 24 a 30°, jamás inferior a 18°; más de 1.500 mm. de lluvias por año y estación seca durante menos de cuatro meses); y, subiendo hacia los polos, se presentan sucesivamente: la Selva tropical, con especies de hojas caducas durante la estación seca; la Sabana, pradera de altas hierbas, con clima cálido y menos húmedo, los desiertos y semidesiertos con plantas resistentes a la sequía prolongada; la Estepa de clima seco y continental y la vegetación llamada "mediterránea" con carácter más marítimo; después nuestra vegetación templada, y, por último, la vegetación de tundra que soporta un promedio térmico inferior a 0°.

Si el clima varía con la latitud, se modifica igualmente en altitud, y la vegetación sigue también estas modificaciones. Se observa sobre el flanco de las montañas, a medida que uno se eleva, un escalonamiento de la vegetación análogo a su zonación latitudinal. Por ejemplo, en el Monte Ventoux, situado en el extremo del valle del Ródano, aproximadamente en el límite septentrional de la región mediterránea, se escalonan de la base a la cima.

7. *Espejismos y certidumbres de la civilización*, Pág. 228.
8. *El momento histórico*, Pág. 313.

1. Estas indicaciones son esencialmente válidas para el grupo Eura-Asia-Africa.

que no alcanza 2000 m., sucesivamente: la encina verde y el olivo, la encina blanca *Quercus pubescens*, llamada encina negra en el sudoeste de Francia, el haya, el pino de montaña, y los arándanos.

Se encuentra allí, sensiblemente, los mismos tipos de vegetación que los que se encontrarían al nivel del mar yendo hacia el círculo polar.

Sin embargo, si se puede observar sobre las altas montañas de los países templados y de los países ecuatoriales, los mismos tipos de vegetación que en las regiones árticas, su ecología no es la misma respecto de la duración de la luz cotidiana: los días son cortos debajo del ecuador, cada vez más largos, al acercarse a los polos.

Si la duración de la claridad cotidiana está ligada a la latitud e influye en la vegetación, la altitud modifica igualmente, en lo que concierne a la vegetación, las condiciones climáticas, con relación a las de las regiones árticas. Por el menor espesor de la atmósfera (baja de la presión atmosférica), el calentamiento del sol es más elevado en la montaña, permitiendo a la vegetación desarrollarse a pesar de las bajas temperaturas del aire; pero también el enfriamiento nocturno es más intenso, la intensidad luminosa es elevada y la cualidad de las radiaciones diferentes; la diferencia entre las temperaturas en la sombra y en el sol es más elevada, la humedad absoluta disminuye, el régimen de los vientos es función de las diferencias térmicas entre la base y la cumbre de las montañas. Las precipitaciones varían también en función del relieve y de la altitud, etc.

Los factores del clima que limitan la vegetación en general, y que aparecen a primera vista, regulando su sucesión latitudinal y altitudinal son esencialmente la temperatura y la humedad, y, de manera más visible, el frío y la sequía, aunque algunas plantas mueren de un exceso de calor o de humedad.

CLAUDE-CHARLES MATHON.

La vie des plantes.

Presses Universitaires de France, 1958.

Traducción de Hilda R. Scacchi.

INSECTOS DE PRIMAVERA EN BUENOS AIRES

Los insectos que habitan la provincia de Buenos Aires son numerosísimos en especies e individuos de todos los órdenes y se los encuentra en sus estados metamórficos o adultos en los más dispares ambientes, ya sean epidérmicos, hipodérmicos o hidrófilos. Sus costumbres asombran y los estudios etológicos, ecológicos y biológicos nos sumergen en un mundo maravilloso en el que los hechos más extraordinarios, las situaciones más inverosímiles y las respuestas más inesperadas se dan, sirviéndonos de renovado y curioso acicate para conocerlos y estudiarlos siempre un poco más.

Anualmente se reciben aportes de las emigraciones, especialmente de lepidópteros, los que durante varios días sobrevuelan una región, procedentes de lejanas zonas nortenas. Las causas no están bien determinadas y a esta emigración voluntaria, se agregan las involuntarias, ocasionadas por vientos, medios de transporte, comercio, etcétera. Por eso, a la fauna regional agregamos la exótica, de América, Europa, Asia, etcétera.

Los insectos son de vida diurna y nocturna, y tienen preferencias por determinadas horas del día o de la noche. Pasan el invierno, según la especie, en estado de huevo, larva, ninfa, pupa (prepupa) y sólo escasos individuos adultos invernan.

La primavera coincide, más tarde o más temprano, con la eclosión de la mayoría de los seres, aunque algunos la hacen en pleno verano, en otoño y aun con los primeros fríos.

En algunas especies, por razones climáticas, se suceden varias generaciones anuales. Los meses de junio, julio y parte de agosto son de una casi total pausa biológica, que varía ligeramente según los factores climáticos. A medida que la primavera se anuncia aumentan las especies que caminan, vuelan o nadan.

Para sintetizar este extenso tema, sólo me limitaré a mencionar algunas especies más interesantes. Las agruparé en una simple clasificación por órdenes.

Ortópteros.—Las tucuras, en varias especies, habitan la pampa, alimentándose de vegetales y desovando en los suelos duros. Se multiplican tan fácilmente, que ocasionan las plagas más terribles del agro. La langosta vola-

del dorso, les impide darse vuelta, cuando el vuelo aclago les tumba, y ahí están en continuo pataleo.

Homópteros.—Las cigarras, las verdaderas cigarras que hacen oír su estridulación en el mediodía de verano o en el atardecer, y nos confunden y desubican hasta tropiezarles y sólo ver el insecto que con un chirrido se aleja en vuelo. Con algo más de cautela, se lo encuentra posado en el fallo. Sus alas nerviosas y su pico, más la caja de resonancia, lo hacen inconfundible. Homópteros son también las cotorritas, verdes y molestos insectillos que vuelan a la luz en las noches tormentosas. También las cochinillas y los pulgones tan dañinos.

Dípteros.—Familia detestada la de las moscas, mosquitos y tábanos. Sólo traen disgustos, enfermedades y molestias. Pocas son las que se salvan de la anatomía, y sólo con aquellas que ayudan al hombre a perseguir a las plagas. Los ojos de los tábanos son maravillosos, por su color verde, y ellos y los mosquitos son los celosos custodios de ciertos parajes, que hacen apurar el paso, impidiendo tenazmente la permanencia del osado que allí se aventure.

Himenópteros.—Es el orden más extraordinario de los insectos. En él encontramos las sociedades insectiles: como las de avispas, abejas y hormigas.

Sus formas de vida constituyen misterios aun no resueltos. La provincia de Buenos Aires es riquísima en formas indígenas, a las que se agrega la europea abeja común. Unas amasan el barro, otras perforan las maderas, o excavan las arenas. Las hay que fabrican pastas y utilizan parénquimas geométricos para sus celdas, o toman un trozo de pétalo perfumado para la cuna de su larva. Todos los colores, todas las formas, todas los transportes aéreos y terrestres realizan estos seres.

Unos inofensivos y otros armados de aguijón. Unos industrioses y otros parásitos y saltadores, constituyen un inagotable temario de investigación y de exposición de teorías.

A grandes rasgos, he consignado algunos de los seres de la fauna entomológica que más se destacan, pero dada la gran cantidad de especies, sólo cabe una somera referencia. Cuando se acreciente el número de investigadores, cuánta maravilla podrá decirse de seres que sólo se conocen hoy muy superficialmente, en la mayor parte de los casos.

RAÚL JORGE LLANO.

LA DECORACIÓN

Decorar, es aportar elementos de orden inmediatamente perceptibles por el espíritu sobre una superficie elegida. En la escuela, la decoración prolonga y controla en cierto modo los resultados obtenidos con los ejercicios del dibujo de copia y del dibujo de imaginación.

Para comenzar, el alumno deberá encarar su trabajo en función de una ejecución que es propia de cada técnica. Se trata ahí de la realización práctica del proyecto por un obrero calificado (el dibujo de un tapiz no requiere el mismo esmero que el de un tejido). Hay ahí, al comienzo, una preocupación de materia, de escala, de fabricación, muy importante para el espíritu del trabajo a realizar.

La tendencia al elemento "passe-partout" (utilizado invariablemente en toda circunstancia) es de combatir, ya que la idea creadora varía con el destino del objeto decorado. Las condiciones técnicas de ejecución deben estar siempre presentes en la búsqueda del decorador; es ahí una necesidad imperiosa antes de tratar la composición de un "vitrail", de una encuadración o de cualquier otra decoración.

Una composición decorativa comporta al comienzo el estudio preciso de la superficie total sobre la cual va a manifestarse, con una intención particular, el pensamiento del artista. Cualesquiera sean en consecuencia los motivos de ornamentos elegidos, la decoración obedecerá a una idea de dimensión, que determina ella misma una ley de progresión. Los elementos tomados del reino vegetal o animal tanto como los elementos geométricos puros (es decir no figurativos) ofrecen al alumno variaciones inagotables.

Una decoración puede comportar la elección de un motivo único; constituyendo en este caso toda la atracción del decorado, el motivo deberá presentarse a nuestros ojos de una manera suficientemente expresiva. Una decoración puede comportar igualmente la alternación de dos o más motivos, cuyas oposiciones de fuerza obedecerán también a una unidad y a un equilibrio. La unidad es el vínculo que da a elementos diferentes de proporciones o de coloraciones un principio común indiscutiblemente presente en la composición.

Se llama *enlace* a la distancia variable (elegida cada vez por el decorador) según la cual un motivo sucede a otro motivo.

Ya se trate de ejercicios en vista de realizar un tapiz, una encuadración, un "vitral", un "affiche", toda composición decorativa se reduce a una combinación de elementos mayores y menores, en el interior de los cuales el espacio debe darnos un sentimiento de libertad o de dirección.

Un *ritmo* es un modo de expresión a base de combinaciones lineales; puede igualmente ser concebido por distribución de manchas claras y oscuras. El ritmo desempeña el papel de lazo vivo entre todos los elementos del decorado; en efecto, está constituido por la elección y por la disposición de esos elementos. El ritmo es tanto más atrayente cuando trae una posibilidad de desarrollo (un sentimiento de infinito) a una arquitectura dada. La industria del mueble, de la cerámica, de la publicidad, se proponen siempre, al comienzo, la valuación de las formas que deben ser decoradas; esas formas son las que se llaman *arquitectura* en decoración. Sometiéndose a sus proporciones, el decorado debe vivir en ellas con una soltura y una nitidez de escritura exentas de confusión. Es ese instinto de libertad y de claridad; traído por ornamentos no obstante rigurosos, que nos da tanto placer cuando consideramos un tapiz árabe, un bordado de Alençon, un embaldosado de la edad media. Sobre un espacio a menudo restringido, nuestro espíritu puede experimentar un sentimiento de libertad gracias a la vida de los motivos expresados. No es solamente la superficie decorada que está en movimiento, sino el *espíritu* del que ha sabido comunicar la vida a esa superficie.

Es por la estabilidad, es por la concordancia reinante entre todos sus elementos que una decoración manifiesta con evidencia su equilibrio. Los elementos deben integrarse absolutamente en el cuadro exterior que tienen por fin animar. Deben estar agrupados de una manera tal que no se los pueda reducir o modificar el orden de su crecimiento sin alterar la composición decorativa.

Nos parece inútil hablar del friso griego que todo el mundo conoce. Su repetición de ángulos rectos que nacen en cada vuelta a intervalos iguales, basta para imponer de inmediato al debutante una saludable lección de orden. Ese orden es un procedimiento mecánico, se nos ob-

jetará. Pero el artista que ha experimentado la necesidad de ello, hace de esto varios siglos, ha dado prueba por su parte de creación. Sólo se puede pues hablar de procedimiento cuando se trata de una copia mecánica de un estilo antiguo.

Con la repetición, la alternación es una de las leyes de la composición decorativa. La alternación comporta la repetición de dos o más motivos en una *escala diferente*. Vemos en la repetición de dos o más movimientos de importancia desigual, pero que se suceden invariablemente, la aplicación de un juego óptico basado en la ley de los *contrastes*. Aplicando esas leyes a fin de obtener un ritmo determinado, el debutante concluye a menudo en un trabajo monótono. El juego óptico desaparece; vemos demasiado el procedimiento y la monotonía sobreviene inevitablemente. Para luchar contra la repetición del decorado constituido por elementos perpendiculares, podemos siempre hacer intervenir un segundo ritmo, dispuesto por líneas oblicuas esta vez, y opuesto al primero. Es, en el interior de una superficie plana, la lucha a intervalos fijos entre varios ritmos que afirmarán la *intención de hacer juego*.

A pesar de la desigualdad (cuidadosamente calculada) de los motivos que componen un decorado alternado, cada uno de ellos debe participar en la vida del otro. Es de su dependencia recíproca que nacerá en el espectador el sentimiento de paz.

En un friso infantil concebido con una representación de juguetes, una trompeta dibujada verticalmente a la cual sucede un tambor que se inscribe en un rectángulo dará inmediatamente al debutante la idea de motivos alternados reduciéndose a formas geométricas simples.

Pero debemos volver sobre la exigencia particular de la composición decorativa: es una ley muy imperiosa que quiere que cada *figura obedezca, en su lugar, a una idea de necesidad*. Esta necesidad se traduce plásticamente por una economía de medios, es decir, una sobriedad de efectos acorde con la forma característica del motivo estudiado. Cada uno de los elementos presentes no puede por su propia importancia alterar el movimiento general. Por el contrario, debe agregarle algo completándolo. Es la gran igualdad de dimensiones entre los motivos elegidos que engendra la monotonía; las manchas y las líneas deberán siempre recurrir a elementos de diferente ta-

maño. Supongamos que la impresión de una tela comporta tres elementos elegidos: pájaro, flor, hoja. La búsqueda deberá establecerse del siguiente modo: una forma grande, una forma mediana, la tercera será sugerida, pero la reducción de ésta tendrá una importancia muy grande ya que se opone a las otras dos al mismo tiempo que las une. En conclusión, una composición decorativa debe recurrir a la idea de proporciones como los miembros del cuerpo humano unidos entre sí por una medida que les es fundamentalmente común.

La reja de un jardín público, un tapiz marroquí, un simple embaldosado que se encuentra en el comercio, llegan a menudo a la verdadera belleza decorativa por la simple aplicación de estos principios: progresión de las líneas simétricas, búsqueda de la proporción, alternación o contraste a favor de los cuales experimentamos un sentimiento de seguridad, pero también un sentimiento de variedad causado por un efecto óptico agradable a la vista. La sobriedad de un color adaptado al dibujo afirma también esta impresión.

No olvidemos tampoco que un cuadro, una escultura, están igualmente sometidos a las leyes de la composición decorativa. Los diferentes elementos que los constituyen convergen entre sí según los principios de una simetría, de un contraste, de un equilibrio, de una progresión cuya variedad puede siempre hacer el efecto de una búsqueda de la expresión, utilizando la composición en triángulo, en trapecio, en hexágono, etc.

Debemos también repetir una ley esencial que el alumno deberá recordar durante los ejercicios preparatorios; distribuidos en partes iguales, los elementos que se equilibran fácilmente de ese modo se aniquilan. El equilibrio, cuyo papel es preponderante en la decoración plana, no tiene por fin la pasividad, la monotonía o aun el "relleno". Un elemento imprevisible de juego debe vivificar siempre la austera búsqueda del equilibrio. El juego no es solamente un medio gráfico, a fin de escapar a la opresión de una arquitectura dada; es, sobre un plan tanto afectivo como intelectual, una manera ideal de comunicar al prójimo algo raro.

A la vez constructivo y disciplinado, el juego llega a la verdadera creación artística cuando se inventa a sí mismo medios de expresión visuales inéditos, de los cuales experimentamos luego la necesidad.

Directivas muy simples para ayudar a los debutantes.
— Llamar la atención de los alumnos sobre el estudio de la superficie total donde debe efectuarse la decoración. El alumno será invitado a dividir esta superficie, a fin de tomar concretamente conciencia de ella al comienzo. Buscará en primer lugar el eje o los ejes de simetría. Las diagonales, las medianas sugerirán visualmente nociones de orden y posibilidades de evasión, es decir de juego, con relación a ese orden. Acusado de ser muy formal o de perjudicar a la emoción para, este método de división de la superficie en elementos geométricos simples no tiene sino un fin práctico: sugerir los ornamentos por masas bien particularizadas obedeciendo ya a una vista global.

RENÉ-JEAN CLOT.
L'éducation artistique
P. U. France, Paris, 1964.

Traducción de María Alicia Cuenca Salinas de Wall.

LOS APORTES RECÍPROCOS DEL SENTIMIENTO Y DE SU EXPRESIÓN EN LA CREACIÓN POÉTICA

Los problemas relativos a la creación poética y, más especialmente, al proceso según el cual el contenido humano de toda verdadera poesía experimenta cierta maduración progresiva en el curso de su esfuerzo por exteriorizarse, mediante la ejecución simultánea de los múltiples recursos de la expresión poética, parecen vincularse estrechamente con los problemas de las relaciones entre el hombre y su obra.

En lo que respecta a las primeras etapas de la creación poética, es obvio recordar que todo poema tiene su origen en un sentimiento sincero y profundo, en una suerte de ramillete de ricas e íntimas emociones que anhelan abrirse y, en ciertas ocasiones, de un modo tan violento que el poeta experimenta una especie de dolor.

Diversos autores han señalado el carácter de necesidad, a veces obsesiva, de ese deseo de expresarse que provoca, en el poeta, una intensa emoción. El hecho ha sido destacado por Bergson en *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. Claudel, a su vez, ha evocado este género de

liberación por la expresión, en una página hermosa y profunda, lamentablemente muy poco conocida. Se trata de su *Saludo a Francis James*, en *Contactos y circunstancias*, donde escribe sobre el particular: "Junto al artificio (a menudo exquisito) y a la fabricación, hay ese lenguaje que viene del alma y que retorna al corazón, esa entonación tan justa y tan aguda que es, a veces, una sola palabra, pero eficaz; una sílaba, pero capaz de anudar en nosotros ese lazo mortal que nos paraliza; una imagen, pero nueva, pero justa; algo surgido de lo desconocido, dado en forma gratuita, encontrado, del cual jamás se podrá decir cómo ha sido hecho y que, en efecto, no lo ha sido de otro modo que el hijo por su madre".

Agreguemos tan sólo que, en el curso de este *alumbramiento*, la emoción y su expresión evolucionan paralelamente o, mejor aún, evolucionan la una por la otra, se enriquecen y maduran la una por la otra. Nos parece que es aquí donde radica la diferencia esencial entre prosa y poesía o, según la feliz expresión de Pius Servien, en sus obras sobre el ritmo poético, entre *lenguaje lírico* y *lenguaje de las ciencias*. En este *lenguaje de las ciencias* —que es para él el lenguaje objetivo por excelencia—, el objeto que ha de expresarse parece ser dado antes de toda expresión.

La expresión poética es una creación lentamente elaborada de lo que, en última instancia, constituirá la sustancia del poema y su *vehículo*, los que no son, ni uno ni otro, dados desde el comienzo. Las palabras mismas, como la emoción que evoluciona con ellas, parecen estar todavía en un estado de *devenir*, de esquema semántico y sonoro a la vez (que de buena gana llamaríamos *dinámico*) en el que aún nada está fijado definitivamente.

Y es menester, a nuestro juicio, ir más lejos, y considerar que, en poesía, toda distinción entre fondo y forma es, a un mismo tiempo, errónea y peligrosa. El profesor A. C. Bradley, en sus notables *Conferencias sobre la poesía*, escribía que el contenido humano de un poema no es "un alma plenamente constituida que buscará un cuerpo" sino "un alma que se crea poco a poco como se crea el cuerpo que nos la torna sensible y del cual se puede abstraer".

Quizá pudiéramos preguntarnos, en este momento de nuestras reflexiones, según qué proceso y en virtud de qué se elabora esta *recreación* del lenguaje, esta renova-

ción, en el sentido literal del término, o, si se quiere, esta increíble exaltación de su facultad evocadora. A nuestro parecer, esto obedece al hecho de que la palabra entra ahora, con todas las posibilidades expresivas sensibles que se encuentran en ella en estado latente, en una doble estructura, a la vez sintáctica y sonora (o, mejor aún, musical) que duplica sus resonancias. La facultad evocadora de una palabra es evidentemente función de su sentido lexicológico y también lo es de la forma cómo destaca su valor el marco sintáctico cuyos recursos (oposiciones, repeticiones, sùltura, exclamación, etcétera), son numerosos; pero lo es, además y sobre todo —haciendo abstracción de la calidad de las imágenes o de los símbolos—, del potencial musical que la palabra lleva en sí, de esta incomparable fuerza sugestiva de los timbres que, de acuerdo con su ordenación en el cuadro rítmico y melódico, llega a ser a menudo el elemento esencial de la expresión lírica.

Paul Valéry había expresado esta idea, si bien al pasar, en una página de sus *Reflexiones sobre la dicción de los versos*. Al dar algunos consejos a los jóvenes actores que habían decidido poner en escena el *Bajazet* de Racine, "no os limitéis —les decía— a respetar rimas y cesuras. Sin duda el admirable autor las ha observado. Pero una creación musical no se limita a una observancia... Ensayad sin apuros, escuchad hasta las armónicas los timbres de Racine (de las que hoy sabemos que no son sino armónicas perfectamente analizables), escuchad los matices, los reflejos recíprocos de sus vocales, las ligaduras flexibles de sus consonantes y sus coordinaciones... No lleguéis a la ternura ni a la violencia sino en la música y por la música. Evitad cuanto podáis al marcar las palabras; no hay palabras todavía; no hay sino sílabas y ritmos —y sobre todo, podría agregarse, una melodía cuyas características musicales pueden ser definidas. Permanece en ese puro estado musical hasta el momento en que el *sentido*, acaecido lentamente, no pueda perjudicar la forma de la música.

Quizá pueda preguntarse si esta recreación del lenguaje por la melodía y por el ritmo (al menos, en la medida en que se la logra por las imágenes y símbolos con los que, por otra parte, están íntimamente ligados) no origina también el hecho, reconocido por muchos, de que un verdadero poema deja siempre atrás a su creador.

Se sabe que esta idea era cara a Valéry quien escribía que, para él, "la verdadera poesía es capaz no sólo de una única vida sino de muchas vidas en el transcurso de los tiempos..." Ella no es válida para un único uso sino que él descubre que lleva en su aparente simplicidad la fuerza de numerosos *sentidos*. ¿Acaso el profesor Bradley no escribía ya en 1901: un poema existe en innumerales gradaciones?

Ahora bien; de ser así es natural que algo en el efecto sugestivo del poema puede variar. Y lo que varía no puede ser el contenido lexicológico de las palabras sino, más bien, además de la calidad expresiva de las imágenes, el efecto variable, según los individuos, del poder sugestivo que las palabras, como consecuencia de una emoción —cuyas circunstancias precisas y hasta el matiz exacto poco importan, en el fondo—, llegan a adquirir, gracias a la melodía y al ritmo del poema y que le confieren, poco más o menos, la misma fuerza y evocación que a la música pura.

Si estas ideas parecieran fundadas es evidente que será menester dedicarse, con más rigor, al análisis preciso de la armonía sugestiva de los versos. Los elementos del ritmo y de la melodía ya han sido, en la mayoría de las lenguas, objeto de estudios, a menudos muy interesantes, principalmente en lo que respecta al lenguaje de la conversación corriente¹. Pero este género de estudios, a excepción del interesante aunque antiguo trabajo de Grammont sobre el verso francés, no parece haber sido aplicado aún, en forma verdaderamente metódica, al análisis de los elementos del ritmo poético y de las íntimas relaciones que los unen con los otros aspectos de la expresión poética.

G. FAURE,

en *L'homme et ses œuvres*.

Actas del IX Congreso de las Sociedades
de Filología de lengua francesa.

P. U. F. 1957.

Traducción de A. Costa Álvarez de Sapia.

1. Por ejemplo: P. Fouche, *Introducción a la fonética histórica*. Se han realizado muchos semejantes en el alemán, castellano, italiano e inglés; y, recientemente, en lo que respecta al norteamericano, por el profesor K. Pike.

UNA CARTA DE AMEGHINO

Existe una perduración del pasado en el recuerdo. Un reencuentro del hombre con su yo idéntico y único a través de imágenes retrospectivas. Por eso es grata la evocación; por eso las voces y los gestos que parecieron perderse en el torbellino de los tiempos, se rescatan con sabores nuevos en el colorido anecdótico de la familia. Entonces sabemos de una historia que vive y late, distinta de la historia que ya se hizo esquema o concepto universal.

Así conocí al "tío José": a través del relato de sobremesa en el que los mayores ubican sus años de mocedad. "Mi tío José..." decía mi padre, y su memoria se ennoblecía en el tono de efusivo afecto con que relataba las pequeñas cosas de su frecuentación con aquel.

Los jóvenes se desinteresan a menudo de las personas ajenas a su tiempo. De allí que en aquellos años, terminado el relato, el "tío José" se borraba y perdía para mi memoria. Estaba aún escondido el motivo que lo incorporaría definitivamente a mis recuerdos.

Más tarde, en ocasión de rendir un examen de antropología, un texto me mostró su nombre a propósito de unas colecciones de fósiles. Entonces, me pareció recordar, de aquellas charlas, en vaga reminiscencia, que el "tío José" había tenido alguna vinculación con Florentino Ameghino. Hasta que, pasados muchos años, uno de esos días que las gentes disponen para ordenar o remover viejos archivos familiares, descubrí con inquietud sorpresa una carta. Una carta para el "tío José". Escondida entre otras, pequeña y muy gastada, amarillenta y de tintas desdichadas, era sin embargo un sugestivo mensaje llegado de setenta años atrás.

El sobre, de reducido tamaño, llevaba un membrete impreso que permitía leer con claridad: Florentino Ameghino— Rue Lebrun—66—París. Dirigida a Monsieur Joseph Larroque, Grand Hotel Marsella, Vichy, conservaba el sello de Correos de París.

Ante ella, brotó impaciente mi deseo por leerla. Por muy anacrónicas que prometieran ser sus noticias, no impedían considerar interesante ese material que el destino ponía en mis manos. Era una carta del hombre que al decir de Ingenieros, "tenía el afán de los problemas remotos y la pasión de los interrogantes más arduos".

Era la carta de aquel mozo a cuyo paso los de su edad "le saludaban con una sonrisita de lástima", sonrisita que ha quedado en su biografía para recordar la distancia que siempre separa al genio de la vulgaridad. Estaba fechada en mayo 5 de 1879. Abarqué de un solo golpe de vista la disposición y estilo de su escritura. Me detuve en las mayúsculas, en los finales ascendentes de las letras, en las barras largas y firmes de las tes. Frente a los manuscritos, entreveamos la vibración interior que los dictó; a la par que la idea expresada, presentimos ante ellos el ritmo de la vida entera. Los manuscritos son al pensamiento, lo que la música al lenguaje hablado: una forma del gesto en la que el ser se exterioriza y define. De ahí el hondo caudal de sugerencias que proporciona.

En los manuscritos de Ameghino, había visto Mercante un gran equilibrio motriz conservado en toda su vida y una extraordinaria capacidad perceptiva, cultivada por la misma actividad científica que movió su apasionada vocación. Me dispuse en seguida a leerla.

Acusaba recibo de una anterior y se refería entre otras cosas al negocio de su colección: "He sufrido, decía, atrasos muy serios que me han hecho perder bastante dinero, y no hace más que unos quince días que el señor Cope la ha recibido". Eduardo Cope era un profesor de Filadelfia, paleontólogo, por medio del cual Ameghino vendió una colección al Museo de Filadelfia en 40.000 francos. En carta de Ameghino fechada en París el 13 de octubre de 1878 y dirigida a D. J. Bonnement cita esta venta y además la venta de la colección de José Larroque en 20.000 francos. Más adelante manifiesta no haber tomado parte en la exposición del Palacio de la Industria, por no ser más que una simple especulación comercial, destacándose así su interés exclusivamente científico. También le comunica la designación oficial que el Gobierno Argentino le hizo, conjuntamente con el General Mitre, Moreno, Zeballos, Quesada, para representar a una de las provincias argentinas, en el Congreso Internacional de Antropología Sudamericana, que se realizó en Buenos Aires en conmemoración del tercer centenario de su fundación.

En tono de cordial despedida, se termina esta carta cuya firma lleva la rúbrica que caracterizó a todos sus escritos posteriores a 1878, fecha de su viaje a Europa, y que consistió en una simple línea ondulada. Simplifiqué

así, la que hasta entonces usaba, consistente en un rasgo que envolvía todo el nombre.

Terminada la lectura quedé contemplando ese menudo papel envejecido que venía a enlazarse con lejanos relatos casi olvidados y al mismo tiempo movíame a revisar la correspondencia del sabio publicada bajo la dirección de Alfredo Torcelli.

Fechada en París, en mayo de 1878, una carta, la primera que escribe Ameghino a sus padres desde su llegada a Europa, me trae noticias de José Larroque.

"Vivo aquí, dice Ameghino, con el señor Larroque. A mi bajada del tren ya lo encontré esperando y me llevó a su casa que tiene alquilada con muebles y todo por todo el año".

Entonces hube de imaginar y reconstruir. La silueta de Ameghino, apresurada, inquieta, según su particular modalidad, confundida entre cientos, frente al espectáculo de París. Ese París que le hizo compararlo con una "verdadera Babilonia". Sus ojos intuitivos, corretearían a través del espacio caleidoscópico de la gran ciudad. Aquel viejo francés a su lado, cicerone y amigo, sentiría sin duda el patriótico orgullo por el París rutilante. Grato encuentro epistolar. Ahí entre mis manos, la carta, en silenciosa y tácita estimulación, era un reclamo para el retorno hacia los cuentos olvidados de sobremesa y un "leit motiv" para repensar aquella metafísica que en torno al tema del hombre, profetizaba una posible inmortalidad y omnisciencia. Volví a guardar las cuartillas, esta vez separadas del conjunto en que se conservaron. Más cerca de las cosas que usamos a diario, alcanzaban una contemporaneidad nueva y valiosa. Eran como una recuperación de vida que trasciende y se proyecta, como dice Romero, hacia adelante.

Sin existir ya, aquellos dos hombres estaban sin embargo frente a mí: el uno bajo la forma arquetípica de su figura universal; el otro con una resonancia familiar e íntima de la que me sentía heredero.

A manera de homenaje al ilustre sabio, hicime el propósito, en el mes del aniversario de su muerte, de publicar este relato como pequeño aporte biográfico y como cancelación de una deuda de olvido e indiferencia con aquella figura distante del "tío José" que esta vez se ha incorporado definitivamente a mis recuerdos.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

EL AMBIENTE EN LA EDUCACIÓN ESTÉTICA DEL NIÑO

Analizando el complejo estético, vemos que tiene un desarrollo tridimensional. Este desarrollo mantiene una estricta interdependencia y retiene no obstante su unidad.

1) La actividad estética se da como creación. Es el proceso operante en que a un hombre que llamaremos creador se le da una forma que trata de objetivar; 2) La actividad estética se da como comprensión, o sea la participación de un sujeto en la obra ya concluida. Es el análisis de las estructuras inherentes a la obra misma que coloca a un espectador en el mismo sendero que recorrió el autor, permitiendo juzgarla desde un punto de vista propio y auténtico. Es la tarea del crítico; 3) La actividad estética se da como templación y afinación del gusto. Es la trascendencia de una obra sobre grupos o comunidades.

En este último aspecto nos situamos para desarrollar nuestro tema.

Corresponde esta etapa a lo que suele llamarse arte social, que es, según dicen, la interpretación de temas populares desde un punto de vista artístico. Las experiencias realizadas muestran, cuando se realizan con jerarquía, una captación de la sensibilidad colectiva. Es indudable que el pueblo en sus dichos, sus costumbres, da un material informe sumamente rico para que un artista conforme una obra.

El refranero español es uno de los tantos ejemplos que pueden citarse como material informe, del que es creador una comunidad. García Lorca es el ejemplo opuesto de quien torna en forma lo pintoresco de un país.

Naturalmente que sobre esto pueden citarse cantidad de ejemplos, cosa que no me propongo, sino señalar que este aspecto de templación de grupos colectivos que se ven reflejados en la obra de arte corresponde a una determinada orientación estética. Quienes creen en un arte popular no deben olvidar que si bien él nace en el seno del pueblo dando la materia con que el artista trabajará, esa materia o soporte estético tendrá que ser

concebido dentro de las formas artísticas, sin lo cual ese noble impulso se perdería.

De ahí, se intentó avanzar más. Así como fué posible crear inspirándose en el pueblo, se hizo necesario que éste comprendiera aquello que él originaba. Se le dió así a este arte popular que nació sacudido por la crisis del industrialismo, un matiz destinado a poner en manos de las masas la posibilidad de la comprensión del arte pasado y presente. Para ello se le dió a este arte social una finalidad didáctica que tomó rápido impulso. Los muralistas de Roosevelt son una muestra elocuente. ¿Qué se proponían estos muralistas? Se proponían una alta misión pedagógica y estética. Todos ellos eran renombrados pintores; no obstante, dejaron en suspenso sus temas predilectos y tomaron como inspiración el mundo que los circundaba diariamente. No fué, como algunos creen, el producto de una observación reflejada fielmente; si así fuera no tendría ningún valor estético. Su valor residió en no haber renunciado ninguno de ellos a sus convicciones estéticas, en haber tomado los innumerables motivos que una ciudad ofrece para volcarlos sobre una pared dejando en cada trazo el refinamiento de una forma.

Su acción puede reducirse a estos axiomas: 1) Que el hombre común absorbido por sus ocupaciones cotidianas tenga en el fragor de sus tareas un instante de descanso y de placer; 2) Que el arte no debe conceptualizarse, que hay que vivirlo. El arte se aprehende en una experiencia.

Al hombre colocado ante el mural se le producen dos cosas: a) Se lograba un acercamiento hacia la obra conseguida por un sentimiento de familiaridad que reconocía en el tema. Lo comprendía como suyo, como algo cercano que vivía diariamente; b) Encontraba en la obra, algo que trascendía más allá del tema o del motivo; era el hechizo del arte que brotaba ante sus percepciones. Descubría el trazo de sus líneas, el abigarramiento de los colores, la posición de los planos. En fin, un mundo en el que diariamente no había reparado. Y todo ello lo encontraba inserto en la pared de una oficina donde realizaba sus trámites.

Esta dirección estética se proyectó luego al teatro, que es otra de las formas estéticas que mayores posibilidades ofrece para llegar al pueblo. A título de ejemplo citaré

el manifiesto del vieuxcolombier como otra experiencia de crear un teatro basado en la espontaneidad popular.

Nos preguntamos ahora ¿cómo es posible orientar un sistema de educación basado en el arte? ¿Se haría con métodos similares a los empleados en el arte popular? Evidentemente, no. El mundo del niño es distinto del mundo del adulto. Distintos son anímica y biológicamente. Es necesario antes de esbozar cualquier plan analizar dónde se realizará éste, cuál será el escenario natural y cómo insertaremos en él un método que empleado erróneamente puede entorpecer la enseñanza.

La primera condición que debe tenerse en cuenta es crear un ambiente afín con el mundo del niño. Éste debe encontrar una correlación entre su mundo interior, donde todo es fantasía, con el marco que lo rodea. El niño, opinan los psicólogos, es un ser ególatra, que aprovecha su imaginación a expensas del medio ambiente. No reconoce los objetos en su valor en sí, les da un sentido que adecua a las necesidades del juego infantil. De ahí que el lento proceso de socialización comienza con la escolaridad. Para encauzar científicamente este proceso se creó el método de trabajo por equipos de tan feliz resultado en Francia. Por él se forman grupos de niños dirigidos por un jefe que ellos eligen. Se les da una tarea y ellos dividen el trabajo. Se buscaba romper el individualismo infantil a través de la actividad; cada uno solo no podía trabajar, necesitaba del compañero. Así, mediante el trabajo se reconocía y valoraba al camarada.

Éste es uno de los tantos métodos que introdujo la escuela activa. Lo cierto es que el método citado es parcial porque sólo trata de lograr un encauce ordenado del proceso de socialización. Sin embargo estas referencias hay que tenerlas en cuenta para evitar la repetición de viejos errores.

Naturalmente que tanto el método de trabajo por equipos, como todos los que se introducen, se realizan dentro de un ambiente determinado que debe estar de acuerdo con el objeto que persiguen. Cuando hablamos de educación estética necesitamos un ambiente adecuado a los objetos artísticos teniendo en cuenta una doble faz: El contenido objetivo del material estético y la manera como ese material debe ser impartido.

Para aclarar cualquier duda comenzaremos definiendo qué es un ambiente. Ambiente es la superficie y el fondo

de un objeto, es lo que circunvala una cosa. Es el contorno que nos abraza, a nosotros y a las cosas. La importancia de ese contorno es que los entes adquieren un matiz distinto según su posición dentro de ese marco. Lo en sí de las cosas, salvo los entes instrumentales, es inaprehensible cuando lo intentamos captar fuera de su conexión óptica. Y esa conexión es, como dice Koffka, un problema de organización que llevan en sí las cosas.

Nuestras percepciones captan formas. La forma es una organización. Tomemos una sucesión de puntos orientados en una dirección; éstos describirán una forma lineal o rectangular, según estén orientados; separemos los puntos discontinuamente y veremos varias hileras, y cada hilera organizará una o varias figuras según como estén dispuestas. Ahora bien, esos puntos o figuras que se organizan espacialmente no están solos. No están suspendidos en el espacio, sino que resaltan sobre algo que es donde ellos se asientan. Si esos puntos están colocados sobre una pizarra, la forma rectangular de la misma junto con su color negro, resaltarán también junto con los puntos discontinuos o continuos allí organizados.

Es imposible concebir el dibujo de esas figuras sin la pizarra, sin un cuaderno o sin un cartón. Es decir que la representación de esas figuras lleva implícito el soporte donde las vemos. Ni siquiera planteamos semejante pregunta que sólo en un orden teórico podemos formular; podemos, en cambio, pensar qué distinta sería la vivacidad de esos puntos si en lugar de estar dibujados sobre una pizarra negra lo estuvieran sobre una tela celeste. Aunque la organización de la figura fuera igual, el efecto que provoca en nosotros sería distinto. Es que los ambientes son distintos. Porque la pizarra con su forma rectangular o la tela celeste con su forma cuadrada, con sucesiones de puntos orientados en una o varias direcciones; es decir la totalidad de elementos de la superficie o fondo de la figura, nos hacen percibir estímulos determinados. Con sólo alterar algo de lo allí puesto nos da otro ambiente. Por consiguiente, el ambiente no es un mero lugar espacial sino la totalidad de elementos que bordean las cosas y que, al percibirlos, nos da una forma.

Si volvemos a pensar en la estructura anímica del niño, nos daremos cuenta que los entes se encuentran envueltos de fantasía. No olvidemos que el arte se desarrolla en

plano imaginativo; aunque este plano es distinto del de la imaginación infantil, sin embargo encauzándolos podría lograrse cierta afinidad entre ambos planos. Para que ello ocurra urge prestar suma atención al ambiente que debe rodear una educación estética. Ante todo es importante la organización del trabajo. Ya hemos visto cómo el método de trabajo colectivo logra la división de las tareas escolares con doble objetivo: por un lado, se fomenta la solidaridad a través del trabajo y, por otro, se despiertan nuevos centros de interés que brotarán espontáneamente de las dificultades que tengan que vencer.

Las manualidades son los temas predilectos del trabajo por equipos; también las manualidades entran en la gran legión del arte. Cuando pedimos a un niño que construya y forme un cubo, nuestra intención es despertar un interés hacia un conocimiento geométrico. Su atención debe centrarse en la proporción de sus relaciones, para que lo reconozcamos como un cubo. Descuidamos por lo general la presentación del objeto, como los colores del papel con que se han forrado. Si nosotros cuidáramos estos detalles para que a través del color pudiera templarse la sensibilidad, habríamos colocado la primera piedra de una posible educación estética.

Para comenzar una educación estética se puede empezar por el color o por el sonido. Krehmer, para saber el grado de sensibilidad de sus pacientes, les hacía percibir distintos colores y de acuerdo con ello estableció una escala. Doy una importancia relativa a esta afirmación, pero si la tonalidad cromática encierra una relación psíquico-social permite identificar al niño con el medio familiar que lo rodea. He podido observar a niños de padres analfabetos o de poca cultura, a menudo abandonados, la escuela era el único lugar que los aislaba de la calle, elegir en sus dibujos colores chillones que provocaban algún malestar sólo al percibirlos. ¿Por qué ocurre esto? ¿Qué relación hay? El niño recibe estímulos del medio que lo rodea; aquéllos que viven en la indigencia, en el desorden, recibirán sobre su aparato perceptivo esos estímulos, que a su vez formarán las imágenes subconscientes con que trabajará la conciencia. La imaginación y la conciencia son más claras cuanto mayor diversidad de estímulos reciben; la percepción monótona de un mismo estímulo a través de los días, hace que la conciencia que se adapta constantemente al medio se

estreche y el espíritu se limite. Por eso no debemos olvidar el dato material que forman las percepciones porque, como se ha dicho, contribuyen a la formación de las imágenes.

Basados en estos conceptos, debemos enseñar a ver belleza. En nuestra escuela se enseña dibujo; con ello sólo se logrará una mera perfección técnica. La educación estética no se reduce a manejar el lápiz o saber cantar. Es lograr una armonía interior que haga descubrir lo que tiene de hermoso todo cuanto nos rodea. No es éste un concepto romántico de la belleza; es, según Herbert Read, un problema de totalidad. Como bien dice el célebre esteta inglés: "Cuando decimos que un traje es bello, la belleza es una cualidad y como tal se da en algo, no es ni el color del traje, ni la camisa, ni la corbata, sino el conjunto que ha sido seleccionado, lo que nos hace decir que un traje es bello". Esta selección es lo que hay que inculcar en los niños; todo puede ser bello si desarrollamos nuestra capacidad de selección. Es necesario afinar el espíritu para que esto pueda ser posible.

Decíamos que el ambiente es el contorno de una cosa, el marco que guarda un cuadro. Su importancia reside en que las cosas, hasta las más triviales, necesitan de un marco para presentarse a nosotros. El contorno puede ser a veces natural, otras veces es preparado por el hombre. Natural, es el marco que rodea a un objeto de la naturaleza. Está puesto ahí; una montaña es imponente en la soledad que la rodea, en su ascensión hacia el firmamento, y en el color que le da una puesta de sol. ¿Podremos sacar una montaña de su medio? Por cierto que no. Esta pregunta y su respuesta no hacen más que afirmar que las cosas necesitan su medio natural, sacarias sería desnaturalizarlas. Decíamos que hay marcos creados por el hombre. Es exacto. Las cosas permiten una doble característica: una esencial, que es la que nosotros vemos como fundamental, y otra, dinámica, de adecuación a una segunda posibilidad. La primera de ellas, la esencial es, por ej., cuando vemos un manojo de rosas en un jardín; allí nacieron; aunque el hombre las arree, es indudable que la mano debe adaptarse a la flor. Es por tanto una superioridad de la flor. Es su ambiente natural. Su condición esencial es estar en el jardín; cuando la sacamos y la colocamos en un florero, la excluimos de su ambiente para adaptarla según la posibilidad dinámica

de las cosas, sin perder su esencia en otra circunstancia; el estar en un florero. Para que ellas resalten debemos agregar algo a su condición esencial. En esta nueva circunstancia de la flor, debemos adecuar los distintos elementos que disponemos en una habitación, de manera que se logre una nueva estructura. En este segundo caso, la flor se adapta a nosotros y por lo tanto tenemos un ambiente buscado y creado por el hombre gracias a la característica dinámica de las cosas. En el primer caso el ambiente era formado por las cosas mismas.

Se desprende que las cosas están rodeadas de ambiente ya sean naturales o artificiales. Habrá que analizar cuál será el ambiente de una educación estética.

Hablamos al pasar cómo se forman las imágenes y sacamos de allí la importancia de un ambiente. Por lo tanto el arte tendrá su marco. La diferencia de este marco con el marco natural es que las cosas no están ya allí dispuestas sino que deben ser estructuradas por el hombre.

El hombre debe disponer de una facultad apriorística, que le permita vivir en la armonía interior del arte para luego proyectarlo al exterior. Esa unidad interior brota de una capacidad de selección. Es un "estar en las cosas" y "ver las cosas". De todo lo que nos rodea podemos hacer arte, gozando con esa capacidad de selección, que no es más que dar una forma (nuestra forma) a lo ya visto cotidianamente. Por cierto que el niño no nace con este poder seleccionador; por el contrario, el aumento de esa capacidad que todos podemos tener, debe hacerlo la escuela. Para ello debemos valernos de los elementos que se encuentran en nuestra vida, ya que de ellos necesitamos.

¿Qué es lo que vemos diariamente? ¿Aquello que tropezamos sin darnos cuenta siquiera? Es tan sencilla la respuesta que casi parece una perogrullada. El color lo vemos todos los días, lo mismo que la forma de las cosas. Ver el color lo mismo que las formas indica en cierta medida un proceso de abstracción estética. Para evitar tener problemas de conocimiento con los niños debemos tratar que se familiaricen con los mismos. Para esto debemos disponer de un aula distinta a todas las demás, ya sea por su orden o por la disposición que tenga. Debemos hacer de un aula que su contorno o ambiente exterior repercuta sobre el interior. Se tomarán en cuenta los nuevos estilos arquitectónicos, que alguna vez deben en-

trar en la escuela. No se trata de trasplantar una maqueta, sino de funcionalizar la nueva arquitectura a los propósitos de la educación estética. Estas tendencias arquitectónicas pueden formar el ambiente del aula que tratamos de esbozar. Si la educación estética necesita su ambiente, el ambiente lo dividiremos en exterior e interior. Al primero lo definiremos como el marco que rodea a las cosas; es el que tratamos de explicar. El segundo será ese mismo ambiente exterior en cuanto a los elementos que constituyen su armazón.

Debe estar realizado en base a formas lineales y curvas, de modo que el niño pueda percibir dos cosas: La importancia que tiene la línea o la curva en una construcción y cómo una línea o una curva pueden emplearse con gusto. En sus paredes deben dejarse amplios espacios para que sean pintados, logrando en forma sencilla ritmos primarios que puedan ser captados rápidamente, desechando toda representación. El aula así esbozada no debe ser fría para el niño, como tampoco debe encerrarse en concepciones puras, en el sentido que en su abstracción originen un mundo autónomo. Ello no sería entendido por el niño. Debe ser abstracta sí, pero funcionalizada a la misión didáctica que debe cumplir. Y al mismo tiempo, debe dar cabida al ornamento. El ornamento que forma parte también del ambiente, debe estar supeditado a la disposición del armazón arquitectónico. Deben combinarse formas orgánicas y abstractas. Las orgánicas pueden ser flores, que por su forma ya sea de las hojas o tallos estén de acuerdo con la forma general del ambiente. Las formas inorgánicas pueden ser grabados, cerámicas, pequeñas esculturas, de tal modo que todo ello forme distintos ritmos y distintos enjambres de colores, pero reteniendo una estructura genérica.

El objeto de presentar un aula en estas condiciones no tiene la intención de crear un mundo irreal sino, por el contrario, preparar estéticamente a los niños. ¿Por qué un aula y no toda la escuela? Porque la escuela debe impartir conocimientos de distintas índoles. Por ello sería conveniente eliminar la división por grados, reunir a los alumnos por edades mentales, por capacidad y destreza manual, en distintos grupos. Darles un conjunto de tareas y dentro de cada aula, que tendrá su ambiente especial, estudiarán y trabajarán hasta cumplir sus trabajos; luego podrán comenzar otro. Cuando termine el conjunto

de tareas se dará por terminado el año escolar. Esto no obsta para que la escuela esté adornada con un sentido estético; debe estarlo, pues es una forma de educar nuestras percepciones. El aula ordenada en la forma que hemos expuesto cumple las siguientes finalidades:

1. A un establecimiento educacional concurren niños de distintas edades y condición social. Si bien el arte, en sus motivos estructurales, se halla en nuestro mundo circundante, distinguirlo es tarea de una observación natural en algunos casos y en otros es labor de un conjunto de experiencias que deben ser guiadas por un maestro. El niño, al penetrar en el aula estética, sufrirá sin duda el asombro de un ambiente desconocido para él. La finalidad es entrenar en un principio visualmente al educando; luego, se le debe dejar en libertad, que observe todo y que pregunte todo cuanto se le ocurra.

2. Este proceso de adaptación visual puede durar unos días. Posteriormente se lo adecuara a las preguntas formuladas durante el periodo de observación. Con esas preguntas el maestro esbozará una unidad de trabajo, basado en las inquietudes infantiles que a su vez surgieron de la observación del aula.

3. Se podrá emplear cuantos métodos se le ocurran al maestro; lo único importante es que sobre un aula los niños aprendan el manejo de los colores, sientan ante una estatua o ante una cerámica y aprendan la importancia de una línea en una construcción. Es decir engloban un montón de elementos: comprender, sentir, valorar. Todo eso deberá hacerse en un periodo, no importa si largo o corto. Lo fundamental es que el conocimiento marche hacia la totalidad, no a la totalidad enciclopédica sino a la experimentada y comprendida.

PEDRO JOSÉ STILLO

LAS TEORÍAS DEL APRENDIZAJE

¿Cómo se aprende? ¿Cuál es la naturaleza del proceso del aprendizaje? Estas preguntas proporcionan materia de discusión y la importancia de ellas está en relación directa con la importancia que tienen. Si los maestros quieren venir en auxilio de los alumnos haciendo que

aprendan rápida y eficientemente, sin pérdida de tiempo ni de esfuerzo, están en la precisión de saber cómo se lleva a cabo el aprendizaje, para organizar los procedimientos de enseñanza de acuerdo con el proceso del aprendizaje y, así, no servir de rémoras sino de propulsión a los alumnos a quienes educan.

El organismo humano es el organismo más complicado que la vida ofrece al estudio. No hay, pues, por qué admirarse de encontrar muchas teorías opuestas, en cuanto se entra a considerar aunque sea sólo una parte de las actividades humanas, la de las actividades del aprendizaje. Woodworth se expresa así:

"Por cierto que la situación presente, con respecto al proceso del aprendizaje, es interesante. Realmente se tiene un debate de triple envergadura que sigue su curso. Se tiene una variedad de hechos, todos los cuales necesitan ser considerados por una teoría adecuada; y se tienen teorías al escoger aunque ninguna de ellas ha intentado ocuparse de todos estos hechos. Se tiene el hecho del aprendizaje por "ensayo y error" con la ley que dice que el efecto correspondiente ha de ser interpretado. Se tiene el hecho del reflejo condicionado, con la teoría del condicionamiento como interpretación. Y se tiene el hecho del aprendizaje por discernimiento con la teoría interpretativa de que las tensiones cubren los vacíos, a manera de puentes".

El trabajo experimental en que se basan estas teorías del aprendizaje se llevó a cabo en animales. Ante todo, el estudiante de educación que ha hecho estudios previos en filosofía, reaccionará desfavorablemente. "¿Por qué, pudiera preguntarse, no se tienen teorías que expliquen el aprendizaje humano, basadas en estudios sobre seres humanos ya que se trata del aprendizaje humano?" Por supuesto que muchos estudios se basan en las actividades con que los seres humanos realizan su aprendizaje; pero dos son las razones primordiales por las que los experimentos en este terreno, han tenido que ser hechos en animales. La primera, porque tratándose de condiciones controladas —requisito necesario para todo experimento que merezca llamarse "científico"—, se puede realizar sólo con animales. De ordinario no se deja que los niños tengan hambre, para ponerlos en una jaula con puerta que se cierra merced a alguna treta, y descubrir cómo aprenden a abrir la puerta para conseguir la

comida que se ha puesto fuera de la jaula. La segunda, mucho más significativa que la primera, es que hay fundada razón para creer que, en los animales, el aprendizaje es un proceso *mucho más simple* que en los niños. Si fuera dado obtener un discernimiento exacto de cómo los animales aprenden, se tendría por lo menos un comienzo para comprender algunas fases del aprendizaje humano. Después de todo, el hombre es un animal. La razón de que continuamente se esté insistiendo en que el hombre es animal racional, no autoriza a negar que gran parte de su actividad pertenece al nivel sensorio, como ocurre con los animales no dotados de razón. Si por medio del estudio de los animales se pudiera ahondar en la comprensión de la vida sensoria del hombre, se tendría ya una clave para comprender mejor el aprendizaje genuinamente humano, o sea el aprendizaje por ideas. No hay, pues, duda de que se comprendería más profundamente la naturaleza humana si se entendieran mejor las actividades que el hombre tiene en común con los animales de los órdenes inferiores; pues el aprendizaje es una de las actividades más significativas.

En la cita de Woodworth que consta más arriba, la palabra "ley" se refiere al aprendizaje. Es preciso comprender claramente el significado de este vocablo, cuando está usado en este sentido. La ciencia es conocimiento sistematizado y organizado. El conocimiento de los hechos es el primer objetivo de la ciencia; pero no se contenta con eso. De la descripción de los hechos se intenta pasar a la explicación de los mismos. En el proceso de explicar los fenómenos observados, el primer paso consiste en la hipótesis, que a menudo no pasa de ser un vislumbre con el que se explican los fenómenos. Si la explicación sale adelante, recibe el nombre de teoría; y la teoría, una vez aceptada por un grupo autorizado de científicos, llega a ser ley. La palabra, usada en este sentido, no implica obligación alguna; cosa diversa ocurre en el campo de la ética, la ciencia de la conducta humana o de la ley moral. Tratándose de ciencia, la ley es más bien una simple exposición de uniformidad. La definición dada por el diccionario, en conexión con la ciencia, dice que ley es "la cuenta y razón de orden invariable o la descripción de los fenómenos que se producen en determinadas condiciones" (Webster). En este sentido está empleada la palabra, en la frase "leyes del

aprendizaje". Tales leyes se proponen meramente la exposición descriptiva de la manera como se realiza el aprendizaje. La ciencia pura se ocupa de la descripción y explicación; mientras que la ciencia aplicada pasa a la predicción y control. A pesar de lo poco que se sabe acerca de la naturaleza última de la electricidad, como una de las fuerzas de la naturaleza, el conocimiento que se tiene de su acción y efectos, consta en leyes; y, sobre la base de estas leyes, se puede predecir lo que ha de acontecer en determinadas circunstancias. Este poder de predicción lleva al control. Y, así, una vez producida una corriente, se la manda por alambres; el todo regulado por leyes. Después, según las necesidades del caso, se puede inundar de luz un departamento, tan sólo con oprimir un botón.

Tal es el resultado del poder de predicción y control en las ciencias físicas, llamadas "ciencias exactas". Mas, tal precisión nunca puede ser conseguida en las ciencias que se refieren al hombre —biología, psicología y ciencias sociales—. Ni el biólogo sabe en qué dirección el gato va a brincar, dice Thompson, en su obra *Outline of science*. Uno no se sorprende, pues, de que el problema se complique más en el caso de los niños, y especialmente en el del ser humano adulto. Hoy la educación se esfuerza por llegar a ser una de las ciencias sociales aplicadas. Como todas las ciencias aplicadas, se propone predecir y controlar; sólo en este caso el objetivo es el control de las fuerzas de la naturaleza humana; en los demás, se trata del control de las fuerzas de la naturaleza física. Se comprueba ya, seguramente, cuán grande es la dificultad de este problema. En el comportamiento humano, el elemento llamado libertad —característica de toda filosofía humanista o supnaturalista— vuelve del todo imposible el control completo del comportamiento. Sin embargo, se sabe que el comportamiento humano está mucho más sujeto a control de lo que el hombre de la calle se imagina. En frase de James, todos los hombres son "ambulantes haces de hábitos". Todo hábito está determinado por un estímulo. De donde se deduce que, si se puede determinar el estímulo, se puede asegurar la respuesta deseada. Esto es lo que toda persona hace todos los días, tratando de controlar el comportamiento de los demás. El rapazuelo que dice "Tenga la bondad..." estimula a sus progenitores para obtener con toda segu-

riedad los aspirados caramelos. Del mismo modo está procediendo el gerente de industria cuando recompensa con bonos a los obreros que hacen trabajos de supererogación. Lo molesto en este tipo de control es que no se basa en conocimiento organizado: no es científico.

La psicología, en cuanto ciencia de la naturaleza humana, busca proveerse de información exacta sobre el hombre y su comportamiento. La educación, en cuanto ciencia social aplicada, se propone sistematizar este conocimiento, como para proceder a formar hipótesis, teorías y, por último "leyes", que regulen la conducta humana. Pero, el aprendizaje es el tipo de comportamiento humano que más le interesa al educador. De ahí procede el vivo anhelo de formular explicaciones descriptivas sobre el desarrollo del aprendizaje, para, en calidad de maestros, impulsarlo de modo efectivo; cosa que no se realizará sin la labor de los educadores. Cuando estas exposiciones descriptivas han recibido aceptación universal en determinado aspecto del conocimiento, se las considera como "leyes". Con los nuevos conocimientos emanados del estudio e investigación del proceso del aprendizaje, las llamadas "leyes" pueden ser modificadas y reformuladas de vez en cuando. Siempre resultan ser provisionales, sujetas a refinamiento y expuestas a cambios, conforme avanza el conocimiento del proceso del aprendizaje. Pero esto es verdadero, al tratarse de las ciencias exactas. Exactitud es un término relativo; y aunque, tratándose del conocimiento de la naturaleza humana, nunca se la conseguirá en el mismo grado que la naturaleza física, por lo menos siempre será un ideal científico.

W. F. CUNNINGHAM.
Filosofía de la educación
"El Ateneo".

Traducción de Luis Olvera.

HACIA UN CONCEPTO DE LA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN

La Humanidad ha tendido siempre hacia la educación. En cualquier tiempo veremos al hombre preocupado por aprender, por saber, por educarse, con fines tanto espirituales como utilitarios, ya sea por afán de sabiduría, ya por necesidad material de subsistencia. Cada momento

de la Historia tiene su fisonomía particular, que lo caracteriza o lo diferencia de los otros; y esa particular fisonomía se refleja e influye en los diversos ideales educativos que se han ido eslabonando en el curso de los siglos y que han dado forma y expresión a ese vasto mundo de conocimientos y valorizaciones, que es la cultura.

Pero esta cultura no ha sido uniforme en el devenir de las épocas, sino que se ha ido elaborando y transformando paulatinamente a través de las conquistas del pensamiento, tomando distintos aspectos según los hechos que la condicionaban. No podemos hablar de maestros o de sistemas pedagógicos en la prehistoria, por ejemplo; pero aun así, hasta en los más primitivos conglomerados humanos, encontraremos —aunque sólo eso— el esquema de una instrucción, de un aprendizaje, relacionado con los usos y las costumbres y su derivado lógico: la moral.

Elevándonos en la Historia hacia las civilizaciones organizadas, partiendo de las más remotas y de las más rudimentarias, ya advertimos factores educativos sistematizados. Vemos aparecer maestros, establecimientos de enseñanza, planes de estudio, etc. Y estos factores educativos, jalados a lo largo de la investigación histórica, constituyen la materia primordial de la Historia de la Educación.

Existe lo que se llama el "hecho educativo", que ha tomado diferentes aspectos en el devenir de los tiempos y que ha tendido siempre —en una forma u otra— a la formación cultural, espiritual, o técnica del hombre, preparándolo para su lucha en la vida de relación y en la vida del conocimiento, y trazando la base del "triángulo pedagógico", constituido por tres elementos esenciales: el educador, el educando y el fin de la educación, relacionados entre sí de tal manera que la ausencia de uno condiciona la invalidez de la acción de los otros. Educador es aquel individuo que, ya formado, tiene por misión transmitir sus conocimientos y guiar a quienes lo escuchan por los caminos del saber y de la conducta; educando es el individuo que se apresta a recibir el patrimonio aportado por el educador, en tanto que el fin de la educación —es decir el objeto que persigue el hecho educativo—, es el conjunto de tendencias hacia las cuales se dirige el hombre y por las que, a su vez, es dirigido. Por tal fin busca el logro de su capacitación, orientadas aquellas tendencias por la diversidad de ideas y concep-

ciones del mundo y de la vida que han ido desfilando a través de las épocas.

El conocido investigador italiano Ernesto Codignola, en su libro *L'idea di Storia dell' Educazione e della Pedagogia*, define la Historia de la Educación como un proceso de "reconstrucción del pasado educativo de la humanidad", entendiendo que "estudia la forma en que se ha ido resolviendo el problema de la educación a través del tiempo". En efecto, la educación ha sido siempre un problema que ha reclamado soluciones capaces de encauzar los diferentes sistemas pedagógicos en forma tal que sus alcances convergieran hacia la satisfacción de todas las necesidades espirituales y materiales del grupo comunitario en general y del individuo en particular. Y esas soluciones, aportadas por investigadores de todas las especializaciones científicas, han determinado una serie de procesos intelectuales y morales cuyas resultantes —representadas en su aplicación práctica por los diversos métodos de enseñanza— han tenido por objeto lograr y cimentar el fin específico de la educación, de acuerdo con los principios vigentes en cada época, lugar y pueblo.

Ahora bien: la Historia de la Educación no es un fenómeno aislado dentro del campo de la investigación intelectual; por lo contrario, está íntimamente ligada a otros aspectos científicos y culturales, que en su conjunto condicionan un conglomerado de disciplinas afines, tendientes todas a esclarecer y poner en orden la serie de los hechos, analizándolos y concretándolos desde los diversos puntos de vista históricos y filosóficos. De allí que la Historia de la Educación esté relacionada en primer lugar con la Filosofía, que al estudiar las concepciones del hombre y del mundo, aporta un valioso material a las concepciones educativas derivadas de aquéllas. No olvidemos que existe la Filosofía de la Educación, en donde se exponen los conceptos e ideas que se han ido desenvolviendo en materia educativa y sus resultantes sociales, como sus fundamentos metafísicos y filosóficos propiamente dichos, atendiendo a los métodos de enseñanza, prácticas experimentales, etc.

La Lógica también desempeña un puesto auxiliar en el ámbito de la Historia de la Educación, como disciplina filosófica que regula las leyes del pensamiento y fundamenta los métodos de investigación. La Sociología, que

estudia al hombre dentro del grupo comunitario, de igual manera presta su apoyo, dando a conocer las diferentes reacciones sufridas por el hombre en el seno de la sociedad y ante el imperativo de las renovaciones culturales, políticas o religiosas, que siempre han tenido eco en el hecho educativo y han condicionado su temática, su método o su significación social. Y dado que la Moral también participa de esta lucha por la perfección del hombre, la Ética penetra en el terreno de la Historia de la Educación, proporcionando las normas a las que se ajusta o se ha ajustado la conducta del hombre en el devenir de su haber social.

Tratándose del estudio de una actividad exclusivamente humana, no puede desdeñarse la presencia de la Psicología, que ha servido y sirve de base —junto con la Biología— para la determinación de métodos y programas de estudio, atendiendo a la personalidad y la temperamentalidad del niño y del joven, a sus reacciones en el medio ambiente y ante sus padres y maestros. Es, en definitiva, el conocimiento "claro y distinto" del hombre, por lo que su auxilio en la investigación pedagógica es imprescindible.

La educación es un factor importantísimo en la evolución del hombre en su camino hacia la felicidad o hacia la plenitud espiritual y moral. Sus interpretaciones han sido diversas: para Basedow, la educación era un medio de "preparar al niño para una existencia dichosa, patriótica y generosa". Herbart derivaba el proceso educativo hacia la virtud, condicionada por "la cultura múltiple y la dirección del mecanismo físico". Kant la asimilaba a la perfección. De allí que las relaciones de la Historia de la Educación con la cultura en general tengan una importancia decisiva, porque a través de esas relaciones es más fácil advertir hasta qué punto tienen o no tienen capacidad las soluciones aportadas al problema educativo.

Actualmente, en momentos en que la Humanidad entera se desequilibra en una crisis mundial —resultante de dos guerras espantosas— y cuando más precioso es el acercamiento entre los pueblos civilizados, la educación, muchas veces postergada por afanes subalternos, necesita imperiosamente el aporte decidido de los hombres de buena voluntad. Hagamos votos por que el capítulo correspondiente a la Historia de la Educación del siglo XX

pueda redondearse con el "final feliz" que el propio hecho educativo persigue desde el primer atisbo de existencia humana sobre la tierra.

LYDA C. IGLESIAS

UN CUARTO DE ESTAR PARA EL APRENDIZAJE DE UNA UNIDAD INTEGRAL

La unidad integral de nuestras modernas escuelas elementales, es un taller que pone en marcha los principios del desarrollo infantil. Es como un hogar fuera del verdadero hogar; un cuarto de estar del aprendizaje. Es una base de operaciones, desde la cual un grupo de niños, que en teoría no pasan de 20, salen a trabajar todos los días, por uno o más años, con un maestro.

El maestro de una unidad integral puede recurrir a la ayuda de muchas personas, tales como profesionales especialistas, padres de familia y amigos; pero la responsabilidad de la organización y de la coordinación de las experiencias pedagógicas de un grupo de alumnos, es de su sola incumbencia.

La unidad integral es práctica, fácil de administrar y de amueblar y se amolda a los amplios objetivos de la educación. En este nuevo cuarto de estar, los niños pueden aprender lectura, escritura y aritmética y hasta volverse física y emocionalmente saludables.

Parece haber poca duda de que la educación elemental debe brindar al niño una protección emocional segura, a la par de excursiones algo arriesgadas hacia el mundo exterior, de carácter intelectual, emocional y físico.

Observemos, por ejemplo, una unidad integral específica en funcionamiento, en una escuela elemental no graduada, cuyo edificio no es nuevo, sino que data de 35 años atrás. El cuarto mismo ha sido equipado, en parte, por la Junta de Educación y, en parte, por los padres de familia, el maestro y los niños. Los visitantes que pasan por la puerta del aula, no resisten habitualmente al impulso de entrar al cuarto, y dicen después de haberlo recorrido: "Es abrigado, llamativo y distinto de otras aulas".

A los alumnos también les gusta. Hay en él, sillas de material plástico, verdes y rojas, sillones complementados con mesas a los costados y brillantes lámparas portátiles. Hay mesas y sillas transportables, de modo que cada alumno pueda tener las suyas. Cada lugar del aula tiene una zona de especial interés con abundantes recursos, como ser: libros de esparcimiento, materiales para hacer cosas, discos fonográficos, películas cinematográficas y juegos de todas clases; todo esto y mucho más a disposición de chicas y muchachos que buscan soluciones para sus problemas, para que exploren, creen y hagan todo lo que les dicten sus gustos y aficiones. Hay, además un piano, un fonógrafo, una cinta grabadora, un proyector de películas y una radio, para ser usados en todo momento.

En el aula de la unidad integral, el ambiente creado por los objetos materiales es importante, pero lo son más aún, las actitudes, los sentimientos y relaciones de los seres que la habitan.

Estos niños de ambos sexos han pasado sus horas de estudio con un maestro en esta misma aula, por espacio de tres años. Los padres se han vuelto firmes aliados. Ellos, los niños y los maestros, mientras planean y ponen en práctica las experiencias educacionales, se transforman en una unidad, dentro de los límites del aula.

Las necesidades de los educandos determinan el programa de esta aula. No cursan el tercer grado ni cualquier otro, ni son promovidos o aplazados al final de cada semestre y se convierten en un grupo, cuando se los inscribe en el jardín de infantes y empiezan a cursar los grados primarios en el mismo grupo, el que, al cabo de tres años permanece todavía casi invariable.

Trataremos de que ustedes efectúen con nosotros una serie de observaciones en el cuarto de estar del aprendizaje. Aquí hay sólo 25 niños, pero parece que están en todas partes. Cuatro niños se han retirado a un rincón, donde los materiales científicos se agrupan detrás de un biombo. Están interesados en Tim, una tortuga que Jimmy encontró mientras se dirigía a la escuela. Puesto que nadie, incluso el maestro, sabía cómo cuidarla o lo que podía esperarse de ella, dos de los niños se encargaron de leer algo sobre las tortugas en una enciclopedia. Uno de los alumnos está haciendo anotaciones importantes sobre esos animales, para poder recordarlos luego, mientras, apoyado en el suelo, sobre sus pies y manos,

Jimmy contempla con asombro y adoración a Tim, que se dedica a explorar los alrededores de su nueva morada: una gran palangana que se le ha proporcionado como su residencia temporal.

Cerca de la misma y sentados en sillones, se encuentran varios alumnos que leen con verdadero deleite, como lo evidencia su profundo interés por la lectura. Cada niño lee un libro diferente y sería difícil determinar el nivel del grado. Otro grupo está sentado a una mesa, en el centro de la habitación, en compañía de un maestro y de una madre de familia, leyendo libros de temas parecidos y resolviendo problemas de lectura. La madre fué invitada por su hijo para que presenciara esta clase, de modo que ella pudiera comprender y ayudarlo en sus problemas de lectura. El gesto del niño es de orgullo y de felicidad al tener junto a sí, a su madre.

En otra mesa, un alumno cuenta monedas americanas de diez centavos, mientras otro va tomando nota de ellas y un tercero está examinando las cuentas del día. Estas actividades se relacionan con una niña coreana, que el grupo ha adoptado por uno o más años. Los niños escribieron cartas de información sobre el plan; organizaron modos y formas de proceder, celebrando reuniones con sus padres, en las que les explicaron el proyecto y les formularon recomendaciones, pidiéndoles su aprobación y apoyo, y los padres aprobaron el programa por unanimidad. Cada niño contribuye con diez centavos de dólar por semana, que se ha ganado ayudando en las tareas domésticas de su hogar, al mantenimiento de la pequeña Kim. Los alumnos se han intercambiado cartas, láminas y juguetes y han aprendido, además, muchas cosas sobre el pueblo de Corea y su forma de vida. A través de sus relaciones con Kim, sus mentes elaboraron una amplia y profunda comprensión para el pueblo coreano.

En todos los rincones de esta aula, se evidencian las relaciones familiares y vecinales. Al preguntársele al maestro si existe una norma para estas relaciones, éste dice: "Consideramos que las conversaciones con los niños son el medio más fructífero de entendimiento. Tuve ayer una con Jimmy y sus padres, en las que planeamos un programa de actividades para aquí. Hace casi un mes, Jimmy y yo valoramos sus progresos en lectura y en matemáticas. Juntos descubrimos sus dificultades en escritura y en multiplicación, y él me confesó que también

tenía problemas con Tom en el patio de juegos. Este niño estudia en el aula contigua a la suya.

Jimmy invitó a sus padres a que visitaran la escuela la semana siguiente. Cuando llegaron, él se reunió con ellos en un rincón aislado de la biblioteca. Les mostró su cuaderno de estudios sociales y les explicó el proyecto del grupo. Les leyó un nuevo cuento con orgullo, y les demostró cuánto había progresado en escritura durante el mes pasado. También les contó lo de sus dificultades con Tom.

Este informe es característico de las actividades que tienen lugar en otros cuartos de estar del aprendizaje.

¿Qué efectos produce el aula integral en la salud mental de los alumnos y en las relaciones entre la escuela y la comunidad? ¿Qué necesita la misma, con respecto a su instalación, equipamiento y administración?

Salud mental.— María, que tiene nueve años de edad, y cursa el tercer grado, comprende muy bien lo que será a los cuarenta y nueve años. En la unidad integral, el maestro, que conoce a María y a su familia desde hace tres años, tiene una verdadera oportunidad de comprenderla y de ayudarla, si descubre en ella un retraso o un desarrollo que requiera su atención. En cambio, en la escuela elemental centralizada o descentralizada, el maestro tiene escasas oportunidades de conocer lo suficientemente bien a sus alumnos, como para prestarles ayuda cuando se presenten problemas personales.

En nuestra civilización, poco es lo que se sabe sobre el origen de las enfermedades mentales; pero lo que se conoce determina el valor de los principios de la unidad integral en la educación.

Las relaciones entre la comunidad y los padres de familia.— En el funcionamiento del aula integral, hay una base natural y eficaz para las relaciones y el planeamiento educacional cooperativo, que se basa, en principio, en el acercamiento individual.

Las entrevistas entre padres y maestros y la unidad en el aula-hogar de alumnos, padres, parientes y amigos, constituyen dos maneras eficaces y fundamentales de establecer relaciones entre seres humanos. Mientras estas relaciones sean excelentes, también lo será el intercambio de ideas. La unidad integral es el centro de todas las operaciones de la comunidad y de la escuela. Los grupos del hogar-escuela son el resultado, naturalmente, de Con-

sejos Vecinales y de los amplios esfuerzos de los ciudadanos por suministrar un buen apoyo financiero y una buena administración escolar.

Instalaciones equipos y administración.—Las exigencias del funcionamiento del aula integral, con respecto a los equipos e instalaciones, han sido debidamente analizadas durante la última década. El cuarto debe ser grande, como de más de 1.200 pies cuadrados, rectangular, espacioso y equipado con cuartos de baño y lavabos. La adaptabilidad que le dan la forma y el tamaño, se complementa con muebles transportables, de los que se encuentran en los cuartos de estar comunes. Son inadecuados los escritorios fijos.

El equipo que se utiliza corrientemente, debe pertenecer a los familiares de los alumnos, puesto que una unidad integral subsiste por sus propios medios. El equipo y sus accesorios incluyen todas las pertenencias del grupo, amén de otros enseres que han prestado las familias y amistades de los alumnos y agencias de la comunidad, o que han sido adquiridos en las proveedurías centrales del sistema escolar.

Los maestros que tratan verdaderamente de satisfacer necesidades y de adaptarse a la aptitud individual de sus alumnos, insisten en la importancia de tener una gran cantidad de materiales de diversas clases.

La mayor parte de las objeciones a la aplicación del principio del aula integral, proviene de personas que jamás han estado con esos grupos o visitado una unidad integral. No obstante, hay algunas objeciones que merecen mencionarse. Tiene fundamento la objeción de que no todos los maestros poseen una buena preparación general, pero no ha constituido un problema grave para el nivel de la escuela elemental. En caso de existir ese problema, puede ser controlado por cualquier director de escuela o grupos de maestros, con un buen servicio administrativo, un buen programa de educación no oficial, una amplia utilización de recursos y una razonable voluntad de aprender.

A menudo, los padres se muestran ansiosos ante la perspectiva de que su hijo saque de las casillas a un pobre maestro. Esta objeción es verdadera e importante, pero ha demostrado no ser insuperable. Han sido pocos los maestros que no han resistido la prueba de sobrevivir

bajo cualquier sistema escolar. Pueden recurrir al traslado a una escuela más adecuada, en los casos graves de inadaptación, pero como regla general, ellos continuarán atendiendo ese problema de educación.

También es verdadera la objeción de que los niños no conseguirán instruirse en campos especiales. No obstante, los remedios son conocidos. El director de escuela, en un sistema que tenga asistentes especializados, puede llevarlos al aula, de modo que propendan al desarrollo del maestro más que el de la simple enseñanza especial. La enseñanza en colaboración, en la que dos maestros de unidades integrales se ayudan mutuamente a enseñar y a progresar según las fuerzas y debilidades de cada uno, es una respuesta positiva a la cuestión.

Que los niños no aprenden lo fundamental, es una objeción pero no un problema. Se ha demostrado que el aprendizaje de lo fundamental, se efectúa en cualquier aula donde se imparta una buena enseñanza.

Debe reconocerse la objeción de que, bajo el techo de una unidad integral, los niños no conocerán a otras personas mayores y niños. El principio de la seguridad emocional, implica que los alumnos no se desarrollan bien en un grupo turbulento de gente. Necesitan el apoyo del hogar-escuela. Además, la práctica evidencia que los maestros prudentes procuran una variedad de contactos. Un programa mínimo de utilización de personas y de recursos: estudiantes, maestros, reuniones y excursiones escolares, origina un número razonable de contactos exteriores que enriquecen la vida en grupo. La conducción de los maestros es la clave de este problema.

Para terminar, nos gustaría señalar a todos los maestros elementales, la importancia de sostener algunos conceptos de la enseñanza. La unidad de los docentes es un factor de éxito. Existen muchas fuerzas en actividad que podrían amenazar la maravillosa oportunidad que tiene el maestro elemental.

Sólo un consenso general en la profesión, una adopción del principio de la unidad integral o cualquier otro más avanzado, protegerá a alumnos y maestros de algunos de los acercamientos mecánicos y perniciosos con la enseñanza.

G. ROBERT KOOFMAN y E. ROACH SNYDER.
"NEA Journal", enero de 1958.

Traducción de Emilio J. Ritzer.

TÉCNICAS DE LA ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS VIVAS

Sin pretender que todo sea lo mejor en la mejor de las disciplinas, parecería bien establecer un acuerdo sobre el triple objeto de la enseñanza de las lenguas vivas:

a) Primeramente, es *práctico*: por la enseñanza de un vocabulario de base, de nociones gramaticales esenciales y por un entrenamiento metódico, se pueden crear los automatismos necesarios para la práctica de la lengua hablada y de la lengua escrita, desde el comienzo;

b) En segundo lugar debe contribuir a la *formación intelectual* de los alumnos. Ya no basta con asegurar, por el estudio de los autores extranjeros, una formación literaria; es en el conjunto de la civilización extranjera que debemos iniciar a nuestros alumnos dentro de los límites de su capacidad, de su porvenir, y también de los horarios que nos acuerdan;

c) En tercer lugar, nuestra enseñanza debe ser *educativa*. Debe contribuir al desarrollo de las facultades del niño haciéndole conocer las reacciones de sus camaradas extranjeros frente a las cuestiones que les preocupan, lo inducimos también a adquirir un mejor conocimiento de sus propias reacciones. De la misma manera queremos contribuir a hacer nacer en él, a mantener y a desarrollar esa voluntad de comprensión internacional que todos los educadores de hoy deben promover en los jóvenes que se les confían.

¿Cómo satisfacer esas exigencias? ¿En qué espíritu y en qué método general se estima hoy que conviene inspirarnos? ¿Qué técnicas generales o particulares debemos utilizar?

Sin restringirse a un método único, pero recurriendo lo más posible a los procedimientos de los métodos activos (hacer preguntas, responder, descubrir y corregir al alumno tanto como se pueda) y oral, y ayudándose del material didáctico apropiado, el profesor utilizará, a condición que sean verdaderamente racionales y educativos, los diversos procedimientos, directos o indirectos, propios para inducir al alumno a expresarse en una lengua correcta, con un acento conveniente, para luego pasar a lenguaje escrito; siendo el último objetivo darle una posesión segura de la lengua estudiada en sus obras "clásicas", pero

sobre todo en su forma actual, y también un cierto conocimiento del pueblo que la habla, de la región que ese pueblo habita, de su manera de vivir, de su civilización y de su cultura.

En el primer ciclo, sobre todo importará acentuar el estudio de la pronunciación y de la estructura de la lengua. En general, la enseñanza de las lenguas vivas deberá esforzarse por crear y por mantener, enriqueciéndolos gradualmente, los *automatismos* necesarios para la expresión espontánea en la lengua de hoy. Se insistirá en esto, evitando a la vez toda pérdida de tiempo y todo derroche de esfuerzo. La repetición es lo que permitirá al cerebro del niño retener los vocablos, expresarlos, coordinarlos, asociarlos. Es la fuerza del hábito la que terminará por hacer penetrar los hechos nuevos para él, hasta el fondo de su entendimiento y que le dará la facultad de hablar una lengua orgánica: contrariamente al medio maternal del niño, se tratará aquí de un hábito disciplinado y racional que substituye a la repetición sin regla y sin orden de los primeros años.

El método será lento, relativamente poco intensivo. Actuará por un retorno regular del esfuerzo. Buscará de incorporar poco a poco en el espíritu la forma extranjera. De hacerla penetrar, por una acción repetida y casi rítmica, hasta el inconsciente; tenderá a hacer nacer, gracias a la lentitud misma con la que procede, gracias a la repetición de la que se hace una regla, hábitos nuevos, a provocar espontaneidades adquiridas. La teoría no será nunca un punto de partida, sino un resultado.

Desde el principio, la *clase* se hará en la lengua extranjera, salvo para la enseñanza de las nociones gramaticales. La cantidad de materias a enseñar será fijada en consideración al nivel medio de la clase y de manera que no permita ni imprecisión ni precipitaciones. No se pasará nunca a una noción nueva antes que la precedente no haya sido completamente examinada; y se remitirá tan a menudo como sea posible a los conocimientos adquiridos anteriormente. Además, cada conocimiento nuevo se insertará en el cuadro de éstos, gracias a una actividad variada, medida, ampliada por un conjunto de investigaciones y de observaciones, y de ejercicios apoyados en el razonamiento, la memoria de asociación y el trabajo personal. Nada será dejado al azar, a la improvisación. La enseñanza de la pronunciación y del

vocabulario se hará a libros cerrados, de una manera tan concreta como sea posible, en una conversación entre profesor y alumnos. Se procederá de la misma manera para la eliminación de las dificultades de los textos de lectura. Un texto literario nunca será, desde el primer instante, la ocasión de una lección de pronunciación, de vocabulario o de gramática. Uno se da cuenta de eso. En caso contrario, ¿qué interés literario se desperdiciaría?

Pero que no se vaya a olvidar tampoco que, ni en su objeto ni en los métodos, la enseñanza de las lenguas vivas podría modelarse sobre la de las lenguas muertas, como tampoco sobre la de la lengua materna. Al lado de los ejercicios formales, un amplio lugar debe ser reservado para la práctica de la lengua extranjera, sin que sin embargo, el empleo del método directo excluya las explicaciones y las precisiones que permite la lengua materna.

Un amplio lugar debe ser reservado, no solamente para la adquisición del vocabulario de base y sobre todo de la gramática, sino también para la *práctica de una pronunciación* y de una entonación correctas. Con esa finalidad, los ejercicios de fonética serán practicados regularmente. Los cuadros fonéticos, los ejercicios de pronunciación, de dicción, servirán de base a esta enseñanza que será a la vez teórica y práctica. El entrenamiento será colectivo e individual. Todas las faltas deben ser corregidas sin piedad, desde el principio.

La enseñanza del vocabulario no se apoyará simplemente en la memoria auditiva, visual y motriz; se hará también llamado a la reflexión, y se recurrirá a la traducción, todas las veces que se lo juzgue indispensable para ser bien comprendido y para ahorrar fastidiosas pérdidas de tiempo a los alumnos. Y como medio de control, se esforzará por hacer retener las expresiones usuales insertándolas frecuentemente en los diversos ejercicios escolares (orales o escritos), sin buscar de querer enseñar muchas cosas a la vez, sin ir demasiado ligero. Para muchos profesores, la enseñanza de una lengua, aun al comienzo, tiende a identificarse con la enseñanza del vocabulario. Pero en el estudio de una lengua extranjera, donde lo importante — pese a lo que se diga — es llegar bastante rápidamente a poner al alumno en condiciones de expresarse fácil y correctamente en esa lengua, es preferible no insistir demasiado con el voca-

bulario —en el primer ciclo—: fuera de reducir éste a límites razonables y de atenerse al vocabulario activo. Es innegable que los esfuerzos de estos últimos años con miras de limitar, de unificar y de modernizar el vocabulario a enseñar, han sido una interesante tentativa para racionalizar la enseñanza y sustraerla del azar de la improvisación. Toda tentativa de codificación de un vocabulario de base debe ser seguida por todo profesor que sabe de qué se trata, con benévolo interés. Por ese medio, se aspira, nada menos, que a introducir más orden, más uniformidad y más eficiencia en la enseñanza de las lenguas vivas, sin que se restrinja el programa de lecturas variadas, destinadas, ellas, a despertar la curiosidad del alumno por el pueblo extranjero y su civilización. Y es mucho.

Los buenos estudios lingüísticos suponen una sólida base gramatical y bien pronto no se sabrían afrontar las dificultades gramaticales esenciales. La explicación de cada nueva noción gramatical acompañará las aplicaciones numerosas, variadas y apropiadas al hecho nuevo, después del estudio del texto, a menos que la noción no sea indispensable para la inteligencia exacta de una frase. La explicación será hecha en la lengua materna y seguida de numerosos ejercicios bien apropiados, dentro del cuadro de los conocimientos adquiridos. Cada grupo complejo, será, cada vez, reducido a sus elementos. Estos serán estudiados uno por uno, y asimilados de la misma manera. Más tarde se tratará de hacer su síntesis.

La conversación en la lengua extranjera será el ejercicio principal, pero no el único. Para obtener un entrenamiento homogéneo, se hará conversación guiada, mediante un vocabulario bien conocido, o sobre textos explicados o previamente traducidos. Bien conducido, este ejercicio solicitará todas las facultades del alumno, evitando el doble escollo del chapurrado o del psitacismo. Experiencias personales, los acontecimientos actuales, las láminas, los textos, las comparaciones con instituciones análogas, etc., forman el tema de ejercicios de conversación. Estos se transforman poco a poco en discusiones de temas fáciles. El hombre y sus actividades siempre permanecerán en el centro de la enseñanza.

Después de la conversación, la *lectura*, con o sin traducción, comentada y resumida en la lengua extranjera,

constituye uno de los ejercicios más útiles. En los primeros años, la lectura en clase no es más que un coronamiento: permite en cierto modo coordinar y precisar los resultados que se logran en las conversaciones y en las lecciones dirigidas a libros y cuadernos cerrados. Aun al comienzo, puede no limitarse a textos sacados del manual (cuentos fáciles, artículos de diarios, etc.).

Todo texto deberá ser de buena calidad e inteligible por sí mismo, sin el recurso de una documentación especial. Deberá tener un valor lingüístico o literario, o social, o humano. Antes de estudiarlo, se eliminarán en el curso de una conversación preliminar y teniendo en cuenta el nivel de la clase, las dificultades demasiado grandes. La lectura personal facultativa no debería comenzar muy pronto.

Que no se olvide: el *manual* debe ser un simple auxiliar del maestro y no su evangelio. Al maestro es a quien corresponde proporcionar a la clase vida y espontaneidad. Pero sabemos, en cambio, lo que debemos buscar en el manual: textos, ejercicios, ilustraciones, todo lo que puede hacer ganar tiempo y fijar la atención del alumno.

En el segundo ciclo la lectura explicada deviene un elemento más importante. Ya que asegurar la posesión de la lengua y no sacar de esa posesión todo el beneficio posible para la formación del espíritu del alumno, sería, ciertamente, un gran error. Pero pretender comenzar con lectura de textos literarios sin conocer primero la lengua es empresa vana, destinada de antemano al fracaso. Por eso se esperará el segundo ciclo antes de comenzar la lectura de "textos". Este no debe ser un procedimiento empírico de adquisición del lenguaje: se desea que favorezca la cultura del espíritu y el conocimiento del país y del pueblo extranjero. Una progresión rigurosa de los ejercicios debe guiar al alumno paso a paso hacia el conocimiento del pasado y del presente de la civilización extranjera. Un método infinitamente flexible, activo, un método que se guarde del comentario puramente formal o demasiado literario, debe hacer conocer de un golpe todos los aspectos de la vida de un pueblo y los matices de su pensamiento. Nada de cursos ex profeso, ni de mucha historia literaria "en forma", solamente lo que es necesario para poder situar los autores y las obras. Pero, esencialmente, un estudio directo de los textos, conducido lo más que se pueda con la cola-

boración activa de los alumnos, luego por ellos mismos; y, más que lectura cursiva, análisis de obras; igualmente explicaciones precisas de trozos limitados. Esto es lo que podemos emprender durante el segundo ciclo si hemos guiado a los alumnos paso a paso. Serán propuestos deberes y ejercicios como la consecuencia natural de las recientes explicaciones o a título de revisión. En cuanto a la forma, se sabe que su gama es infinita.

En nuestra enseñanza, recurriremos, no solamente a los textos y, frente a los textos, a la acuidad del juicio, sino también a los *recursos auxiliares* que vivifican los estudios que proseguimos. A la biblioteca de clase (en la que, por una ilustración apropiada, habremos creado una atmósfera "extranjera"), a los documentos que nos permitirán tanto y a menudo mejor que los textos, recorrer a fondo el amplio dominio que exploramos. Recurrirémos igualmente a las imágenes. Tanto a esas imágenes que se proyectan sobre la pantalla mediante clisés fotográficos, como a las proyecciones móviles del cinematógrafo. En fin, a los discos capaces de hacernos escuchar, más directamente que el libro, una voz extranjera, una música extranjera. Si fuera posible a la T. S. H. Al magnetófono. No nos privaremos de ninguno de los recursos que la vida y la ciencia modernas aportan a la pedagogía para hacer penetrar en la clase *real* al mismo tiempo que las ideas, aportar conocimientos y verificar su asimilación exacta. Nos iniciaremos en la metodología de esos medios audiovisuales, sin perder nunca de vista que son nuestros auxiliares y que quedamos como responsable del provecho que puedan aportar a *posteriori* a nuestras lecciones.

También queremos que la correspondencia escolar internacional y las estadias en el extranjero sean el resultado de nuestras lecciones. Sin olvidar nunca que la aceptación y los resultados de "la invitación al viaje" están en nuestras manos.

Tampoco olvidaremos, por otra parte, que nuestro fin último, es despertar el gusto y provocar la curiosidad del alumno por el extranjero. Nada más ni tampoco nada menos. Nada de trabajo superficial, pero tampoco nada de *pedantería*. Que una feliz selección suministre al espíritu del alumno una cultura de calidad, mantenga intacto en él, el gusto del conocimiento, amplíe sus horizontes, desarrolle sus facultades de reflexión y de emoción,

afine su inteligencia y su sensibilidad. En lecciones vivaces, que pongan a todas luces los aspectos esenciales de la vida y del alma de una nación y que susciten el interés por el pueblo extranjero.

Si muy evidentemente los resultados que alcancemos de esta manera son superiores a los de nuestros predecesores, debemos desear que todavía nos supere "el relevo". Y en este punto parece acordarse sobre la necesidad de desarrollar la *formación profesional del profesor de lenguas vivas*. Es un grave error considerarla, si no teóricamente, al menos en la práctica, como algo que se agrega apresuradamente a la formación científica, al margen, o cuando ha llegado a su fin. Si no se incorpora al conjunto, si formaciones científicas (dominio perfecto de la lengua extranjera y conocimientos filológicos) y profesional no están estrechamente ligadas y no se interpenetran, por así decir, si esta última no comporta un *stage* serio en un establecimiento de instrucción continuada, antes de obtener el título, un *stage* remunerado de una duración suficiente, bajo la dirección de un consejero pedagógico, y en fin, una estadía de por lo menos un año en el país extranjero, corre el gran peligro de quedar casi inoperante. Un hombre de ciencia no es necesariamente un buen profesor.

Aprender a conocer los hombres, desarrollar el sentido de la solidaridad humana, despertar un autodidactismo inteligente en los jóvenes: tales son los *objetivos* de la enseñanza humanista de las lenguas vivas. Allí se llegará realmente cuando una generación de profesores humanistas, científicamente bien formados y duchos en las técnicas de la enseñanza de las lenguas vivas, salgan de nuestras universidades; cuando esos profesores enseñen las lenguas modernas con habilidad y entusiasmo, según el método activo, racionalmente, pacientemente, en clases poco numerosas, con la seguridad de un horario racional, que tenga en cuenta límites físicos y exigencias del progreso; cuando las autoridades pongan a disposición de nuestra enseñanza los recursos didácticos necesarios; cuando cumplan con su deber de asegurar el perfeccionamiento de los profesores en función y de facilitar a los alumnos los estudios, asegurando tanto a unos como a otros la posibilidad de tomar contacto directo con el extranjero.

Ese día, por otra parte, toda la enseñanza deberá tener en cuenta circunstancias nuevas; un viento nuevo dispersará el polvo de los prejuicios; y será tanto mejor para las élites de mañana.

Fr. CLOSSET.

Profesor de la Universidad de Lieja.

Para la "Revista de Educación".
Traducción de Gloria Blanco.

LECTURAS

EL PARANÁ

¡Qué curioso y qué original es este gran río que lucha desesperado por ensanchar sus dominios! ¡Cómo se defiende la tierra de sus ataques y cómo avanza tenaz y cautelosa, aprovechando la menor flaqueza de su adversario y con qué orgullo tremola como un pendón de triunfo, la florescente vistosa y fragante de la vegetación que alimenta!

Aquí, el río impetuoso arranca de cuajo un pedazo de isla y lo arrastra mansamente, desmenuzándolo hasta dejar en descubierto los tallos trenzados de las llanas y camalotes que formaron su esqueleto.

Allá va a tenderlo como un rompeolas, ante un ceibo veterano cuyas raíces sirven de asidero a las zarzas y enredaderas que ya dibujan en su contorno un futuro albardón, o lo estrella con fuerza sobre el tronco rugoso de un sauce sin hojas, paradero habitual de los enlutados biguás encargados de la vigilancia en la comarca.

Más lejos, la tierra avanza una red de plantas sarmientosas —protegida por otra de esos camalotes cuyos tallos parecen viboras y cuyas flores carnudas, pintadas con colores de sangre sobre fondos cárdenos, exhalan perfumes intensos que marean— y, lentamente, va extendiendo su garra sobre el río, inmovilizando sus olas, aprisionando los detritus que arrastra la corriente, hasta poder formar un albardón donde la vida vegetal se atrinchera para continuar con nuevos bríos la lucha conquistadora.

JOSE S. ALVAREZ.
("Eray Mocho").

Un viaje al país de los maitreiros.

LA TELA DE ARAÑA

La tela de araña no está sin relación con la gota de rocío y la pompa de jabón. Como ellas, frágil estructura circular, no existe más que un instante y es destruida por los elementos. Es un pequeño mundo que, a pesar de su redondez y su perfección perimétrica, no tiene la indestructibilidad del mundo grande. Sin embargo es comparable al sol. Hay, en un poema de Hugo, una araña en su tela, que Dios transforma precisamente en sol. Es que la araña, como el sol, tiene un cuerpo redondo, "ornado de rayos".

Porque lo propio de los rayos es de dos suertes. Atravesar el espacio en todos los sentidos, dándole así una especie de armadura, y hacer aparecer inmediatamente la existencia de un centro. No hay rayos sin un centro a partir del cual se despliegan. La tela de araña, como el sol, está provista de rayos. Por consiguiente no tiene solamente (como la gota o la pompa) una circunferencia, tiene un centro, y lo que es más, un centro viviente.

La araña es conciencia del universo de su tela. Es la tela misma, no bajo la forma de la realidad objetiva exterior que ella comprende, sino bajo la forma de una centralidad consciente, de una realidad subjetiva sin espacio y sin objetos externos, pero en donde, por acto de la conciencia, estos objetos están recogidos, transformados y redistribuidos en un espacio, esta vez totalmente mental.

Porque ella es centro, el alma existe, pues, en toda la tela. El centro es el momento y el lugar en donde se unen los hilos. Pero el centro *siente* en todos los rayos y por consecuencia en todos los puntos de la circunferencia.

GEORGES POULET.
"Nouvelle Revue Française",
Junio de 1958.

EL CASTILLO DEL DIABLO

Los monjes levantan el mástil, tienden la vela. Dulcemente bogan los fieles de Dios. La brisa les viene de Oriente y los empuja hacia Occidente. Pierden de vista

LECTURAS

todo, salvo el mar y las nubes. El viento favorable no los deja ociosos, navegan a remo con todas sus fuerzas, no temen penar en sus cuerpos para alcanzar el fin de su viaje.

Pasan así quince días, y el viento les falta. Entonces todos los hermanos se turban, pero el abate, a quien no falta el coraje, los reconforta:

—Poneos, dice, en la mano de Dios, y que nadie tema. Tenéis viento, avanzad con él; cae, ¡tomad los remos!

Los hermanos se aplican pues a los remos, implorando la gracia de Dios, porque no saben donde ir; no saben qué cuerdas hallar, ni dónde gobernar, dónde dirigir su carrera. Un mes entero navegan sin viento, con los remos, valientemente. Mientras duran los viveres, penan sin desfallecimiento; después, al faltar los viveres, pierden sus fuerzas: el temor los oprime. Pero, en este gran peligro, Dios no está lejos de sus fieles. Así, no se debe desespérer; al que emprende tal viaje, al que hace lo que puede, Dios lo socorrerá en su necesidad.

Luego los monjes descubren una grande y alta tierra; un viento se levanta, se estabiliza, los lleva a ella sin esfuerzos, a ellos que habían penado sobre los remos. Pero no encuentran ninguna enseña para hacer abordar su nave: la tierra está toda ceñida de rocas donde ninguno de entre ellos osa aventurarse; los montes se elevan altos en los aires, se hunden profundamente en las aguas; en los abismos, el mar salta: no se puede aproximar sin gran peligro. Hacia arriba, hacia abajo, durante tres días los hermanos buscan un puerto. Por fin, descubren uno, tallado a lo vivo en la roca oscura; un solo navío podía tener lugar allí. Los monjes descienden todos a tierra, amarran la nave. El camino que siguen los conduce donde es necesario, y los lleva derecho a un rico castillo, bello y grande, parecido a una morada real, a un rico feudo de emperador.

Los hermanos entran, pasan el muro de duro cristal, ven un palacio todo de mármol; nada está allí construido con madera, las gemas y el oro engastados en las paredes lanzan una gran claridad. Pero para su gran desagrado, en el lugar, ni un hombre. Entonces los hermanos miran la alta morada, penetran en ella en nombre de la paz. Brandán avanza y se sienta en un banco. No ve a nadie fuera de los suyos; tomando la palabra, les dice:

— ¡Id a ver en esas despensas, si no hay nada de lo que tengamos necesidad!

Van y encuentran aquello que desearían más, viandas y bebidas en cantidad, vajilla de oro y de plata, bella y buena; allí donde entran, todo lo que desean lo encuentran en profusión.

— ¡Traed, les dice el abate, pero no toméis demasiado, os lo prohibo! Y que cada uno ruegue a Dios que lo ayude a no renegar de su fe...

Porque el abate, que bien prevé lo que debe llegar, quiere defenderlos.

Entonces los monjes traen tantas provisiones como son necesarias, sin exceso, y para comer según su necesidad. No olvidan alabar a Dios e implorar su perdón; después osan hasta albergarse en el palacio. Llegada la hora, van a reposar.

Cuando estuvieron todos dormidos, Satanás sedujo a uno de los monjes; le inspiró el vivo deseo de sustraer las riquezas amontonadas en ese lugar. El abate velaba; vió al diablo tentar al hermano para que poseyese un gran vaso de oro; en ningún tesoro había algo más rico. El monje se levantó, fué a tomarlo y lo escondió en su alforja; hecho este hurto, volvió a dormir en su catre.

El abate lo había visto errar por la noche, a pesar de las tinieblas, desde el lugar donde reposaba; había visto todo sin candelas; cuando Dios quiere mostrar alguna cosa a uno de los suyos, no tiene necesidad de cirios.

Tres días enteros, los monjes permanecieron en el castillo; el cuarto, partieron.

— ¡Señores, les dijo Brandán, os ruego, no llevéis con vosotros nada de lo que hay aquí, ni aun pan de esas provisiones, ni aun agua para la sed!

Y, llorando muy fuerte, se dirige a los hermanos. — ¡Ved, señores, éste es un ladrón!

Al comprender que el abate sabía su robo, el hermano al instante se confiesa a todos los monjes; a los pies del abate, espera el perdón.

De El viaje de San Brandán.

Traducción de Haydn C. Blotto.

APRENDIZAJE

Y es ésta un arte que se llama Pintura, que requiere fantasía y destreza de mano, hallar cosas no vistas, buscándolas bajo aspectos naturales, y sujetarlas, de modo que aquello que no es, sea. Y con razón merece que se le dé asiento junto a la Ciencia y coronaria de Poesía. La razón es ésta: que el poeta, con la prima ciencia que posee, se hace digno y libre de poder componer y ligar el sí y el no, como le plazca, según su voluntad. De igual modo al pintor le es dada la libertad de poder componer una figura de pie, o sentada, o media hombre y media caballo, tal como le plazca y según su fantasía. Así, pues tengo en grande estima a todas aquellas personas que sienten en sí el deseo de saber adornar estas principales ciencias con algún joyel, aunque con poca pericia se pongan a ello, ofreciendo a las dichas ciencias aquel poco saber que Dios les dió.

Como membrecillo en ejercicio del Arte de la Pintura, yo, Cennino de Andrés Cennino, nacido en Colle de Valdelsa, fui iniciado en dicha arte durante doce años por Agnolo de Tadeo (Gaddi), de Florencia, mi maestro, el cual la aprendió de su padre Tadeo, y éste fué bautizado por Giotto y fué discípulo suyo veinticuatro años. Y Giotto mudó el arte de pintar de lo griego a lo latino y lo redujo a lo moderno, y hubo el arte más cabal que nadie puede haber tenido. Para confortar a todo el que al arte se quiera llegar, daré noticia de cuanto mi maestro Agnolo me enseñó y de aquello que pasó por mis manos.

No sin razón algunos vienen al arte por amor a ella placiéndoles por natural amor. El intelecto ya con sólo el dibujo se deleita cuando por propia naturaleza se inclina a dibujar, sin guía ni maestro, gentilmente; y de este deleitarse se sigue el buscar maestro y con ello se disponen con amor de obediencia, entrando en servidumbre para alcanzar después la maestría en el arte. Algunos son que por causa de pobreza o necesidades de la vida perseveran tanto por lucro cuanto por amor del arte; Pero sobre todos ellos, son de notar aquellos que se llegan al arte por amor y gentileza.

Así, pues, tú que con ánimo gentil, eres amante de esta virtud con la cual al arte acudes, adórnate primero de este vestido: amor, temor, obediencia y perseverancia.

Y cuanto antes puedas, empieza a ponerte bajo la guía de maestro que te enseñe, y aléjate de él cuanto más tarde puedas.

El fundamento del arte y de todas sus partes el principio, es el dibujo y el colorido. Estas dos partes requieren esto, a saber: triturar o moler, encolar, aparejar, enyesar, raer el yeso y limpiarlo, poner el bol, dorar, bruñir, templar, extender, desempoivar, raspar, granear, recortar, colorear, adornar y barnizar la tabla o el retablo. Más para pintar en el muro es necesario saber bañar, imprimir, fregar, pulir, dibujar, colorear al fresco, acabar en seco, templar, adornar, acabar en el muro. Y ésta es la regulación de los antedichos grados, sobre los cuales yo, con aquel escaso saber aprendizaje, te iré instruyendo parte por parte.

CENNINO CENNINI.

Tratado de la pintura.

(El libro del arte).

Ediciones Mensuar, Barcelona.

Traducción de F. Pérez Dols.

LENGUAJE Y ESTILO

UN LENGUAJE DE FORMAS

El mundo parece no haber sido creado, según la palabra de Mallarmé, más que para llegar a hacer un bello libro. El lenguaje no es un medio; el escritor no se contenta con conferirle la transparencia, la impersonalidad del vidrio, que nos separa del mundo real, lo considera como el polo de la creación. No es desde luego juzgado sobre la *materia* que aporta sino sobre la *manera* de la cual trata; no se le exige, ni aun siendo novelista, crear un mundo sino un *estilo*. El estilo salva todo, justifica todo y hace olvidarlo todo. El arte es un lenguaje de formas y no es otra cosa; todo lo que, en la producción literaria, escapa a su transfiguración, se encuentra arrojado en el mar innumerable de lo impreso.

En este siglo XX, en que Francia peligra en todo momento de ser arrastrada en el duelo de los gigantes, en

la rivalidad de los aprendices de brujos y en el desencadenamiento de las técnicas, el arte mantiene aún el laboratorio en que se esfuerza por "dar un sentido más puro a las palabras de la tribu", donde las palabras son pesadas y talladas como otras tantas piedras preciosas.

PIERRE DE BOISDEFRE.

Une histoire vivante de la Littérature

Edouard Luthi

Le livre contemporain, Paris, 1958.

EL UNIVERSO POÉTICO

Se trata para el lector de encontrar la visión original del poeta que él descifra y, por la muestra que le ofrece en un poema, tentar coincidir con su universo. Este, en efecto, tiene sus aspectos privilegiados: el agua, su superficie infinita o sus agitaciones profundidades; o bien el aire impalpable, con el diseño cambiante de las nubes; o todavía la tierra, el suelo duro y resistente. Tal poeta prefiere la mañana, el sol nascente, los paisajes primaverales; tal otro se complace en las evocaciones crepusculares. ¿Cuestión de temperamento? Sin duda, y después de Gastón Bachelard, sabemos leer mejor la naturaleza profunda de un escritor a través de ciertas obsesiones de imágenes que corresponden en particular a los cuatro elementos fundamentales. El habría repartido así, según su temperamento, cuatro grandes familias de poetas: los poetas del agua, de la tierra, del aire y del fuego¹.

Pero a partir de estas preferencias fundamentales, la imaginación de cada uno cristaliza a su manera. Redes de imágenes se constituyen progresivamente, se organizan sistemas, según ciertas constantes, que no excluyen de ninguna manera lentas transformaciones. Entonces, se comprende que sea imposible separar completamente un poema de su contexto. Para apreciar en él exactamente las imágenes, éstas deben ser situadas en el paisa-

1. Cf. las diferentes obras de G. Bachelard sobre el psicoanálisis de la imaginación poética: *L'Eau et les rêves*, *L'Air et les songes*, etc.

je total del poeta, en el momento actual de su evolución, y tal como lo revela una colección entera. Todavía será necesario para estudiar este "paisaje interior" disponer de léxicos completos, al menos para cada una de las colecciones de un gran poeta.

En la espera de que ellos se multipliquen, se puede útilmente efectuar índices de imágenes que ofrecerán al análisis los datos esenciales.

De todas maneras, no debería contentarse, para estudiar la imaginación de un poeta, con un léxico alfabético. Importa destacar y clasificar las imágenes por categorías, a fin de permitir la confrontación. El cuadro que ofrecemos aquí ha sido establecido en el curso de numerosos índices y se revela como el más apropiado para esta investigación. Pero es evidente que es susceptible de mejoras. Se deberá en seguida estudiar con una atención particular las imágenes cuyo empleo se descubre más frecuentemente. Pues el simple resultado cuantitativo de un índice puede ya ser elocuente por sí mismo, atrayendo la atención sobre ciertas palabras-claves o grupos de palabras cuyo predominio no había sido advertido en la simple lectura, sobre todo en la de un poema aislado.

1. *Lo sobrenatural*.—Dios, Cristo. El espíritu. La virgen. Los ángeles. El paraíso. Los dioses y los espíritus. Salán. Los demonios. El infierno.

2. *El cosmos*.—Los astros (sol, luna, etc.). El tiempo: las estaciones y las horas. Las cualidades (cálido, frío, húmedo, seco). Los elementos (tierra, agua, aire, fuego). Las sensaciones: colores (luz, sombra, blanco, negro, etc.), sonidos, música, y silencio; olores y sabores. Los reinos (animales, vegetales, minerales) y metales (oro, plata, etc.).

3. *El hombre y la sociedad*.—La ciudad. La habitación y el mobiliario. Los oficios (y sus accesorios). Las partes del cuerpo humano. Los vestidos. Las actitudes, los movimientos y los gestos. Los personajes. Los objetos.

Sin embargo, no deberá atribuirse a un predominio numérico, un valor absoluto. A veces una palabra oculta, una imagen discreta, serán más elocuentes que una comparación que, volviendo muchas veces, delatará probablemente un automatismo. ¿Pero no son precisamente los automatismos los que, como lo ha notado desde hace largo tiempo el psicoanálisis, pueden revelarnos mejor

la naturaleza profunda del escritor? Sea lo que fuere, el examen cuantitativo no deberá jamás dar sino una primera aproximación. Un índice de imágenes no será válido más que a condición expresa de ser objeto de una selección atenta. Esta selección que consistirá en referirse, para cada imagen a todas las referencias descubiertas, permitirá no solamente corregir las primeras interpretaciones fundadas sobre el examen cuantitativo, sino analizar sobre todo la imagen en sus diversos empleos, estudiarla como un verdadero tema y descubrir poco a poco la significación profunda. Más exactamente todavía se tratará de notar cómo y cuántas veces tal imagen está asociada a tal otra, y de establecer así progresivamente, a manera de signos, las redes de imágenes familiares al autor. Solamente a partir de aquí, retomando las imágenes de un poema dado, se podrá asir la articulación, es decir, la estructura y las resonancias múltiples.

GUY MICHAUD.

L'Œuvre et ses techniques.
Librairie Nisat, París, 1957.

LENGUA Y MUNDO SENSIBLE

El lenguaje es por su naturaleza una abstracción, en el sentido de que no manifiesta la realidad pero la significa en la verdad. Árbol, piedra, casa, se aplican a una cantidad indefinida de objetos de los cuales ninguno es únicamente un árbol, una casa o una piedra, ni nada de esto que el lenguaje expresa. El famoso problema del uno y del múltiple nació de allí (Platón, *Sofista*, 251.b). La ciencia es de lo general, la literatura es de lo general porque el lenguaje es de lo general. Antístenes hubiera debido decir que él no veía un caballo sino la cabalidad. Él veía un ser que, por otra parte, nombraba caballo pero no veía lo que el nombre caballo designa. No importa que pudiera responderse que él ve la cabalidad tan bien como ve el caballo, ni más ni menos, puesto que ni el uno ni el otro caen bajo nuestros sentidos.

La reflexión de Antístenes es una reflexión de niño asombrado por el lenguaje. "Hay palabras que veo, decía

mi hija a su madre hacia la edad de 5 años, cuando comenzaba a aprender el ruso, yo veo bien la ventana, por ejemplo, pero hay otras que no veo, no veo yo te amo..." Todavía es probable que ella no se hubiera apercibido tan pronto si no hubiera estado puesta tan pronto en contacto con una lengua extranjera. A su edad yo no hubiera sospechado que hubiera habido una diferencia entre ventana y yo te amo. Estas dos palabras me eran también familiares, tanto una como otra; había olvidado la manera por la cual las había adquirido y eran la una y la otra para mí cosas perfectamente reales. Sin embargo es imposible que no llegue un día u otro a plantearse esta cuestión. Ella constituye un momento inevitable de la reflexión sobre el lenguaje. Cuando se está obligado a aprender otro vocabulario, o a traducir una frase extranjera, se ensaya imaginar lo que ella significa. La imagen del caballo aparece más fácilmente y más comúnmente al espíritu que la de la caballidad. De allí se concluye que los dos nombres difieren el uno del otro, que el uno es abstracto, el otro es concreto. Pero, llevando más lejos la reflexión uno se convence en seguida rápidamente que eso no es nada y que los dos son abstractos frente a las cosas.

La dificultad esencial que resulta de esta opinión, de que las palabras designen objetos reales, es la siguiente: ¿cómo diríamos que este árbol es bello? Este árbol no puede ser a la vez lo que es y otra cosa más. Yo no puedo decir que Sócrates es Teeteto, puedo solamente decir que Sócrates es Sócrates. Si las palabras corresponden a los objetos término por término están irremediabilmente separadas unas de otras como los objetos lo están en el espacio, o irremediabilmente confundidas en una misma duración como el mundo de Heráclito. Los que acusan al lenguaje de traicionar la realidad se unen a los que están desengañados en su creencia de una representación de la realidad por el lenguaje. Pedid, por ejemplo, a los jóvenes que vienen de una guerra, que construyan una frase sobre la guerra. No pueden. Al solo nombre de guerra escuchan a su alrededor y en su cabeza el ruido de los bombardeos, ven los muertos despedazados, miembros que salen de un montón de escombros, sienten un vacío en lugar de su pensamiento, son incapaces de unir una palabra a otra, reprochan

a los que lo hacen el conducirse como literatos; se esfuerzan, sin embargo, en juntar nociones para definir o describir lo que se llama la guerra. Dirán que comienza cuando los diplomáticos dejan su posta y los ejércitos entran en batalla. Pero esta fórmula les parecerá mucho más histórica y convencional.

Recuerdan tan pronto su vida en el frente, que fué una mezcla de hastio y heroísmo, de exaltación y angustia, y renuncian a dar de ella una imagen, para responder finalmente con un aire estúpido: "La guerra es la guerra. Id a verla". De igual manera los que ensayan representarse la muerte o la nada. Asimismo, si tentamos evocar vivamente no importa cuál objeto, o no importa cuál individuo, llegará un momento en que seremos igualmente incapaces de nombrarlo. De la confrontación entre lenguaje y realidad no puede salir más que una destrucción del lenguaje porque no configura exactamente la realidad: imposibilidad de definir, imposibilidad de atribuir, imposibilidad aun de nombrar.

Se comprende que los filósofos del V siglo hayan llegado, al fin de cuentas, a derrota tras derrota, a fuerza de tentar lo imposible. Platón nos aporta muchos testimonios. El mismo pierde lo más vivo de su relieve si no se lo imagina frente a este drama. En uno de sus últimos diálogos, *Sofista*, 240 a, por ej., el extranjero de Elea acaba de sugerir a su interlocutor, Teeteto, que se podría sin duda definir al sofista como un hacedor de imágenes. Pero en seguida se retracta, pues él advierte que el sofista podría demandar a la vez lo que llama imagen. No le bastaría, entonces, responderle evocando los reflejos de las aguas y de los espejos, las pinturas y las esculturas. Pues el hombre en causa se reiría de estas fórmulas buenas, lo suficiente para un hombre que ve; él fingiría ignorar los espejos, las aguas y la vista misma, limitándose a retomar siempre la misma cuestión dificultosa que brota de la naturaleza de las expresiones mismas, sin referencia a ninguna experiencia sensible por naturaleza incommunicable, a saber: "que hay de común entre todas las cosas que se dice ser múltiples y que se las honra, sin embargo, con un nombre único, el que se las honra, como si se pudiera extender sobre todas ellas de imagen, como si se pudiera extender sobre todas ellas una unidad cualquiera". Cada uno puede así detenerse a una discusión o aun no importa cuál conversa-

ción rehusando comprender el sentido de las palabras empleadas y exigiéndoles reproducir la realidad que designan, operación imposible.

BRICE PARAIN.

*Recherches sur la nature et les fonctions
du langage.*
Gallimard. Paris.

CORRESPONDENCIAS

La teoría de las correspondencias es uno de los fundamentos de la tradición simbolista. Sus derivaciones son insondables y toda verdadera profundización en los significados últimos de los aspectos del universo habrá de avanzar tomándolas en cuenta. Pero no podemos aquí dar sino una sucinta idea de lo que significan tales correspondencias, ilustrándola con ejemplos. Se fundamenta la teoría en que todos los fenómenos cósmicos son limitados y seriales, aparecen en planos particulares, donde constituyen gamas, pero esta situación no es caótica ni indiferente, sino que existen conexiones entre los elementos de una y otra gama, fundadas en nexos internos de esencia y de sentido. Las correspondencias pueden organizarse forzando a los elementos de las gamas a adaptarse a un patrón común numérico (por ejemplo, no es difícil modificar la gama de los colores, elevándola de siete matices a ocho —si se quiere adaptar a la gama de temperamentos establecida por la actual caracterología— o reducirla a seis, por causa similar). Pero resulta preferible verificar adecuaciones parciales, con modelos diferentes, sin forzarlos por dilatación o constricción. Ya los atributos de las antiguas deidades no eran sino inconfesadas correspondencias: Venus (rosa, concha, paloma, manzana, ceñidor, mirta). Hay también un fundamento psicológico relacionado con la sinestesia. Louis-Claude de St. Martin, en *L'Homme du Desir*, escribió: "No es como en nuestra tenebrosa morada, donde los sonidos no pueden compararse más que con los sonidos, los colores con los colores, una substancia con su analogía; allí todo era homogéneo. La luz daba sonidos, la melodía hacia nacer la luz, los colores poseían movi-

miento porque eran vivientes; los objetos eran a la vez sonoros, diáfanos y bastante móviles para interpenetrarse y recorrer de un trazo toda la extensión". Para Schneider, el elemento clave de todas las correspondencias es el musical. Señala que, en la India, un tratado de Sárnagadeva, en el *Samgita Ratnākara* (I, III, 48), del siglo XIII, expone la relación mística de la música y los animales. Indica que no existe nada similar en Occidente, aunque él cree que los capiteles de San Cugat del Vallés y de Gerona (siglo XII), representan una serie de animales que, por su selección (constitución en gama), sugieren relación con los aludidos sistemas de la India. También alude a Jakob Böhme y al Padre Athanasius Kircher, que intentaron reconstruir esas ideas en su sistema de correspondencias místicas (*Musurgia universalis*). Crudamente expone la teoría, Ely Star, diciendo: "Cada uno de los colores del prisma es análogo a una de las siete facultades del alma humana; a las siete virtudes y a los siete vicios; a las formas geométricas, a los planetas, etc." Es evidente que existen correspondencias de sentido y de situación en el mismo mundo físico. Por ejemplo, el sonido es tanto más agudo (elevado) cuanto rápido el movimiento, e inversamente; luego la rapidez corresponde a la elevación y la lentitud a la caída, en un sistema binario. Si los colores fríos son retrocedentes, frialdad corresponde a lejanía; calor a cercanía. Ya tenemos otra correspondencia científicamente comprobable. En el sistema septenario, Star da unas correspondencias de notas y colores, que juzgamos bastante justas: violeta (sensible); rojo (tónica); anaranjado (supertónica); amarillo (mediante); verde (subdominante); azul (dominante); indigo (superdominante). Los griegos, cabalistas y gnósticos, fundaron muchas de sus especulaciones en las correspondencias. Porfirio señala las siguientes, de las vocales griegas y los planetas: Alfa (Luna); épsilon (Mercurio); eta (Venus); iota (Sol); ómicron (Marte); ipsilon (Júpiter); y omega (Saturno). En el sistema del novenario destaca la teoría hindú de los "modos": erótico, heroico, odioso, furioso, terrible, patético, maravilloso, apacible, humorístico. El simbolismo de las plantas, perfumes, animales, se funda con frecuencia en la teoría de las correspondencias y en las atribuciones que resultan. Citaremos algunas a modo de ejemplo: Encina (Sol); Nogal (Luna); Olivo (Mercurio);

Pino (Saturno), o dimanar de las cualidades sobresalientes del símbolo, desde algunas obvias como encina (fuerza), palmera (victoria) a otras menos evidentes. Entre las más importantes correspondencias figuran las del zodiaco, a cuyos doce signos se asimilan los meses, las tribus de Israel, los trabajos de Hércules, los colores elevados a una gama de doce. Una de las esenciales, entre estas correspondencias, es la de las partes del cuerpo: Aries (cabeza), Tauro (cuello, garganta), Géminis (hombros y brazos), Cáncer (pecho y estómago), Leo (corazón, pulmones, hígado), Virgo (vientre, intestinos), Libra (columna vertebral, médula), Escorpio (riñones, genitales), Sagitario (muslos), Capricornio (rodillas), Acuario (piernas), Piscis (pies). La serie de los seis primeros signos (involutivos) se corresponde, en los colores —dentro del proceso alquímico— al “descenso” desde el amarillo al negro, a través del azul y del verde. La serie evolutiva corresponde a la metamorfosis ascensional, desde el negro al oro, a través del blanco y el rojo. Correspondencias muy valiosas estudia Schneider. Una de ellas, tomada de Albiruni (*The book of instructions in the elements of the Art of Astrology*, 1934), establece estas identificaciones de los signos zodiacales con los elementos esenciales del paisaje: Aries (desierto), Tauro (praderas), Géminis (montaña doble), Cáncer (parques, ríos, árboles), Leo (montaña con castillos y palacios), Virgo (casa), Escorpio (cárceles y cavernas), Sagitario (arenales y centros de magia), Capricornio (plazas de fuego y castillos), Acuario (cavernas y cloacas), Piscis (tumbas). También se han establecido (Piobb) correspondencias entre estos signos y las operaciones alquímicas.

JUAN EDUARDO CIRLOT.
Diccionario de símbolos tradicionales.
Lule Mirale. Barcelona, 1958.

ASPECTOS DEL LENGUAJE LITERARIO

La formación del lenguaje literario está en relación inmediata con la tradición de sí mismo, con la educación literaria, con la diversidad de los temas, con las épocas y las lecturas imperantes y, como es natural, con la fineza

de apreciación, de juicio y el genio de cada uno; esta adquisición de vocabulario se renueva con la elaboración lenta y progresiva del habla y del estilo. El adquirir vocabulario es alcanzarlo en la flexible necesidad expresiva o reservarlo en potencia como posibilidad activa de expresarse adecuadamente.

El enriquecimiento de vocabulario que no sea sólo de la palabra en su necesidad utilitaria, está en razón directa de la amplitud y calidad de los temas, se extiende a los modos expresivos, a la flexibilidad y el orden de las frases, a la agilidad espontánea de su invención y de su empleo. Esta eficiencia de frases y giros depende del dominio sensible del habla y de la claridad y facilidad en la articulación meditativa del pensamiento. No basta apoderarse del diccionario, de la gramática, de vocabularios de géneros literarios; es necesario invadir continuamente, con nuestro crecimiento intelectual, nuevas zonas que exigen indispensablemente; dar a cada palabra su intensidad expresiva o creadora, es hacerla aparecer como una necesidad imprescindible.

El lenguaje hablado de todos los días con su intención, su familiaridad y su énfasis, no es insuficiente para crear una obra pura de delicadeza no adulterada; nace psicológicamente del ritmo del sentimiento; pero este lenguaje hablado de espontaneidad popular, es más difícil de lo que quisiéramos y quizá un don de ilustres estilistas limpios de afectación; entra, generalmente corregido, en la lengua; corregido y repensado. En la lengua escrita está el vocablo de la expresión corriente y el del destello mágico, aun de la palabra más simple. Algunas palabras van cargándose de significación que las vulgariza o les presta una acepción tradicional; el manejo del caudal del léxico necesita, a veces, fijar la acepción en que se las emplea como si fuera una nueva creación de la palabra por virtud del arte. Este avanzar en la amplitud expresiva exacta o aproximativa de lo que se sabe o se está aprendiendo y en la novedad expresiva, contribuye a la extensión del vocabulario, a su apropiación inmediata, a estudiarlo como una necesidad viva, como una expresión del ser de uno. Investigarlo en la obra que se lee o se hace para entenderla, comprenderla en la intención y en el intelecto de quien escribe, o en lo que queremos decir, en la elaboración del lenguaje propio y en la explicación del ajeno, en la vigencia actual o histórica de

las ideas, seres y cosas, en la eficacia descriptiva, en la larga lucha para asir la expresión eficiente de la idea, de la acción o del ser. El vocabulario técnico, científico o filosófico está en un orbe aparte en su objetividad y en su ajustada significación.

Hablar de propiedad o impropiedad del vocabulario consiste en comprobar si se llega o no a la expresión que se propone; hay una impropiedad que es descuido vulgar en la lengua literaria, o ignorancia en la científica; este descuido no intencional depende de la calidad y el saber de quien habla o escribe; inútil discusión será la de confundir el vocabulario de color local, pintoresco y hablado, como uno solo con el de la emoción artística personal, para regirlos por una medida; cualquiera lengua comprende una multiplicidad de estados afines o divergentes; cambiantes en la hablada y pintoresca, adquieren permanente excelencia expresiva en su jerarquía de lengua literaria, en la que la innovación no está en ignorarla sino en identificarla en la concepción estética, en intención profunda. El estilo, o mejor dicho, el contenido y la expresión de una obra literaria, en el vocabulario y la sintaxis, es una originalidad y una suma.

ARTURO MARASSO.

LIBROS Y REVISTAS

PAUL FRAISSE, *Psychologie du temps*. (Psicología del tiempo). Presses Universitaires de France, 1957.

Muy pocas son las obras en lengua española que se refieren a la psicología del tiempo. Una traducción de este estudio pondría al alcance de psicólogos y de filósofos de la historia un tratado lleno de observaciones precisas y de interesantes sugerencias. La investigación de los problemas relacionados con la percepción del tiempo cuenta en Europa con una bibliografía especializada de grandes proporciones. Este libro es uno de los más recientes y mejor orientados. El autor —profesor de la Sorbona y director de la Escuela práctica de altos estudios— cumple el difícil ideal de unir la sencillez de expresión a profundas observaciones y amplísima infor-

mación. Su fin principal es el de estudiar las diferentes maneras con que el hombre se adapta a las condiciones temporales de su existencia. El medio físico, técnico y social en que vivimos se modifica constantemente. El hombre experimenta estos cambios y los crea, además, con su propia actividad. Nuestra vida debe armonizar continuamente con las transformaciones más importantes que la envuelven. En el presente psicológico nosotros percibimos los caracteres fundamentales de los cambios: el orden de los estímulos y los intervalos que los separan. Así pasamos de la percepción de lo instantáneo y de la simultaneidad a lo durable y sucesivo. Con la percepción el hombre aprecia los cambios contemporáneos, pero con la imaginación puede representarse los cambios pasados. El autor supone que el conocimiento del pasado nos permite anticipar los hechos que se producirán en el futuro. Nosotros no compartimos esta opinión. Las profecías nunca pasan de suposiciones que pueden verificarse y, en la mayoría de los casos, no cumplirse. La imaginación, con experiencias pasadas, puede deducir lo que, en circunstancias semejantes, podría o debería suceder; pero en el futuro intervienen fuerzas inesperadas, se crean situaciones diferentes y lo que ocurre es siempre distinto a lo que se ha imaginado.

Fuera de éstas y otras divergencias interpretativas, es preciso reconocer que el autor estudia magistralmente lo que el hombre hace para conocer el tiempo. Los animales tienen un perfecto sentido de la hora. Todos se acostumbran fácilmente a venir a buscar la comida a una determinada hora, y si la comida falta, concurren lo mismo durante varios días. La costumbre hace que continúen con la misma precisión de tiempo aunque la hora cambie al ser trasladados de un meridiano a otro. Existe, por tanto, una adaptación que se encuentra igualmente entre los hombres. El poder despertarse a una hora fija es un experimento que en algunos casos resulta exacto y en otros fracasa. Hay un reloj psicológico basado en las propiedades de los centros nerviosos, que responde rítmicamente a las excitaciones. El conocimiento del mecanismo de estos ritmos, puede resolver los problemas que ellos envuelven.

Son muchas las causas que influyen en el hecho de que el tiempo parezca más o menos largo de lo que es. Un sonido intenso parece más largo que otro menos intenso.

El tiempo de exhibición de un objeto complicado parece más largo que el de otro objeto más simple. Los ejemplos podrían multiplicarse.

El hombre sabe apreciar el tiempo que le falta para alcanzar un determinado objeto. Los niños, hasta los tres años, aproximadamente, hablan en presente. En las lenguas primitivas, los verbos lo mismo designan el pasado que el presente y el futuro. El síndrome de Korsakov es la incapacidad de fijar los pensamientos presentes. El enfermo recuerda el pasado, pero no puede darse cuenta del presente. Es una verdadera cronognosis. La falta de recuerdos hace que los años parezcan cortos a los prisioneros después que los han vivido, y que los días les semejen siglos mientras los viven. Un viaje de unos meses llenos de acontecimientos parece más largo que muchos años pasados en la inmovilidad. Del mismo modo hay una concepción del tiempo para cada grupo social. El trabajador que cobra un sueldo diario concibe el tiempo de un modo muy diferente a quien lo cobra todas las semanas o todos los meses o todos los años. Cada uno de estos hombres tiene una apreciación distinta del tiempo. El hombre que se traslada a vivir a un país lejano no puede incrustar en el nuevo ambiente los recuerdos de su niñez o juventud. Es un hombre sin pasado.

Las angustias hacen parecer muy largo el tiempo. Es un hecho común que muchos presidiarios se evaden cuando les faltan pocos días para salir en libertad. Cada ser tiene sus perspectivas. Hay quien piensa en dejar propiedades a sus hijos y quien se limita a buscarles un empleo momentáneo. Cada edad tiene, también, su horizonte temporal diferente. Las actividades de cada persona cambian el aprecio del tiempo. En los niños y jóvenes el pasado no cuenta y el porvenir no inquieta. Innumerable son las personas mayores que, por causas diversas, sólo viven en el presente. Hay quien se refugia en el presente por temor al futuro. Hay enfermos que sólo viven pensando en el pasado o imaginando el futuro y olvidan el presente. Cuando el futuro no ofrece perspectivas, el pasado es un refugio. En las familias acomodadas o de tradición se educa a los niños recordando el pasado; en las familias de clase media o pobre, se los educa presentándoles el porvenir. Los ascéticos permanecen largas horas sin hacer nada, como si el tiempo no existiera. El alcohol y la tiroxina hacen sobreestimar el

tiempo transcurrido; la quinina, lo hace subestimar. La edad avanzada hace considerar el tiempo cada vez más corto. Los acontecimientos se tornan tan habituales que no dejan recuerdos individualizados. Hay también un tiempo fisiológico: las llagas se cicatrizan cada vez más lentamente a medida que se envejece. Es porque el trabajo efectuado por el organismo es mayor en la juventud. A las mujeres el tiempo les parece más largo que a los hombres. Hoy se sabe, científicamente, que no existe un tiempo absoluto. El tiempo medido por dos relojes en dos astros diferentes no sería el mismo. Cada sistema de referencia tiene su tiempo propio.

Estas síntesis pueden dar una idea del interés que encierra esta obra. Hay observaciones de carácter personal y prácticas. Las personas muy exactas tienen un sentimiento de inseguridad. Quienes sienten placer en esperar o en hacer esperar son tipos psicológicos anormales, perfectamente individualizados por el psicoanálisis.

ENRIQUE DE GANDIA.

ERICH FROMM, *El lenguaje olvidado*. Hachette.

Sabido es que los sueños y los mitos, tenidos estos últimos por meras representaciones explicativas del mundo elaboradas por la mente precientífica o reputados deseñables frutos de la superstición, hasta hace menos de un siglo no han sido tomados en cuenta por la investigación metódica y sostenida. Ahora estos dos tipos de imaginaria simbólica retienen cada vez más la atención de los estudiosos, y algunos psicólogos han sondeado con éxito la interconexión entre ambos, apoyándose en los denominadores comunes históricos, etnográficos y culturales que la erudición ha venido columbrando en las más diversas latitudes.

Tales espejismos oníricos y religioso-filosóficos, derivados de circunstancias sociales y económicas, son hechos tan reales como la vida misma. Tienen, por ende, un significado. Los sueños, fruto de los desarreglos entre los impulsos naturales y la conciencia sujeta a los decretos de la civilización, pueden penetrar el campo de la mitología, donde se imbrican lo racional y lo irracional,

ninguno de los cuales señorea por completo el terreno mientras el hombre, huérfano de protección y rodeado de tinieblas, busca la verdad salvadora.

Freud interpreta los sueños como asociaciones libres, entendiéndolos como expresiones de los deseos irracionales infantiles, al paso que Jung vislumbra una como sabiduría del inconsciente, no ya racional sino trascendental, de origen colectivo y atávico. Pero Erich Fromm rompe las murallas del dogmatismo de estos dos autores, con un eclecticismo superador, admitiendo la coexistencia de los deseos irracionales incumplidos, manifestados en libros asociaciones de imágenes, y una suerte de inconsciente racional, pero con repercusiones puramente personales, ajenas a toda voz externa, de índole trascendental.

En *El Lenguaje olvidado*, obra recién editada por Hachette, este prolífico pero inquieto autor ofrece una brillante interpretación de la tragedia de Edipo, donde conjuga la psicología con lo cosmológico y lo sociológico en sus resonancias religiosas, oponiendo las teorías de Freud y Bachofen.

El problema del incesto no existe, según él, ni en las relaciones de Edipo con su madre, ni de Hermón con la suya, Euridice. El conflicto es entre padre e hijo. Edipo, lo mismo que Hemón y Antígona, representa el principio del matriarcado; los tres atacan un orden social y religioso basado en el poder de los privilegios del padre.

Añade que para Bachofen, los hombres en el transcurso de un lento proceso histórico derrotaron a las mujeres, imponiéndoseles como gobernantes. Uno de los ejemplos se halla en su análisis de la *Orestíada* de Esquilo, a la que considera una representación simbólica de la última batalla entre las diosas madres y los victoriosos dioses padres. Sostenía que "la cultura matriarcal se caracterizaba por la preeminencia de los lazos de sangre y los lazos del suelo, y una aceptación pasiva de todos los fenómenos naturales. El patriarcal se caracterizaba por el respeto a la ley del hombre, el predominio del pensamiento racional y los esfuerzos del hombre para modificar los fenómenos naturales".

Señala por su parte Fromm que la sencillez misma del acertijo de la Esfinge corrobora que lo importante reside en el significado implícito de la respuesta al enigma. En otras palabras, la Esfinge dice que "el que sepa que la solución más importante que el hombre pueda hallar

a los problemas más difíciles... es el hombre mismo, podrá salvar a la humanidad". El mito babilónico de la creación cuenta que una rebelión de dioses masculinos derrota a Tiamat, la gran madre que gobernaba el universo. Pero Marduc, antes de ser elegido dios supremo, tiene que pasar por una prueba, la de destruir y reconstruir por virtud de su palabra, un vestido.

Así, queda establecida la supremacía masculina, basada en el poder del pensamiento, autoridad despótica que desplaza la de la productividad natural de la mujer, la que ama democráticamente por igual a todos sus hijos.

MARCELO POGGIOTTI

JUAN P. GARRAHAN, *La Pediatría, ciencia y arte*. El Ateneo, Buenos Aires, 1958.

El autor de este ensayo, médico de niños, pertenece a la benemérita tradición argentina de la ciencia médica; es una exhortación en que se reclama que se reconozca la trascendencia de la pediatría y "se mejore y se intensifique su enseñanza y se incorporen en mayor medida a los propósitos nobles y progresistas de acción sanitaria social, los designios que señalan la ciencia y el arte de los médicos de niños". "La pediatría, dice, no constituye un sector de la medicina, sino una medicina completa del hombre en formación, diversificada por las etapas del crecimiento y del desarrollo"; "hace apenas cien años que la pediatría ha adquirido autonomía como rama de estudio y como actividad profesional". Este ensayo comprende la parte técnica de la ciencia del niño, las disciplinas del arte de curarlo, su enseñanza, la medicina social del niño, el problema argentino de la niñez y los que trataron de resolverlo hasta la fundación del Hospital de Niños, que se vincula al médico y poeta Ricardo Gutiérrez. No es de extrañar que el autor, médico de niños, haga aparecer los "aspectos sentimentales" de una profesión tan abnegada y noble, y que el resplandor insumergible de Ricardo Gutiérrez lo ilumine con valoración desinteresada. El prologoista de este trabajo, médico psiquiatra, Osvaldo Loudet, dice que el doctor

Garrahan es "plácido y profundo psicólogo de la niñez", y agrega: "Si es verdad que todo médico debe ser psicólogo para conocer al enfermo en su totalidad, hay dos especialidades que requieren mayor perspicacia, paciencia y aguda penetración: me refiero al médico de niños y al médico psiquiatra. Ambos tienen ante sí dos mundos misteriosos, dos velos oscuros que es necesario descender sin producir la más mínima herida, porque la brusquedad, la impaciencia, la precipitación, llevarían a un error o a producir una catástrofe".

La lectura de este ensayo, generosamente pensado y escrito con facilidad expositiva y seguro dominio del tema, descubre una página ilustre de la medicina argentina y señala las principales normas para orientar fructuosamente su ulterior desarrollo.

LA REDACCIÓN.

LINCOLN BARNETT, *El Universo y el doctor Einstein*. Fondo de Cultura Económica. México, 1957.

Enfrentando a aquella afirmación de que "nada existe, excepto en la forma de ser percibido", enfrentando a esa cosmovisión desesperanzada, Albert Einstein dirá un día que en la realidad hay un orden, una realidad en esa misma realidad, que puede traducirse en soluciones, en "ciertas y extremadas ecuaciones". Sobre su frente joven, el impacto que en 1900 ha hecho la teoría de Planck, aquella simpática y enigmática posición "de la energía radiante que avanza a saltos, que corre en pequeñas porciones discontinuas", en algo que se llama "cuanta", va a traducirse en una multitud de enigmas que solamente en los instantes de su última concepción de la "teoría del campo unificado" va a tener explicación matemática cierta y medible.

Pero es que Lincoln Barnett, nos ha metido en un mundo distante, en ese mundo lejano que toca nuestros poros y nuestros ojos, en ese mundo que parte de nuestros dedos, que está encimado en nuestro aliento y que se mide en años-luz, en espacio-distancia-tiempo. No nos hemos dado cuenta. Hemos entrado en el mundo de Ein-

tein, sin comprender que su puerta de entrada nos ha sido abierta sin grandes señales, sin fuertes conmociones.

Ese es el raro privilegio de L. Barnett. No ha dejado de hacer ciencia y nos ha introducido en un mundo cuyas reglas y herramientas no conocemos pero que estamos mágicamente manejando, midiendo, ejecutando. La constante de Planck, su constante E, es aun una abstracción matemática. Sin embargo, el fenómeno fotoeléctrico va a darle medida, y ahora la televisión y la célula fotoeléctrica le dan realidad humana. Al llegar el año 1905, Albert Einstein, conseguía fundirla con la realidad de una fórmula. La luz, hasta aquí "una realidad consistente en ondas", ahora será una realidad "consistente en fotones". El genio de Einstein, ha abierto ese universo.

Y las páginas de Barnett, parecería que nos han descubierto para siempre el mundo einsteiniano. No es una divulgación de un jeroglífico. Estamos dentro de un electrón, comprendiendo la afirmación de que "la energía tiene masa", y sabiendo así para siempre que la energía contenida en cualquier partícula de materia, es igual a la masa de ese cuerpo multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz; que su ecuación, decíamos, nos ha lanzado al mundo de la era atómica, cerrando un espacio científico-histórico, e inaugurando con su cerebro, con su empuje, una etapa distinta para la humanidad.

Todo tiene gusto a revelación. Cada ejemplo, cada fórmula, cada relación con la inteligencia y el espacio, con la medida y el tiempo. Barnett, conocedor profundo de una inmensidad casi insondable, nos ha llevado de la mano para introducirnos en el mundo casi fantasmagórico de esa teoría "del campo unificado", donde "las percepciones humanas del mundo, y todas sus abstractas intuiciones de la realidad se funden finalmente en una sola, y la profunda unidad subyacente del universo queda al descubierto". Pero de allí surgirá seguramente la necesidad de volver a inquirir por esa unidad subyacente, por un descubrimiento del mundo físico situado más allá. Se abre un nuevo abismo, de un misterio aun más lejano que todavía queda sin respuesta. Este universo nuevo de Albert Einstein, nos ha dado una afirmación plena, lograda en toda su estructura, pero nos lleva a un nuevo destino de búsqueda más lejana y más difícil.

Cerramos la última página. Hemos leído el libro sin detenernos, con lápiz y papel en el escritorio. Barnett

nos ha puesto en un mundo que es éste que tocamos y vivimos, y nos pide que nos lancemos a buscar el que ha quedado abierto después de Einstein. Dialéctica interminable.

FLOREAL A. FERRARA.

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

Abside, revista de cultura mejicana, en su número correspondiente al trimestre abril-junio de 1956, publica un artículo firmado por José Villalobos Franco, titulado "Grafoanálisis", del que transcribimos los siguientes párrafos:

"El gigantesco desarrollo alcanzado por los negocios en la vecina República del Norte ha exigido el cultivo y hecho posible el perfeccionamiento, hasta un grado increíble, de diversas disciplinas científicas, antes casi desconocidas, entre las cuales está el Grafoanálisis: examen y estudio de firmas y letras manuscritas para determinar su autenticidad. Los postulados en que se apoya esta disciplina, la precisión de sus métodos actuales y la finura de su técnica novísima le permiten alcanzar resultados que pueden parangonarse con los de las ciencias exactas, existiendo actualmente en los Estados de Missouri, Illinois, California y otros varios de la Unión Americana, institutos especiales en los que se preparan y habilitan los profesionistas que desean dedicarse a esa rama del grafismo, derivada de la Psicología Empírica Experimental.

El Grafoanálisis estudia los trazos que concurren a la formación de las letras de que se compone la escritura; considera esos trazos en sus valores individuales y busca las relaciones que éstos tienen entre sí, y por este medio reconstruye la trama del tejido que forma la personalidad: descubre el origen, lo que fué causa directa de los hábitos, inclinaciones y tendencias contenidas en las marcas que deja el movimiento de la pluma que corre sobre el papel.

Está sustentada esta doctrina en la combinación de los principios de la Grafológica (los auténticos, establecidos y experimentados por Flandrin, Michon y Crépéux Jamin) con los que se derivan de la enseñanza de la escritura caligráfica en la más elevada expresión de los movimientos que la producen, cristalizados en los trazos. Fué así como el doctor Bunker pudo encontrar la conjunción apropiada y notoriamente práctica para la fundación de su inigualado sistema, identificando las peculiaridades mecánicas de la escritura manuscrita, las que, llevadas a la fuente de su origen, señalan los hábitos mentales y los impulsos que fueron la causa primitiva de la individualidad de la marca escrita.

El Grafoanálisis, a la par que la Grafológica (pero con muy distinto procedimiento), realiza la reconstrucción del carácter individual, mediante el estudio de los trazos tal como están expresados en el manuscrito y bajo estas premisas refirma la identificación o denuncia los disfraces de las falsificaciones".

L'Art et l'occultisme, París, 1954. Del artículo de Robert Amadou, "Reflexiones sobre la experiencia artística", traducimos los siguientes fragmentos:

"El primer material del que dispone el artista, son, parece, sus percepciones del mundo físico y las emociones que éste engendra en él, son los recuerdos de esas percepciones y de esas emociones, son las nociones y las ideas que han sido depositadas en su espíritu o que su razón ha formado allí. El primer instrumento del que dispone, es su ciencia de la versificación, de la mezcla de los colores y de la armonización.

Ninguna obra de arte verdadera saldría de la conjunción, ni tampoco de la síntesis de esos elementos evidentes. Y esta necesidad, para el artista, de conocer y experimentar otra cosa, esta verdad de que la creación artística no es sólo el producto de una experiencia común y de un trabajo aplicado, la expresamos a menudo invocando los factores inconscientes del arte.

Como los antiguos juzgaban la obra bella un producto de los dioses, del dios que posee al artista, los modernos han reconocido el lugar del inconsciente en el arte, si

ponemos bajo este vocablo, lo que excede al hombre. ¿No es en este sentido que podemos, fuera de algunos casos más misteriosos, comprender la colaboración del demonio y del artista, de la que habla André Gide? Para Gaston Bachelard, nacer verdaderamente del inconsciente conlleva a la obra un privilegio de valor estético".

"La experiencia poética es a la vez la experiencia del yo y la experiencia del no yo, la experiencia de la forma y la experiencia del contenido. Es el espíritu quien impone la forma y ésta no podría ser considerada como accesorio, como añadida, como desgraciadamente necesaria para la presentación más o menos infiel del contenido.

La experiencia poética fundamental es la experiencia de la analogía universal. Es la experiencia de la unidad del mundo y de los lazos sutiles que unen a todos los seres y todas las cosas, y los hacen corresponder mutuamente. La experiencia poética es la experiencia del mundo y de mí que estoy en el mundo. El poeta es creador porque utiliza las palabras, y los sonidos y los colores, no como realidades físicas acordes con las leyes que descubre la ciencia, sino como símbolos, es decir signos dotados de una potencia activa de evocación, de llamado de otro objeto no menos simbólico que el primero y no menos equívoco. El poeta no pinta el mundo que ve, no expresa ese mundo por medios que le serían exteriores o que no pertenecerían al mundo que conoce. Pero se sirve del misterio para decir el misterio; es la carne misma del mundo a la que deja sus venas, sus arterias y sus nervios, que traduce el mundo y lo representa. "¿Qué es un poeta, escribe Baudelaire (tomo la palabra en su acepción más amplia) sino un traductor, un descifrador? En los excelentes poetas, no hay metáfora, comparación o epíteto que no sea de una adaptación matemáticamente exacta a la circunstancia actual, porque esas comparaciones, esas metáforas y esos epítetos son tomados del inagotable fondo de la universal analogía y porque no pueden ser tomados en otra parte". (Baudelaire, *L'Art Romantique*, Victor Hugo, ed. de la Pléiade, Gallimard, tomo II, pág. 521). El sentimiento de lo Bello es el sentimiento de una concordancia, la revelación de una inserción de la obra de arte, como de su creador y del que la admira, en un mundo que es el mundo de los símbolos, en el mundo sentido como universo de las correspondencias. Es natural que el arte y la magia aparezcan

ligados, porque estuvieron unidos desde el origen. Los mismos lazos procuran a' hombre la satisfacción de encontrar su lugar en el mundo y justifican su dependencia mágica con respecto de ese mundo. Toda obra de arte es una puesta en relación, el reconocimiento deslumbrante de una relación que así se afirma. Participar, como creador, como objeto o como cómplice, en la obra de arte es necesariamente tomar su lugar en una nueva organización de las cosas. Y esta nueva organización no es nueva más que a nuestros ojos, por fin abiertos. La obra de arte es un punto de cristalización alrededor del cual, por su existencia misma, se orientan los seres ligados los unos a los otros por mil lazos. Entre esos mil lazos, la obra de arte hace aparecer, subraya, actualiza, uno solo. La experiencia poética es la conciencia de esos mil lazos y la elección de uno entre ellos. La obra de arte que conserva y dispensa a su turno la experiencia poética comunica esta conciencia y hace efectiva esta elección".

Boletín de la Academia Colombiana. Tomo VII, Nº 26, enero-marzo de 1958. Del discurso "La técnica y el lenguaje" pronunciado por el Ing. Alfredo D. Bateman al tomar posesión de la plaza de individuo correspondiente de la Academia Colombiana, publicamos el siguiente fragmento:

"El idioma de Castilla, sonoro y elocuente, que tuvo su expresión en Cervantes y en Teresa de Ávila, en Caro y en Suárez, ha venido en los últimos tiempos quedando rezagado y anticuado, corriendo un peligro, cada vez más inminente, de verse contaminado con neologismos y extranjerismo que afectan grandemente su pureza y unidad.

Ello se debe, quizás, a la política que en aceptación de nuevos vocablos venía manteniendo la Academia Española. La revolución que en esta materia obtuvo el Congreso de Academias, reunido en Madrid, permite al idioma una mayor agilidad y abre las puertas a nuevos vocablos y a nuevas acepciones, lo que le permitirá enriquecerse y desalojar el uso de palabras que no corresponden realmente a su estructura.

El mundo moderno, inútil negarlo, pertenece a la técnica. No vislumbraron, ni digo nuestros abuelos sino nuestros padres, el adelanto prodigioso que hoy contemplamos. Lo que hasta ayer era un sueño lejano, una ilusión irrealizable, una utopía, hoy es una realidad, que a nuestros niños no les causa siquiera impresión. El radio, la televisión, la aviación, son unos cuantos fenómenos que se repiten a diario y a los cuales estamos ya acostumbrados. Tan sólo acontecimientos de hoy, frutos de la inteligencia humana, nos preocupan por unos momentos, como es el caso que estamos presenciando de la conquista del espacio, al lanzar el hombre hacia las regiones ignotas, el satélite artificial.

Este avance de la ciencia se ha reflejado necesariamente en todas nuestras actividades, en nuestros estudios, en nuestro plan diario de la vida. Únicamente no se ha reflejado, sino en mínima escala, en el idioma castellano.

Debemos reconocer que el Diccionario de la Academia, que da la legitimidad a los vocablos, no registra palabras que hoy son de uso común, que no tienen sinónimo con qué expresarse, que la traducción castiza de términos extranjeros requiere una larga frase, lo que provoca el uso de extranjerismos castellanzados que vienen a perturbar la pureza y la pulcritud del idioma.

Y precisamente por falta de este registro oficial de términos técnicos y científicos, al quedar al arbitrio de los traductores la introducción de estos extranjerismos o barbarismos a la lengua, se está provocando una diversificación de términos que atenta contra la unidad del idioma.

Ya nuestro eminente Director en su folleto *El castellano naciente* anota, entre otros casos, la diversidad de maneras como son llamados lo que nosotros decimos neumáticos. Tubos, gomas, llantas, etc., son términos usados, no solamente en distintos países de la América, sino en diferentes regiones del país.

Esta inquietud, esta necesidad de poner al día el idioma con la técnica y la ciencia, esta nueva agitación provoca un programa de acción inmediato que no está al alcance de un solo hombre, ni tan siquiera de una sola Academia. Es necesario el concurso de todas las personas interesadas no sólo en los estudios y disciplinas filológicas, sino también en los estudios científicos.

Es así necesario luchar por que el idioma castellano refleje el adelanto técnico y científico, como otrora reflejara la edad de oro de las letras".

LA REDACCIÓN.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

LA CERÁMICA

El arte de la cerámica es mucho más antiguo que la metalurgia: la alfarería existe desde el día en que los nómades se fijaron para cultivar la tierra. Considerada desde el ángulo histórico, es decir, con relación a la antigüedad de la raza humana, la alfarería aparece como invención reciente, pero está tan estrechamente asociada a la condición humana que se ha vuelto una especie de criterio: el hombre se distingue de la bestia precisamente porque, contrariamente al animal, sabe modelar la arcilla.

En la época prehistórica los objetos y los artículos de primera necesidad: provisiones, bebidas, después, más tarde, tabillitas y rollos de cuero o de papiro, fueron conservados en las jarras y vasos de arcilla. Las ollas de barro permitían cocer los alimentos, cosa que las tribus atrasadas, que viven en la selva virgen, ignoran por no saber trabajar la arcilla.

En el neolítico la posesión de una olla de tierra tenía tanta importancia como la posesión del fuego en el paleolítico. La entrega de un vaso pintado a los vencedores de las pruebas deportivas perpetuaba este recuerdo en la Grecia clásica.

Los primeros alfareros se aplicaron a reproducir los objetos que servían de recipiente. Uno de los pueblos que en el neolítico abandonó el sudeste de Europa para establecerse en la cuenca danubiana, utilizaba, por ejemplo, vasos cuya forma reproducía la de la calabaza.

Rápidamente el hombre se apercibió de que además de su utilidad práctica, la alfarería era un medio de expresión artística; motivos incisos, después pintados, cubrieron la panza y el flanco de las bases. Una nueva etapa había sido franqueada: la alfarería devenía cerámica. Los cascos de vasos decorados, inestimables documentos

para el estudio de las costumbres y de los usos protohistóricos, son bien a menudo los solos vestigios que testimonian la existencia de pueblos desaparecidos desde hace milenios. La forma y decoración de las vasijas varían según las civilizaciones y las épocas; el ornamento es un indicio seguro que permite, en muchos casos, retrazar la historia de un pueblo y determinar su eje de migración. Las características estilísticas de la cerámica son tan netas que los estilos designan, en forma de adjetivos, las áreas de la civilización; sus límites corresponden a las áreas de difusión de los tipos de alfarería. Los arqueólogos distinguen, por ejemplo, la civilización de la cerámica encintada y de la cerámica encordelada; la naturaleza de la ornamentación permite identificar tiestos y vasos que muestran a la una o a la otra. Sin embargo, esta clasificación tiene un inconveniente mayor; un profano podría creer que ciertos pueblos se consagraban exclusivamente a la fabricación de recipientes de arcilla, mientras que la industria cerámica no era más que una de las formas del artesanado. Efectivamente, esta definición, aparentemente precisa, es extremadamente vaga, denota la dificultad de los arqueólogos que no poseen más que indicios fragmentarios sobre los pueblos de la protohistoria, conocidos desde el descubrimiento de tiestos decorados con motivos encintados y encordelados.

Como la de la metalurgia, "la invención" de la alfarería fue el resultado de observaciones fortuitas. Si es probable que, desde temprana hora, el hombre supo modelar la arcilla, le fué necesario largo tiempo para aprender a utilizar el fuego y a endurecer la alfarería; no expuestos al fuego, vasos y recipientes son inutilizables; se rompen y se desmenuzan al menor choque. Un día, un hombre debió advertir que los objetos de arcilla puestos en la proximidad del fuego, habían adquirido dureza y rigidez. El horno del alfarero derivado del horno de cocer, era ya utilizado en el periodo protohistórico; la invención del torno, disco que reposa sobre un pivote, que representa un progreso considerable, data solamente del comienzo del periodo histórico. Artesano promovido al rango de artista, el alfarero hará en adelante figura de brujo.

Al mismo tiempo que fabricaba copas, vasos, jarras y urnas, y que las decoraba con motivos policromos de reflejos irisados o metálicos, el hombre descubría nuevas perspectivas. El arte del alfarero respondía a una necesi-

idad estética y, aun más, a una necesidad metafísica. El desenvolvimiento de la cerámica favoreció el de la creencia en un dios creador que, después de haber modelado al hombre en un trozo de arcilla, le había soplado la vida.

GERT VON NATZMER.
Les civilisations de la préhistoire.
Robert Laffont, Paris, 1967.

NOTA: DÍOS F. Pérez-Dolz en su obra *Historia y Técnica de la Cerámica*: "Son varias las especies de Cerámica que se estudian del período neolítico: la de cuerdas, correspondiente a la cultura nórdica, así llamada por las impresiones hechas con teso cordel en el barro tierno; la de bandas, con huellas lineales rectas y curvas, que ocupa la gran zona centro-europea".

Tradujimos literalmente en este estudio: encintados por la de bandas y encordelados por la de cuerdas. (L. R.).

MITO Y ALEGORÍA

El término mismo de "mitología" es equívoco, y capaz de recibir al menos dos sentidos. Se aplica comúnmente a la simple colección de mitos propios de una civilización; en esta perspectiva se habla de mitología hindú, de mitología griega o la que se consulta en los manuales de "mitología". Pero la palabra comporta un segundo sentido, más conforme con la etimología, según el cual la mitología no es ya solamente el catálogo y la descripción, sino la ciencia y la explicación de los mitos; la mitología no es ya entonces exactamente contemporánea del mito; el mito, primitivamente espontáneo e irreflexivo, se vuelve en seguida tan lujurante que la reflexión naciente se conmueve y se interroga a su respecto, y hace aparecer la mitología; en este segundo sentido Van der Leeuw pudo escribir: "La mitología representa la hipertrofia o la excrecencia de los mitos en un tiempo en que el mito mismo ha suscitado ya dudas y objeciones". La primera mitología recoge los mitos, la segunda reflexiona acerca de ellos; ésta constituye pues en cierta manera la "filosofía" de aquella. Esta reflexión de los filósofos sobre la esencia y los orígenes de la mitología ha dado lugar históricamente, a muchas actitudes diversas. Para no perdernos en la madeja de estas teorías de la mitología,

tomaremos por hilo conductor la clasificación propuesta por el filósofo romántico alemán F. W. Schelling, cuyos análisis, después de ciento cincuenta años, casi no parecen haber sido superados. Schelling repartía las posiciones filosóficas relativas a la mitología en tres grupos, según que ellas rehúsan todo valor de verdad a esta manifestación del genio humano, que ellas le concedieran una verdad indirecta y exterior, o en fin que le acordasen una verdad intrínseca e inmediata.

La palabra alegoría es relativamente reciente en la lengua griega. Pero traduce una idea bastante antigua, que se expresa en un comienzo por la palabra *hypónoia*. El sentido primero de *hypónoia* es "sospecha" o "conjetura"; supone una relación entre dos contenidos mentales de naturaleza diferente: por una parte, un dato concreto se presenta a la percepción; por otra parte, sugiere una idea concerniente al futuro o que sobrepasa el mundo sensible, planteado a título de conclusión o de hipótesis; la *hypónoia* designa la operación, a menudo muy elemental, que pasa del dato percibido a la idea conjeturada. Así cuando Eurípides cuenta, en las *Fenicias*, el sitio puesto a Tebas por los argivos, y describe el escudo de uno de los sitiadores, Capaneo (allí se veía "un gigante hijo de la tierra, que llevaba sobre sus espaldas una ciudad entera que había arrancado de sus fundamentos a golpes de palanca"; agrega, haciendo hablar a un tebano, que esta ornamentación figurada es el "símbolo de la suerte reservada a nuestra ciudad"; la imagen grabada sobre el escudo que tiene ante los ojos, sugiere al narrador la representación de Tebas destruida, y en este pasaje de la sensación a la conjetura consiste la *hypónoia*.

Una acepción más especial de la palabra *hypónoia* está ligada a la interpretación alegórica de los relatos poéticos, representaciones plásticas, mitos filosóficos o religiosos: se trata de la "significación escondida", del "sentido sobrentendido" de esas narraciones, de esas descripciones. Se ve el parentesco de esta acepción especial con la acepción general precedente: *hypónoia* continúa expresando una relación entre un dato sensible, narrativo, descriptivo o plástico, y una representación intelectual incluida allí: conforme a la etimología, la *hypónoia* designa la enseñanza teórica de la cual se "piensa" que está "bajo" el revestimiento figurado. Este revestimiento, es a menudo la obra de los poetas épicos y el ciclo de las leyendas:

en el *Banquete* de Xenofonte por ejemplo, Sócrates reprocha a los rapsodas "no conocer las significaciones escondidas" en la *Iliada* y la *Odisea*; o todavía, en el IIº libro de la *República*, Platón proscribe las ficciones mitológicas, haya o no en ellas "significaciones escondidas".

JEAN PÉPIN.
Mythe et allégorie.
Aubier, 1954.

INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA Y CULTURA

La cultura de un pueblo se manifiesta por el desarrollo moral e intelectual de los hombres que forman parte de él, y lleva la marca de aquellos pocos que han logrado llegar a un mayor grado de madurez y perfeccionamiento individual, de sus personalidades más altas, de sus santos, artistas y sabios.

En una persona determinada, ser culto significa en primer lugar ser plenamente un hombre y luego tener una visión clara del conjunto del mundo y de sus semejantes y estar en condiciones de apreciar y comprender las manifestaciones del espíritu. El cultivo de las humanidades es indispensable para ello, pero no más indispensable que el de las ciencias. El hombre familiarizado con la ciencia se acostumbra a preferir la verdad a la claridad y los hechos a las palabras; adquiere el hábito de juzgar, de examinar las cosas a fondo y de no satisfacerse con apariencias. El espíritu científico es hoy más necesario que nunca, pues acecha a nuestra civilización uno de los mayores peligros: el de la uniformidad cultural. Dice Harlow Shapley, de la Universidad de Harvard:

"Es alarmante comprobar, cuántos de nosotros escuchamos los mismos comentarios radiales, los mismos críticos musicales y teatrales y comprobar cuántos de nosotros leemos las mismas historietas cómicas, comemos la misma comida y formulamos las mismas profundas observaciones sobre acontecimientos del día. Inconscientemente hemos hecho delegación de nuestro pensar y sentir, de mucho de nuestro gustar y aun de la entonación de nuestros comentarios triviales, a unos pocos hombres y mujeres, mediores en su mayor parte, que han

conseguido tener acceso a nuestros estudios radiales y a diarios de gran circulación. Toda esta estandarización y paso de ganso mental ha ido tan lejos que parece imposible la escapatoria. El pensamiento en cadena ha aprisionado nuestros cerebros. La radio nos sirve simultáneamente a millones de loros. La originalidad de pensamiento y expresión se desprecian por el placer de escuchar algo sensacional y bullicioso".

Nada mejor para escapar a este real peligro que procurar el desarrollo armónico de las facultades intelectuales tanto en la escuela como en la Universidad. La cultura científica debe estar presente en ellas, a fin de desarrollar en el educando hábitos de objetividad, independencia de juicio y amor a la verdad. La educación debe tender a formar hombres y no producir ovejas de rebaño en busca de un conductor; su finalidad no debe ser la defensa de una clase, por numerosa que sea, ni la imposición de una idea por mucha nobleza que ella contenga. Su misión es formar hombres armónicamente desarrollados capaces de afrontar como hombres los problemas que la vida les ofrezca.

EDUARDO BRAUN MENENDEZ

"Revista de la Universidad de Buenos Aires".
Octubre-diciembre, 1957.

EL DETERMINISMO CONTRA LA PROBABILIDAD

La cuestión de las relaciones entre el determinismo y la probabilidad toma fácilmente un carácter pasional. Esta pasión prueba que se trata de uno de los problemas fundamentales de la filosofía humana.

Un ejemplo de esta pasión puede estar suministrado por la violencia de los ataques que Augusto Comte, para defender su positivismo, dirigía contra el cálculo de probabilidades. Declaraba no querer enunciar sobre este cálculo "más que un juicio negativo"; lo trataba de pueril, sofisticado, ilusorio, absurdo. Lo consideraba como "una aberración prescrita", como una "monstruosidad filosófica". Y predecía el próximo fin del "pretendido cálculo de probabilidades, que la razón pública señalará como una vergonzosa aberración científica".

Sin llegar a tales excesos, ya es curioso que Laplace haya presentado su célebre definición del determinismo al comienzo de su *Ensayo filosófico sobre las probabilidades*; y que, a principios del siglo XX, Poincaré haya declarado: "nos hemos vuelto deterministas absolutos", en el prefacio del libro que consagraba al cálculo de probabilidades. Puede parecer que estas proclamaciones del principio hayan intentado proteger el determinismo contra los riesgos que podía hacerle correr una teoría cuya esencia misma era no ser determinista. Para neutralizar lo que puede haber de pasional en esta reacción de defensa del determinismo, vale más analizarla en sí misma y buscar sus causas.

En sí mismo, el azar, con sus irregularidades imprevisibles, es chocante para los espíritus que están habituados a las regularidades espacio-temporales y deterministas de la mecánica. Pero esto no basta para hacer pasional el problema de las relaciones entre el determinismo y la probabilidad.

El ejemplo de Augusto Comte hará comprender por lo menos una de las razones de esta pasión. Comte postulaba que la ciencia tiene un solo objetivo, el conocimiento de las leyes de la naturaleza. Ahora bien, si los hechos naturales están ligados entre sí por leyes, que son invariables, esto prueba que "no dependen de ninguna voluntad". La filosofía científica tiene entonces el derecho de negar toda acción providencial. "El carácter fundamental de toda filosofía teológica es el de considerar todos los fenómenos como gobernados por voluntades, y, por consecuencia, como eminentemente variables e irregulares, al menos virtualmente. Por el contrario, la filosofía positiva los concibe como sometidos, en resguardo de todo capricho, a leyes invariables, que permiten preverlos exactamente". Ahora bien, los acontecimientos aleatorios se realizan sin leyes, "¿Cómo pretender hablar de leyes del azar? pregunta J. Bertrand al comienzo de su libro sobre el cálculo de probabilidades. ¿No es el azar la antítesis de toda ley?". Reconocer al azar un lugar en la ciencia, equivale, parece, a poner en cuestión uno de los problemas fundamentales de la filosofía, que la física, según el positivismo, habría resuelto definitivamente por la negativa.

Como voy a mostrarlo, esta intervención de la probabilidad en física tiende a la naturaleza de las cosas y

no supone absolutamente una interpretación providencialista de la física. Pero es verdad que la interpretación probabilista de la autonomía permite plantear, sin resolverla, la cuestión de una intervención providencial, puesto que conduce a plantear el problema moral del libre albedrío. Ahora bien, esta cuestión del libre albedrío es pasional. Y, adivinando que, por el intermediario de la probabilidad, se podría alcanzar el libre albedrío, la ciencia ha querido salvar su objetividad y defenderse contra lo que pueda tener de pasional la moral.

Esto explica, por ejemplo, que, en un libro muy objetivo, sobre la *Structure des nouvelles théories physiques* (Alcan, 1933), Juvet haya empleado bruscamente un tono apasionado a propósito del libre albedrío: "Si existen metafísicos que hayan esperado hasta el descubrimiento de Heisenberg para creer en la posibilidad del libre albedrío, será necesario aguardar pacientemente algunos lustros hasta que hayan edificado una filosofía sobre aquellas bases; antes de este tiempo, es inútil fatigarse en responder a sus afirmaciones perfectamente gratuitas y por otra parte tan poco pertinentes como todas las afirmaciones o las negaciones que han ocupado, en el siglo pasado y a comienzos de éste, las discusiones filosóficas sobre el pseudo-problema del determinismo científico y de la libertad".

PIERRE VENDRYES.
Déterminisme et autonomie.
Armand Colin, París, 1936.

Traducción de Luis Adolfo Daza.

DEFENSA DEL GEOMETRISMO

La historia del arte se divide siempre en dos corrientes, índice de dos temperamentos opuestos e inconciliables. Por un lado los arquitectos, por otro los magos. Mientras algunos de nuestros antepasados trazaban sobre guijarros de formas puras, signos abstractos, enigmáticos y perfectos, otros recubrían las paredes de las grutas con una fauna a la que embrujaban. Jerónimo Bosco pintaba al mismo tiempo que Meimling, Goya en la misma época

que Louis David, Delacroix paralelamente a Ingres, Cézanne era contemporáneo de Van Gogh y Braque de Picasso.

Unos apasionados, delirantes, otros adoradores del orden y la razón. Unos fecundan el arte, otros le impiden caer en el pathos.

Me gustaría, en esta ocasión, hacer la defensa del geometrismo. Tengo deseos de defender el geometrismo así como se tienen deseos de defender la gramática al leer ciertos excesos de la escritura automática. ¿Acaso no decía Apollinaire: "¿La geometría es a las artes plásticas lo que la gramática es al arte del escritor?"

Se vuelve siempre a la definición que ha hecho más célebre a Maurice Denis que su pintura. Antes que ser tulipán o caballo un cuadro es una superficie plana sobre la cual figuran formas y colores combinados en un cierto orden.

Pero esto es verdadero y falso. (Por otra parte esta definición se aplicaba a la pintura mural). Verdadero, en el sentido de que se hallan en esta definición las bases del cuadro, los principios de su construcción, pero falso en el sentido de que un cuadro que obedeciera solamente a esta regla estaría privado de vida, sería impecable tal vez, de una sintaxis intachable, pero frío, duro y, temo que únicamente decorativo.

Las formas tienen que vivir. Poco importa que no sean ni pájaros ni planta. También las piedras viven. ¡Pero que existan! Que las líneas evoquen una vida plena. Que los colores sean sensuales y mágicos. Que el cuadro adosado al muro no sea un juego de construcción, sino una fiesta para los ojos, de la cual uno no se cansa.

No es la sintaxis o la gramática de una obra la que puede principalmente apasionarnos, sino su significación profunda, en una palabra el "mensaje" que esta obra puede revelarnos.

MICHEL RAGON.
L'aventure de l'art abstrait.
París, 1956.

Traducción de Ana M. de Vecchioli.

CRÓNICA

SAN MARTÍN DESPUÉS DE AYACUCHO

El 23 de enero de 1825, *El Argos de Buenos-Ayres*, n° 113, informó: "En el suplemento que saldrá esta tarde, se dará la gran noticia recibida anoche, de la completa derrota del Ejército Español en el Perú, por el general Sucre".

El suplemento anunciado no salió porque el Gobierno mandó reproducir por la Imprenta de la Independencia, un impreso hecho en Lima, en hoja suelta, con el título de *Viva la patria*, algunos de cuyos ejemplares llegaron a Buenos Aires.

El texto de ese impreso fué insertado en "*El Argos*" 1.

La comunicación oficial llegó el 5 de febrero. Inmediatamente, la *Imprenta de Niños Expósitos* dió a publicación un Bando, con el siguiente título:

INTERESANTE/El Gobierno ha recibido hoy a las 4 de la tarde / un extraordinario despachado desde Santiago de Chile/por el Ministro Plenipotenciario de las Provincias/Unidas cerca de la República del Perú, con las importantes comunicaciones que siguen./ Santiago de Chile, 27 de enero de 1825.

Cuatro días después, el 9 de febrero, se publicó: "A las seis de la tarde del 5 del corriente mes, recibió el Gobierno por conducto del señor Alvarez, Ministro Plenipotenciario de este Estado cerca del Perú; y residente en la actualidad en Chile, la Comunicación Oficial y Capitulación que siguen..."

La mencionada *Comunicación Oficial* transcrita, está firmada por Manuel Blanco y Encalada, fechada en la Comandancia General de la Escuadra, a bordo de la *María Isabel*, a la vela frente de Quilca, 6 de enero de 1825 2.

1. "*El Argos de Buenos Ayres*", N° 114 (extraordinario), del 24 de enero de 1825.

2. "*El Argos de Buenos Ayres*", N° 120, del 9 de febrero, página 1, columnas primera y segunda; página 2, columnas primera y segunda.

En nota a su colega de la Argentina, el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, le dice: "El infrascripto Ministro de Relaciones Exteriores tiene la grata satisfacción de poner en noticia del señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Buenos-Ayres [sic] la gran victoria del Ejército Unido Libertador, al mando del señor General en Jefe don Antonio José de Sucre, en los campos de Ayacucho el 9 de diciembre anterior y cuyos pormenores y consecuencias, enuncian los impresos adjuntos a esta nota.

"El Gobierno, a nombre de su Gobierno, *congratula altamente a la Nación Argentina, cuyos bravos emprendieron la grande obra de la emancipación Peruana, por una jornada que va a consolidar la Independencia de las Provincias Unidas del Norte.*

"El que suscribe tiene la honra de ofrecer, con este motivo, al señor Ministro a quien se dirige, los sentimientos de su distinguida consideración y aprecio con que es su muy atento y obediente servidor" 3.

La victoria de Ayacucho fué jubilosamente celebrada en Buenos Aires; y la crónica de los festejos dice así: "A más de las numerosas reuniones que ha habido en estos días tanto en los cafés como en algunas casas particulares, de los paseos, acompañados de música que se han hecho por todas las calles, de las funciones de teatro, de las iluminaciones y de los fuegos de artificio que han brillado con profusión en todas las noches anteriores; se da un banquete a las 5 de la tarde de este día, 4 en la fonda de Faunch de más de cien cubiertos y al cual concurren los ministros de Estado, todo el Cuerpo Diplomático, varios funcionarios públicos y ciudadanos de todas las profesiones. Se asegura que el Gobierno prepara, por su parte, las funciones públicas que corresponden y que el domingo inmediato se celebrará en la Iglesia Catedral un Te Deum con la mayor solemnidad posible" 5.

3. Publicada por "*El Argos de Buenos-Ayres*", N° 128, del 5 de marzo de 1825, página 2, columnas primera y segunda.

4. Día 9 de febrero de 1825.

5. "*El Argos de Buenos-Ayres*", N° 120, del 9 de febrero de 1825, página 1, columna primera.

Efectivamente, el banquete se realizó; y de él dió cuenta el comentario periodístico⁶. El banquete oficial se realizó el sábado 19 de febrero⁷.

Samuel Haig, viajero inglés, en su tercer viaje al Río de la Plata, llegó a Buenos Aires el 18 de febrero de 1825. Y tuvo oportunidad de presenciar los festejos por la victoria de Ayacucho, haciéndose eco de los mismos en el capítulo XIV de su obra: *Sketches of / Buenos-Ayres / and / Chile / by Samuel Haig*, año 1831.

La fulgurante elíptica del Ejército de los Andes culminó en Ayacucho. Allí rubricaron su parábola de gloria los sobrevivientes.

Fué la apoteosis de una campaña en la cual los soldados argentinos derramaron su sangre por los campos de batalla de Chile, del Perú y del Ecuador.

En vísperas de la batalla de Ayacucho, el general Simón Bolívar, al contestar una carta de Sucre, le dice, desde su Cuartel General en Chancay, el 7 de noviembre de 1824: "He recibido su comunicado; y, con respecto a los puntos de que trata, puede obrar con absoluta libertad y como más convenga a las posiciones en que se encuentren el Ejército del mando de U.S. y el enemigo, pero debo recordarle de manera muy especial que de la suerte del Cuerpo que U.S. manda, depende la suerte del Perú, tal vez para siempre; y la de América entera tal vez por algunos años. Como consecuencia de esta enorme responsabilidad, tenga presente U.S. que cuando en una batalla se comprometen tan grandes intereses, los principios y la prudencia; y aun el amor mismo a los inmensos bienes de que nos puede privar una desgracia; precisa una extremada circunspección y un tino sumo en las operaciones, para no librar a la suerte incierta de las

6. "El Argos de Buenos-Ayres", N° 121, del 12 de febrero de 1825, páginas 2, columna segunda.

7. "El sábado 19 del corriente a las 8 de la noche, los ministros de Gobierno y de Guerra, dieron en la sala del Consulado, un suntuoso banquete en celebridad de la acción de Ayacucho, al que concurrieron más de cien invitados".

El lunes 21 anterior, un grupo de aficionados representó la tragedia "Virginia" y dió un recital de canto, en el Coliseo, a beneficio de familias indigentes de los oficiales fallecidos en la guerra de la Independencia, también en celebración de la victoria de Ayacucho.

armas, sin una plena y absoluta seguridad de un suceso victorioso.

"Hay que tener en cuenta que el *genio de San Martín nos hace falta y sólo ahora comprendo el por que cedió el paso, para no entorpecer la libertad que con tanto sacrificio había conseguido para tres pueblos, en los que si bien existía el patriotismo, hombres y dinero, en cambio no había dirección.*

"Esa lección de táctica y de prudencia que nos ha legado este Gran General, no la deje de tomar en cuenta U.S. para conseguir la victoria, que es lo único que deseo"⁸.

El mismo día de la victoria de Ayacucho, el General en Jefe del Ejército Libertador Unido, don Antonio José de Sucre, envió al Presidente de Colombia, general Francisco de Paula Santander, esta comunicación:

"Cuartel General en el campo de Ayacucho, a 9 de diciembre de 1824. Mi querido general y amigo:

En las postrimerías de ocultarse el sol, con gran satisfacción, me es grato comunicarle que en el campo de Ayacucho se ha esfumado para siempre el poder realista que se había enseñoreado en América por más de tres siglos.

Se ha librado desde las primeras horas de la mañana y durante más de tres horas, una ruda batalla en la que colombianos y peruanos han rivalizado en heroísmo, dando una gloria más al Ejército Unido Libertador.

He quedado bastante sorprendido del espíritu y táctica que ha sabido inspirar el General San Martín en el valiente Ejército patriota y en sus generales y oficiales que bajo su mando actuaron, lo que revela la táctica de este Gran Capitán, que de otro modo no hubiera podido dirigir el gran paso de los Andes y obtener las brillantes victorias de Chacabuco y Maypo.

He dirigido al Libertador comunicación participándole igualmente haber librado esta batalla; el hecho de encontrarme ocupado en la Capitulación propuesta por el general Canteran en nombre del Virrey La Serna, que es nuestro prisionero, no me permite ser más amplio en

8. Publicado por Eduardo L. Colombres Márquez, *Los Acordados me harán justicia*, año 1950, página 41.

detalles, lo que me será muy grato cumplirlo muy brevemente.

Con la honrosa satisfacción de darle el aviso de que la campaña libertadora está totalmente concluida, grato me es saludarlo y ofrecerle, como siempre, a V. E., los sentimientos de mi más alta y distinguida consideración con que soy su buen amigo y afectísimo compañero⁹.

El héroe de Ayacucho recordaba así a San Martín después de la victoria, como había sido recordado antes de ella por Bolívar.

Es concluyente la expresión de Bartolomé Mitre, en su *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, al referirse a la batalla de Ayacucho: "En esta batalla final estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no la mandase en persona; como estuvo presente el espíritu de San Martín, representado por los últimos soldados de su Ejército.

"Sin la concepción del plan de campaña continental de San Martín; sin la creación del EJERCITO DE LOS ANDES, sus pasos de las cordilleras meridionales, sus victorias de Chacabuco y Maypo; sin el dominio marítimo del Pacífico según sus previsiones, su expedición al Perú y su intervención en la guerra de Quito que terminó en Pichincha, no habría habido Ayacucho".

Esta opinión está corroborada por Bolívar y por Sucre, en las cartas transcritas, descubiertas medio siglo después de haber sido publicada la obra de Bartolomé Mitre.

JULIAN A. VILARDI.

⁹. Publicado por Eduardo L. Colombres Márquez, *Los honrados me harán justicia*, año 1950, página 43.

LOS FRESCOS DE TASSILI

El Tassili-n-Ajjer se encuentra al Noroeste de Hoggar, y confina en su parte oriental con Fezzan. Es una meseta gredosa, de acceso difícil, que soporta toda una serie de pequeños macizos secundarios, intensamente erosionados, al través de los cuales se circula por estrechos corredores

en escarpaduras y campos de columnas, que evocan ciudades muertas. Hoy todo esto está vacío y reina un silencio opresivo; antes, por el contrario, estos corredores eran otras tantas calles habitadas, pues la mayor parte de las escarpaduras están erosionadas en la base y presentan muchas y profundas excavaciones que ofrecían abrigos naturales a las poblaciones primitivas. Estas han desaparecido pero han dejado sus huellas en las paredes de sus antiguas moradas cubiertas de centenares de pinturas. Nos hemos quedado, mis compañeros y yo, dieciséis meses en la meseta, yendo de descubrimiento en descubrimiento y realizando sitio tras sitio copias fieles de todos los frescos.

Fué un trabajo de benedictino, en medio de este desierto de piedras, en un país sin ningún recurso y bajo un clima inhumano; que se sepa solamente que fué muy dura y que no hubiéramos permanecido jamás tan largo tiempo si no hubiéramos tenido conciencia de realizar una obra exaltante por el renacer que aportaba no solamente al conocimiento del pasado sahariano sino también al patrimonio artístico de la humanidad. Lo que habíamos visto, en efecto, en el dédalo de las rocas del Tassili supera la imaginación. Habíamos descubierto centenares y centenares de paredes pintadas, con figuraciones humanas y animales por millares, unas aisladas, otras formando conjuntos complejos, a veces escenas muy legibles, relacionadas con la vida material, espiritual y religiosa, de poblaciones variadas que se sucedieron a través de las edades en estos lugares, hoy prácticamente desérticos, pues poco numerosos son los tuaregs que los frecuentan todavía.

Fuimos desconcertados por la variedad de estilos y de asuntos de los cuales un gran número se presenta en capas superpuestas.

Al lado de pequeños personajes que miden apenas algunos centímetros de alto, lo hemos encontrado de talla gigantesca, como no existen en ninguna otra parte. En otros lugares eran grupos de arqueros que se enfrentaban por la posesión de un rebaño, hombres aislados que se batían a golpes de garrote, de cazadores tras los antílopes, hombres sobre piraguas que perseguían hipopótamos, escenas de danzas, de libación, etc.

En una palabra, nos habíamos encontrado ante el más grande museo de arte prehistórico existente en el mundo

y ante imágenes de las cuales algunas alcanzaban una calidad extraordinaria, en particular estas mujeres de Jabbarén o de Sefar, pintadas en tamaño natural, y que las más bellas escuelas artísticas de todos los tiempos no rechazarían.

HENRI L'HOTE.

À la découverte des fresques du Tassili.
Artland. 1958.

HABITANTES DE UN MUNDO DE CRISTAL

Si Julio Verne hubiera hablado de un continente de cristal con fantasmagóricas piezas estatuarias talladas por los vientos y las aguas, si hubiera descripto palacios, pagodas y castillos de hielos "teñidos de colores maravillosos e inverosímiles" deslizándose por los mares para avanzar cientos y miles de kilómetros en toda su augusta majestad, si hubiera asegurado que en dichas tierras de 60 y 70 grados bajo cero se gozó anteriormente de temperaturas tropicales, con su vegetación, característica petrificada y vitrificada hoy, no cabría otra cosa que alabar la imaginación fecunda del genio creador de tantos mundos de fantasía, aunque sea éste un mundo al cual estamos conociendo nosotros en toda su realidad imponente.

Plenas de sugestión y misterio las tierras de la Antártida Argentina, poseedoras de un embrujo sin igual en su continente de alabastro, aun pueden depararnos la sorpresa de rojos intensos, de verdes de esmeralda, de azules de cobalto coloreando las grietas pronunciadas y enormes de los basamentos de cristal de un país irreal digno del pincel de Walt Disney, el mago genial de los dibujos animados en colores de ensañación. De la fauna de nuestra Antártida podríamos ofrecerle pocos ejemplares, pero genuinos y muy dignos de su lápiz creador.

Un maravilloso motivo de gracia y fragilidad es el diminuto "petrel de las tormentas", al que podríamos denominar "Tente en el agua", parodiando al delirioso picaflores o colibri, "Tente en el aire", al cual se asemeja tanto. Grácil como éste, el pequeño petrel realiza la hazaña de mantenerse a flor de agua con el incansable batir de sus alas, que a la distancia, lo convierten en una ondulante

fior alada. En el Archipiélago del Arco del Sur hay abundancia de gaviotas y de cormoranes. En cuanto a los petreles mayores, los "skuas" pardos o cuervos antárticos, son las aves de rapina de los hielos australes.

La población mayor, pertenece a los pingüinos, agrupados por cientos, por millares, ocupando extensiones inmensas de islas, radas y bahías, sobre cuyo aspecto físico influyen definitivamente.

La acumulación de sus deyecciones, quiebra el blanco uniforme de algunos parajes, ya que la nieve no puede asentarse allí y mucho menos consolidarse. La tonalidad oscura de algunas islas, a la distancia, ya define el lugar como zona pingüinera. Derivado más pintoresco es el de la coloración rojiza con que se tiñen algunos témpanos por influencia directa de las algas rojas, que han alimentado a estas aves con anterioridad.

Pese a vivir en sitios frígidos, la incubación exige temperaturas más rigurosas aún, y eso propicia las migraciones en masa. Entonces es cuando el pingüino se revela como símbolo del amor conyugal, así como de la fidelidad. La pareja jamás se separa ni se mezcla y se turna para el empujamiento y cuidado de sus hijos, que aún implumes, son como un aterciopelado bolsón de pelusa gris. Cuando crecen, los padres les enseñan a nadar, y ambos también se dedican a robar los hijos de otras parejas cercanas, víctimas de una amorosa cleptomanía exclusivamente pingüinera.

Los pingüinos "adelia" son los más numerosos; en cuanto a los "imperiales o reales", de mayor tamaño y más semejantes al hombre, se caracterizan por la fuerza poderosa del golpe de sus alones, única defensa que poseen nuestros mansos y apacibles pájaros sureños, sin duda alguna los animales más indicados para representar simbólicamente a nuestra región austral.

Las focas, aparte de constituir un filón explotable al máximo por sus posibilidades comerciales e industriales, se reservan el puesto de honor en la fauna antártica, por haber sido las que incitaron a nuestros marinos a lanzarse a las aventuradas travesías de aguas tan riesgosas, en los albores del siglo pasado.

Cuando William Smith "descubrió" las islas Shetland del Sur en 1819, ya había arribado a ellas Palmes en 1818, siguiendo ocultamente el rastro del buque argentino "Espíritu Santo", que con el "San Juan Nepomuceno", des-

de 1817, viajaban periódicamente hasta el refugio maravilloso de la Isla Decepción (no bautizada así entonces) procurando siempre guardar el secreto de su meta y de su roto. Cabele pues a Argentina, la gloria de que sus hijos fueran los primeros en descubrir y visitar esas tierras, cuya existencia no denunciaron, para no desperdiciar la ambición y avalancha de los cazadores. Sacrificio estéril, ya que al hacerlo otros después, la caza de focas y ballenas fué tan intensa en esa zona de privilegio, que se extinguieron muchas especies y aun hoy, en las playas de la Isla Decepción, se hallan pilas imponentes de gigantescos huesos de ballena, arrastrados por la furia de las olas desde antiguas factorías abandonadas.

Otro tipo de animales con hábitat en esta región son los elefantes, lobos y leopardos marinos. El lobo blanco, que no abunda, es huésped de los témpanos, que abandona únicamente para ir en busca de su alimento; en cuanto al leopardo, es un ejemplar casi único. Pariente de los anteriores, el leopardo marino se llama así por su piel manchada, semejante a la de su homónimo selvático. Audaz y feroz, llega a atacar al hombre y a la ballena; voraz, al igual que la vibora, devora los animales más pequeños que él tragándolos sin destruirlos. Así desaparecen frente a él las aves y pinguinos con sus plumas, y las focas y lobos con su piel. ¡Y es tanta su ferocidad, que siempre anda solo, porque de lo contrario devoraría a su pareja!

Ahora el reverso, con su pincelada emotiva: los perros con su simpatía, con su fidelidad y su sentido heroico de colaboración con el hombre, aun en un continente misterioso, ajeno a los dos, ya que los perros, claro está, no pertenecen a la zona ni por origen ni por aclimatación. En cambio son los únicos que la habitan en tren de estudio y conquista, arrastrando los trineos de las expediciones arriesgadas y lejanas, sufriendo con el hombre penurias y frios tan intensos que ni los microbios los soportan. Por esa razón, cuando se hallaron unos mosquitos sobre una charca, sin saberse si arribaron por barco o por avión, fueron enviados inmediatamente para su estudio y clasificación.

Luego es el mar la única fuente de vida con sus peces, estrellas, moluscos, y aun con su flora pequeñita y rudimentaria, pero hermosa y útil.

Con las vitaminas de las algas, la Expedición Charcot pudo soportar la desnutrición durante su tremendo cau-

tiverio entre los hielos. Y con la belleza de llamarada en flor de las algas marinas que imita a la perfección la "cresta de gallo" terrestre, ponemos oróche final a esta evocación de "vida" en el país del misterio y del embrujo sin igual.

LOLA TAPIA DE LESQUERRE.

REHABILITACIÓN DEL OLIMPO

"Mas los mortales piensan / que, cual ellos los dioses se engendraron; / que los dioses, cual ellos, voz y traza y sentidos poseen. / Pero si bueyes o leones / manos tuvieran / y pintar con ellas / y hacer las obras que los hombres hacen, / caballos a caballos, bueyes a bueyes, / pintaran parecidas ideas de los dioses, / y darían a cuerpos de dioses formas tales / que a los de ellos cobraran semejanza"

Puede decirse que con este fragmento del *Poema de Jenófanes*, comienza la destrucción del Olimpo. Es decir, a minarse las bases de ese conjunto de espléndidas divinidades vitales que fueron el sustento del pueblo heleno y el espejo donde se contemplara. Pero como bien dice Burckhardt, no fué aquella una tarea en la que hallara empeñado el *demós*, sino obra de esos individuos curiosos y escarneidos por el pueblo, que comenzaron a llamarse filósofos, o mejor dicho, físicos; ya que este carácter tuvieron antes del advenimiento de Sócrates. Por ello, con una denominación que no es meramente cómica, se los llama *presocráticos*.

Estos hombres originales, que enunciaban sus ideas no como en los tiempos modernos mediante discursos hinchados, fogosos, llenos de arrebato sanguíneo, con una técnica teatral encaminada al impacto en la sensibilidad común de la masa o sensiblería, no se plantaron ante ella para halagarla sino para hostigarla en sus creencias religiosas. Las consideraban burdas, caducas e inactuales. La reacción común de la multitud fué ahuyentar a pedradas a los audaces físicos recitadores, cuya filosofía era lo bastante pragmática para huir a tiempo de la multitud enardecida; que, pese a ellos, siguió con sano instinto apegada a sus dioses tradicionales.

¿A qué se debió esta actitud? Las reacciones humanas son cíclicas y extremas. Los filósofos habían decretado el destierro de los dioses homéricos. Diógenes Laercio dice de Heráclito: "Decía que Homero era digno de ser echado de los certámenes y ser abofeteado, y lo mismo Arquíloco". El proverbial desprecio de Heráclito por el pueblo ignaro se evidencia en este poema suyo: "Soy Heráclito, si, necios e ignoras; / ¿Qué me estás abatiendo? / No he trabajado, no, para vosotros, / Sino para los sabios y peritos. / Válemos por tres mil un hombre solo, / E infinitos, ninguno. / Esto digo también a Proserpina". La respuesta a los eternos interrogantes de la filosofía, que en Grecia comenzaron a ser formulados más acuciosamente (primero en Jonia y luego en la península helénica) varió en los físicos según su particular concepción del origen y mecanismo del cosmo, pero fué unánime en cuanto al repudio de los dioses olímpicos.

Modernamente se ha empezado a ver claro en torno de este problema y a apreciarse que la repulsa de los filósofos fué extrema y fanática, aunque en el aspecto del avance del conocimiento extraordinariamente fecunda. Imbuída del limpio fanatismo por la verdad y el esclaramiento de los más importantes conceptos humanos, pero no por eso menos exagerada. En efecto, ¿Cada una de esas divinidades corporizadas (Zeus tonante lanzando el rayo desde la cumbre del Olimpo, Atenea, doncella guerrera, walkiria, diosa de la sabiduría, emergiendo ya pretrechada con todas sus armas de la cabeza del padre de los dioses; Apolo, el dios radiante, tañedor de la cítara divina y arquero insuperable en pericia y crueldad; Hermes, el raud mensajero gracias a sus tálares, Poseidón, estremeciendo la tierra con sus embates marinos, Hefestos, el cojo herrero de los dioses, Proserpina, su esposa, ahorada por su madre Démeter) toda esa pléyade excitante e inmortal en el alma del hombre, son esas representaciones groseras que suscitan la burla de Jenófanes a Sócrates, y que se eclipsan en el pensamiento de Platón, ¿quién sustituye toda esta mitología "corpórea" por la metafísica, por la Idea?

¿Es que los dioses olímpicos carecían de alma, es que no eran entes metafísicos y sólo materia, mármol, marfil, oro y bronce, bellamente esculpidos y nada más? La influencia de los conceptos teológicos judeo-cristianos casa muy bien con la repulsa de los propios filósofos helénicos

y tiende "el velo de Maia" sobre lo que hay de verdadero y de extremoso en el enjuiciamiento de los dioses olímpicos.

Según los datos aportados por los estudios de las sagas o leyendas míticas y de la filología, resultado de una labor tesonera, rigurosa, ajustada a los cánones de la ciencia moderna, el verdadero dios supremo de los helenos es Apolo, arquetipo de los caudillos conquistadores que pueblan la *Iliada*. Zeus, sabemos, fué un usurpador que gobernó con mano de hierro pero en medio de inabarcables reyertas, a su familia olímpica.

Gilbert Murray en un novedoso estudio aparecido bajo el título de *La religión griega*, dice que Apolo fué motivo de constante preocupación para Zeus; temiendo ser destronado (como él mismo lo practicara con Cronos) buscaba el apoyo de sus verdaderos hermanos de prole aequa, digamos Poseidón. El investigador inglés ve, por ejemplo, en la conducta suspicaz y regañona de Hera hacia su señor y esposo, una expresión mítica del resquemor de un pueblo conquistado hacia su dominador. Es decir, el caudillo aqueo vencedor de la reina doría. Por cierto da a los dioses griegos todo el profundo significado que tiene el triunfo —primero en la historia humana— de lo civilizado y humano sobre la bárbara animalidad.

Es menester señalar, empero, que no es Murray el inicial develador de las oscuridades en comprensión que han rodeado a los dioses olímpicos, sino, de manera explícita, Nietzsche en su obra juvenil *El origen de la tragedia* y que anuncia quince años después en los interrogantes del postficio, como lo llama: "¿Qué significa, dice, precisamente en la época más feliz, más fuerte y más valiente de los griegos, el mito trágico? ¿Qué ese prodigioso fenómeno de lo dionisiaco? ¿Qué la tragedia nacida de él? Y a su vez ¿qué quiere decir aquello que mató la tragedia: el socratismo de la moral, la dialéctica, la suficiencia, la seguridad del hombre teórico? ¿Qué, acaso este socratismo no pudo muy bien ser el signo de la decadencia, del cansancio, del agotamiento, del anarquismo disolvente de los instintos? Y la "serenidad helénica" de los griegos que vinieron después ¿no sería un crepúsculo? El esfuerzo de voluntad de los epicúreos contra el pesimismo ¿no sería una prescripción facultativa?" Ciertamente, como lo señala Murray, el desastre que significó para Atenas la Guerra del Pelo-

poneso, fué un golpe del que no pudo reponerse. Viene entonces el paliativo, el conformismo filosófico, la moral socrática, el idealismo platónico, la austeridad estoica. La tragedia pierde con Eurípides la "fe ingenua" y comienza esa "modernidad" que señala su obra con el escepticismo, el descreimiento y el ateísmo.

Pero volvamos a los olímpicos; veamos cómo el genio, la antorcha de luz de un cerebro predestinado empero a las tinieblas, nos descubre el significado metafísico (más allá del mármol, del oro y el marfil). "Ahora el monte encantador del Olimpo se entreabre a nuestros ojos y nos deja ver los sitios. El griego conoció y experimentó las angustias y los horrores de la existencia, para poder vivir tuvo necesidad de la evocación protectora y deslumbradora del ensueño olímpico. Esta perturbación extraordinaria frente a las potencias tiránicas de la naturaleza; esta Moira tronando sin piedad por encima de todo conocimiento; este bultir del gran amigo de la Humanidad, Prometeo; el espantoso destino del sabio Edipo; la maldición de la raza de los Atridas, que constriñó a Orestes al asesinato de su madre; en una palabra toda esta filosofía del dios de los bosques y los mitos que con ella se relacionan, esta filosofía de que perecieron las sombras etruscas, todo esto fué echado por tierra y vencido por los griegos para toda perpetuidad, o por lo menos velado y separado de su mirada, con ayuda de este "mundo intermediario" y estético de los dioses olímpicos. Para poder vivir fué preciso que los griegos, impulsados por la más imperiosa necesidad, creasen estos dioses; y podemos representarnos tal evolución por el espectáculo de la primitiva teogonía tiránica del espanto, transformándose bajo el impulso de este instinto de belleza apolínea y llegando a ser, por transiciones insensibles, la teogonía de los goces olímpicos, como las rosas que nacen de un zarzal espinoso. ¿Cómo hubiera podido de otro modo este pueblo tan delicado, tan impetuoso, de tanta capacidad para el "dolor"; cómo hubiera podido, digo, soportar la existencia si no hubiera contemplado en sus dioses la imagen más pura y radiante? Ese mismo instinto que da vida al arte como complemento y terminación de la existencia dió también nacimiento al mundo olímpico, que fué para la "Voluntad" helénica el espejo en que se reflejara su propia imagen transfigurada".

ATOLS TAPIA

ORQUÍDEAS

De todas las flores que ornán el verde atavío de nuestro globo, las orquídeas se cuentan incontestablemente entre las más bellas. Desde que han hecho su aparición en las zonas templadas, sus colores incomparables, sus formas graciosas y a veces fantásticas, sus dimensiones y su increíble diversidad provocan la sorpresa y la admiración; así no han tardado en llegar a ser una de las flores cultivadas más buscadas. Cuando se trata de embellecer o adornar una morada suntuosa, casi siempre está reservado un lugar de honor para las orquídeas.

La distinción de las orquídeas está realizada todavía por la especie de misterio que las rodea. Esas flores vienen de países lejanos, de selvas vírgenes apenas exploradas, y allá lejos, llevan una existencia bien diferente de la de las plantas que nos son familiares. Por otra parte, pocas especies tropicales se desarrollan en el mismo suelo; la mayoría, en efecto, renunciaron al clarooscur de la selva virgen para ir a refugiarse en lugares donde las otras plantas son incapaces de seguirlos, se establecieron en la cima de los árboles, sobre los troncos vetustos y hasta sobre rocas escarpadas, donde llevan una existencia orgullosa e independiente.

De una variedad de formas casi inconcebible, las orquídeas están repartidas en la mayor parte de las regiones del globo. ¿Sabéis que hasta ahora, se han enumerado de quince a veinte mil especies y que se descubren continuamente nuevas, estando aún inexploradas inmensas regiones tropicales? Todo permite suponer que los botánicos no están al fin de sus sorpresas y que millares de nuevas orquídeas vendrán todavía a enriquecer su nomenclatura.

La mayoría de las orquídeas —alrededor de los cuatro quintos— prosperan en las regiones tropicales y subtropicales. Cuando más nos alejamos del Ecuador, se hacen más raras; sin embargo, ciertas orquídeas, como audaces puestos de avanzada, se han establecido hasta en la zona subártica, donde parecen acomodarse, no demasiado mal, al clima riguroso de las regiones septentrionales. En esas tierras inhospitalarias y en las zonas templadas, las especies terrestres dominan; en invierno, continúan viviendo bajo tierra, marchitándose sus partes superiores,



mientras las partes subterráneas (rizomas o tubérculos) resisten a las intemperies para dar nacimiento a nuevos brotes en la primavera siguiente.

En los países cálidos, las especies terrestres son una minoría; las más numerosas son las que viven sobre los árboles y las rocas. Se les da el nombre de epífitas, término que sirve para designar a los vegetales que crecen sobre otras plantas sin extraer su alimento de ellas; no se las debe confundir con las plantas parásitas. Entre las especies epífitas y terrestres, existen en las regiones tropicales y subtropicales muchas formas intermediarias capaces de vivir en el suelo tan bien como sobre los árboles y las rocas desnudas.

KUPPER-LINSENMAIER.

Orchidées.

Éditions Sava, Zurich, 1953.

Versión francesa por Jean Lupold.

Traducida por Haydee O. Blotto.

Alberto Blas Brambilla	Breve análisis de los arquetipos	207
Eugenia Borghini	Algunas reflexiones sobre el budismo	213
José Luis Busaniche	Viajeros y diplomáticos en la emancipación argentina	221
Arturo Capdevila	Enfermedades alimentarias observadas en cobayos	235
Roberto Levillier	Intermezzo Paraguay	249
Milciades Alejo Vignati	El topónimo "Tuyú"	264
Viktor von Weizsaecker	La génesis de la forma	271
Alain Guy	Georges Bastide, Filósofo de la conversión y del valor	282
Claude Charles Mathon	Latitud y altitud	287
Jorge Raúl Llano	Insectos de primavera en Buenos Aires	289
René J. Clot	La decoración	293
G. Faure	Los aportes recíprocos del sentimiento y de su expresión en la creación poética	297
Mercedes A. Maleplate de del Mármol	Una carta de Ameghino	301
Pedro J. Stillo	El ambiente en la educación estética del niño	304
W. F. Cunningham	Las teorías del aprendizaje	312
Lyda C. Iglesias	Hacia un concepto de la historia de la educación	316
G. Robert Koopman y E. Roach Snyder	Un cuarto de estar para el aprendizaje de una unidad integral	320
Fr. Closset	Técnicas de la enseñanza de las lenguas vivas	326
José S. Alvarez	El Paraná	333
Georges Poulet	La tela de araña	334
Viaje de San Brandán	El castillo del diablo	334
Cennino Cennini	Aprendizaje	337
Pierre de Bolsdeffre	Un lenguaje de formas	338
Guy Michaud	El universo poético	339
Brice Parain	Lengua y mundo sensible	341
Juan E. Cirlot	Correspondencias	344
Arturo Marasso	Aspectos del lenguaje literario	346
Enrique de Gandía	P. Fraisse, Psychologie du temps	348
Marcelo Pogolotti	E. Fromm, El lenguaje olvidado	351
La Redacción	J. P. Garrahan, La Pediatría, ciencia y arte	353
Floreale A. Ferrara	L. Barnett, El universo y el Dr. Einstein	354
La Redacción	Comentarios y extractos de Revistas	356
Gert von Natzmer	La cerámica	361
Jean Pepin	Mito y alegoría	363
Eduardo Braun Menéndez	Investigación científica y cultura	365
Pierre Vendryes	El determinismo contra la probabilidad	366
Michel Ragon	Defensa del geometrismo	368
Julián A. Vilardi	San Martín después de Ayacucho	370
Henri Lhote	Los frescos de Tassili	374
Lola Tapia de Lesquerre	Habitantes de un mundo de cristal	376
Atols Tapia	Rehabilitación del Olimpo	379
Kupper-Linsenmaier	Orquídeas	383

En 1883 la erupción del volcán Krakatoa transforma la isla, antes cubierta de espesas selvas, en desierto. Animales y plantas desaparecieron sepultados bajo setenta metros de cenizas. La erupción fué tan violenta que, proyectadas en la estratosfera las cenizas, formaron conglomerados de polvo impalpable; al mismo tiempo, un terrible ras de marea que provocó destrucciones considerables, dió muchas veces la vuelta de los océanos. Este cataclismo fué una ocasión única, que permitió estudiar la manera por la cual las plantas y los animales se adhieren para repoblar un territorio devastado. Zoólogos y botánicos pudieron seguir los cambios sobrevenidos en la composición de la fauna y de la flora. Tres años después de la erupción del volcán, las corrientes de lava y los amontonamientos de ceniza estaban cubiertos de algas microscópicas; en algunos lugares se veían igualmente musgos y líquenes. Algunas fanerógamas tentaban asimismo, aquí y allá, implantarse. Once años más tarde, la isla estaba cubierta de praderas de gramíneas que alternaban con malezas, y bosquesillos; la ribera estaba también orlada de vegetaciones litorales. Se señalaron cincuenta especies de plantas. Dos años más tarde, los zoólogos habían comprobado la presencia de coleópteros, de mariposas, de arañas, de pulgones y aun de lagartos de gran tamaño. En 1906, treinta años después del cataclismo, los cocoteros se erguían sobre la ribera de la isla y el interior estaba ocupado por una selva diseminada. Se descubrieron allí noventa especies de plantas florales, y diez especies de helechos. La fauna también estaba considerablemente enriquecida. Además de los animales ya identificados, Krakatoa abrigaba muchas especies de abejas y de hormigas. Un poco más tarde, los primeros pájaros aparecieron. Después, cuando la isla fué invadida por la selva virgen, los otros representantes del reino animal vinieron a poblarla. En algunas decenas de años, la vida había colonizado así un antiguo territorio; la reconquista se había hecho por etapas como la conquista inicial de los continentes en las primeras edades de la tierra.

GERT VON NATZMER
Les secrets du monde vivant.
Plon. Paris.